

**-La búsqueda del paraíso-
(Biografía de Jorge Isaacs)**

Por: Fabio Martínez

Editorial Planeta. Bogotá, 2003

INDICE

- George Henry Isaacs descubre el paraíso.
- La fundación del paraíso.
- Del edén imaginario al infierno de la guerra.
- Jorge Isaacs descubre nuevos mundos.
- La muerte de Elvira Silva y el amor por María.
- *Post mortem*: Virtudes y tribulaciones de una novela.
- Bibliografía.

A los hijos del paraíso.

“El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo”.

El paraíso perdido.

Milton.

- George Henry Isaacs descubre el paraíso.

Mister George Henry Isaacs zarpó el 8 de octubre de 1821 en el velero 'Alcatraz', de Montego Bay, en Jamaica, rumbo a Colombia.

En su colegio había escuchado la historia del paraíso terrestre, gracias a las hazañas de Cristóbal Colón y del barón Humboldt, contadas por sus maestros. Seis años antes, cuando todavía era un niño, escuchó de Simón Bolívar hablar de que en el sur del continente y bañado por los océanos Atlántico y Pacífico existía un nuevo país llamado Colombia que se parecía al paraíso. El libertador, acosado por los españoles, se había refugiado en esta prodigiosa isla del Caribe donde escribió la famosa Carta de Jamaica.

En aquella oportunidad, Bolívar le prometió al joven estudiante que si alguna vez visitaba aquel edén enclavado entre valles, selvas y montañas, él mismo se encargaría de ponerle los papeles en regla y otorgarle la visa de residencia.

El país necesita de gente emprendedora y con porvenir como usted, le dijo.

George Henry Isaacs era un judío inglés de origen sefardí, que hacía parte de la diáspora, que se inició con la expulsión de los judíos en Jerusalén, continuó con la expulsión de los judíos de Egipto, y quince siglos después, se extendió con la expulsión de los judíos de España, en 1492, por parte de los reyes católicos Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Después de esta fecha histórica, que coincide con el viaje de Colón y el descubrimiento de América, sus antepasados se refugiaron en Londres, y más tarde, en la isla de Jamaica, continuando así con la lógica de expulsiones y desplazamientos, que ha marcado a nuestra historia, dando pie al nacimiento del mito de Ashaverius, el mito del judío errante, que todavía ronda como un fantasma en nuestra geografía.

Además de todas estas motivaciones despertadas por el encuentro temprano con Bolívar y por una educación ilustrada que recibió en el *Montego Bay Collège*, el joven judío tenía presente en su memoria las leyendas fabulosas que contaban los contrabandistas que cargados de oro y platino llegaban a las costas de Jamaica procedentes del río Atrato en el Chocó, en el famoso *Velero obligado*. Influenciado por todas estas leyendas, el judío emprendió su viaje, y una mañana de octubre de 1821 zarpó del puerto de Montego Bay rumbo a Colombia.

En aquel año, Colombia era un país joven que hacía dos años se había constituido como República; pero que estaba diezmado por la guerra contra los españoles y vivía una etapa de crisis e incertidumbre debido a las 'envidias provinciales', como decía el libertador, y a las ambiciones de poder por parte de las nuevas élites nacionales que irrumpían en la arena política.

Pese a contar con una gran riqueza natural, la guerra había dejado en el país hambre y destrucción, y las viudas que habían perdido a sus maridos en las contiendas, vagaban por los poblados en busca de protección y consuelo.

A George Henry Isaacs no le importó esta situación, y motivado por su afán de riqueza, una tarde de finales de octubre llegó al puerto de Santa Marta.

George Henry Isaacs era un hombre alto, rubio, de bigotes espesos, y venía vestido a la usanza para estos trópicos, como lo había recomendado el barón Humboldt: la cabeza envuelta en un pañuelo blanco para secar el sudor, y sobre ésta, un sombrero grande de paja de ala ancha, una camisa blanca de algodón, un pantalón azul tejido, una pistola, un sable, una botella de aguardiente y unas botas militares altas.

En su valija, que en lo sucesivo iba a ser transportada por mulas y cargadores, traía un vestido de repuesto para reuniones, una hamaca con sus hicos, un toldillo contra los mosquitos y las nigüas, ropa interior seca y fresca, calcetines para la noche, tres ollas grandes de cobre para la sopa, el chocolate y la carne cortada, una sartén para freír huevos, dos platos pandos de estaño, dos copas de estaño para medir el aguardiente anisado, una bolsa de monedas de valor, y la lámpara del señor Duvy, que le iba a ser muy útil en sus exploraciones auríferas por un país desconocido.

Santa Marta era un pequeño pueblo de indígenas y negros, de 8.000 habitantes que, sometidos a una pequeña casta de hijos de españoles nacidos en tierra colombiana, trabajaban como estibadores en el puerto.

Cuando George Henry llegó a la ciudad aún se sentían los últimos estertores de la guerra y el pequeño puerto mostraba la más deplorable escena de ruina y destrucción.

Pese a esta situación, el viajero notó la hospitalidad del colombiano, su carácter amable, fresco y dicharachero; desde que llegó fue bien recibido por las autoridades del pueblo, por los comerciantes y por la gente del común que lo invitaban a comer a sus rústicas viviendas sin cobrarle un centavo, le ofrecían los mejores manjares de la región o se ofrecían para servir de baquianos en la larga travesía que apenas comenzaba y que lo llevaría, según él, al paraíso.

George Henry no comprendía aquel ambiente festivo de sus habitantes, en medio de un país en guerra, asolado por la hambruna y la confrontación bélica.

Desde una pequeña colina, el joven judío contempló la apacible Bahía de Santa Marta y a un extremo, el pueblo de pescadores de Taganga, y concluyó: por la gente y por el paisaje, parece que esto es el paraíso; pero es un paraíso en medio de la desolación y la guerra.

El comerciante de origen inglés Rutter lo alojó en su casa y fue quien le dio las primeras instrucciones sobre la salud para que no fuera a sucumbir ante las adversidades del clima, la insalubridad y, sobre todo, los temibles mosquitos.

El viejo inglés, que importaba vinos y ultramarinos de Europa, pero que debajo de los contenedores de madera contrabandeaba con pólvora y armas para el ejército libertador, le aconsejó que para el dolor de cabeza llevara una buena dosis de *tártarus emeticus*, quinina, azúcar y cáscaras de naranja agrio; para la soltura de estómago calomel con sal; y para combatir a los mosquitos, hojas de tabaco para fumar y manteca de cerdo pues los mosquitos colombianos, como buenos chupasangres, preferían la carne blanca y fresca.

Rutter lo invitó a desayunar carne secada al sol picada con tocino, huevos fritos y algunas verduras pasadas con un ligero vino catalán y chocolate espeso; luego alistó dos caballos de catorce manos de alto, un baquiano que iría adelante con su equipaje y dos bogas negros que desde que se los presentaron le empezaron a decir “patrón”.

Montado en el holazán, George Henry volteó el cabestro para agradecer a Rutter por su hospitalidad, y cuando extendió la mano para despedirse, dijo:

.- Mister Rutter, deséeme suerte en esta empresa, pues aspiro encontrar muy pronto el paraíso.

Y el rucio inglés, le contestó:

.- *Good luck!* Pero recuerde, amigo, que el paraíso siempre está en otra parte.

George Henry Isaacs tomó las riendas del caballo y se alejó de Santa Marta. A cada lado del camino real se alzaba un paisaje seco y caliente sembrado de gigantescos árboles tropicales. El canto de los loros, los micos y las guacharacas rompía por un instante la monotonía del tiempo provocada por una canícula que subía el termómetro hasta 40 grados a la sombra.

George Henry abrió la cantimplora y bebió el primer trago de anisado.

A un lado del camino pequeños caños iban prefigurando el paisaje de Pueblo Viejo, el lugar de embarque donde se besan la ciénaga y el río.

Según un plano que le había dibujado Rutter, su destino era llegar a Pueblo Viejo, atravesar las Ciénagas de Santa Marta y de Redonda, tomar el Caño de Onda y el de Soledad, este último ubicado a una milla de San Nicolás de Barrancas y allí, cambiando de bogas, debía embarcarse por el río Grande de la Magdalena rumbo al corazón del país.

George Henry llegó a Pueblo Viejo, atravesó la ciénaga con la ayuda de los bogas, y finalmente llegó a San Nicolás de Barrancas. Allí lo recibió el señor Grau, quien esa misma noche le tenía preparada una fiesta donde el judío descubrió por primera vez la belleza y el encanto de la mujer colombiana.

Las mujeres iban ataviadas con unos vestidos largos de boleros de colores; los hombres estaban vestidos de sombrero *voltiao*, camisa y pantalones de dril blancos y anchas abarcas.

Los invitados bailaron hasta el amanecer danzas españolas, al calor del anisado que era traído de la región de los motilones.

Al día siguiente, durmiendo en una hamaca, el viajero sintió el peso del calor sofocante que hacía en aquel puerto, que para no confundirla con Barranca la

Nueva la iban a llamar de ahora en adelante Barranquilla o la ciudad de La Arenosa.

Al mediodía, el señor Grau lo invitó a almorzar en su casa, donde comieron un bocachico, arroz con coco y patacón *pisao*, que pasaron con jugo de tamarindo. Llegó la hora de la siesta. George Henry se tumbó en la hamaca hasta que la brisa del río lo despertó del letargo. El señor Grau se le acercó y le informó que los bogas estaban en el río preparando el champán que estaría listo para zarpar a las siete de la noche. Bebieron un café cerrero para terminar de despertarse, y cuando llegó la orden de subir a los caballos para desplazarse al puerto, George Henry descubrió cómo los dueños de los bohíos sacaban sus sillas mecedoras hasta las puertas de sus humildes viviendas para recibir el fresco de la noche.

.- Es una costumbre indígena que heredamos de los Caribes, y que todavía existe entre nosotros.

Llegaron al puerto. Allí uno de los bogas le contó al “patrón” que la noche anterior unos hombres que dormían en la orilla habían sido devorados por los caimanes. El río por un instante se había teñido de rojo y de los hombres sólo habían quedado flotando sus sombreros y sus palancas de madera.

El champán estaba tripulado por cuatro negros corpulentos que desde que subieron a la nave iban bebiendo aguardiente anisado; dos vivanderas que iban a recoger los cuerpos de sus maridos muertos en el puerto de Guaimaro; siete cañoneros bajo el mando de Louis Carbonière y cinco indios que llevaban lanzas venenosas en sus carcajs de bambú.

George Henry se despidió de abrazo del señor Grau y de los dos bogas y subió al champán que se deslizó suavemente por las aguas espesas y amarillas del río. Mientras la nave hecha de madera y techo de paja se internaba río adentro por la espesura, volvió a la memoria de George Henry Isaacs la imagen del paraíso, y recordando el poema de Dante Alighieri, pensó para sus adentros:

.- Para ir al paraíso hay que hacer primero una escala en el infierno.

Navegaron toda la noche arropados bajo una luna llena. De la selva que se extendía a cada lado de la orilla, se oían los gritos de los animales salvajes y un sonido de furia por la brisa del río que golpeaba la vegetación haciéndola estremecer.

George Henry intentó conciliar el sueño pero las lamentaciones de las vivanderas que no paraban de llorar por sus esposos muertos y que se confundían con el dulce canto de los bogas, lo hacían despertar como si no viviera un sueño sino una pesadilla; como si aquella embarcación rudimentaria en la que viajaba por primera vez no tuviera como destino final el paraíso sino el infierno.

George Henry sudaba, y recordando los consejos de Rutter, fumaba hojas de tabaco y se echaba manteca de cerdo en el rostro y en los brazos para espantar a los mosquitos.

Llegaron a Guaimaro al amanecer. Allí era todo desolación pues la guerra, como una dama de mal agüero, había pasado arrasando el pueblo. La gente contaba que una guerrilla de indios que iban armados de flechas venenosas había tomado por asalto el pequeño caserío y había ajusticiado a los hombres y las mujeres fieles a la corona. Las vivanderas, alumbradas con las antorchas que habían preparado los bogas, descendieron y corrieron por entre los escombros, buscando los cadáveres.

El boga más viejo y fornido que hacía las veces de capitán ordenó que ante la situación de Guaimaro era mejor zarpar y esperar el amanecer en una playa más grata donde no se corriera el peligro de enfermarse por la descomposición de los cadáveres.

El champán navegó unas cuantas millas y antes de llegar a Piñón se detuvo en una playa despejada del río donde los bogas cavaron un hueco en la tierra e hicieron el famoso tapao, un potaje que consiste en depositar en el hueco carne y plátano envueltos en hojas de bijao, cubrirlos con tierra y echarles fuego. Ese fue el desayuno; sin perder tiempo subieron en el champán y continuaron río arriba rumbo a Piñón, Barranca Nueva y Mompox.

El capitán preguntó al general Carbonière que hasta dónde iba con ese destacamento de indios, y éste le dijo que iba a felicitar a las tropas libertadoras que se habían tomado Mompox, luego descendería a Honda y finalmente subiría a Santa fe de Bogotá a festejar por la Nueva República de Colombia.

Llegaron a Mompox; era una pequeña población de casas blancas y tejados rojos que estaba situada al pie del río. La ciudad estaba de fiesta debido a que las tropas libertadoras habían logrado derrotar a las tropas realistas del general Morales.

George Henry descendió del champán, al lado de Carbonière y su gente, y la turba que festejaba con cohetes y fuegos pirotécnicos los arrastró hasta la plaza en un remolino febril y contagioso. Los tambores y las guacharacas tocados por negros palenqueros no cesaban de tronar.

En medio de la turbamulta, el joven viajero no comprendía las costumbres del país, y se preguntaba: si habían acabado de dejar Guaimaro, tierra de destrucción y de muerte; ahora ¿por qué se encontraban de golpe con Mompox, ciudad llena de alegría?

Aquí, en Colombia, la vida y la muerte son como un par de novios que se besan en la calle, pensó. Y luchando por escapar de la muchedumbre, tomó una callecita empedrada, que quedaba al lado de la plaza principal, y descubrió un taller de orfebrería donde un viejo fundía, bajo el crisol ardiente, pescaditos de oro.

.- La guerra se acabó, mister. Antes la gente vendía sus joyas de oro para apoyarla. Ahora como no hay comida tenemos que convertir el oro en pan.

Y el viejo le regaló un pescadito de oro para la buena suerte.

Al día siguiente, los tambores de los negros del Palenque se habían apagado y la ciudad dormía una resaca de tres días con sus noches.

El boga mayor recogió a la tripulación en una casona donde se habían alojado y anunció que esa misma tarde partirían hacia Honda, pues aún les esperaban quince días de travesía por el río.

El negro anunció que uno de los bogas se había emborrachado y había huido con un dinero robado a la tripulación; y leyó, lista en mano, los nuevos tripulantes que iban a ocupar los incómodos puestos que habían dejado Carbonière y sus indios: El Presidente de la Cámara, don Domingo Caicedo, que había viajado hasta la costa Atlántica para aplacar a las tropas libertadoras e informarles que había llegado el tiempo de paz y de reconstrucción del país; doña Mabel Obregón y su esposo don Hipólito Lemaitre, comerciantes prestigiosos de la ciudad que iban a hacer negocios a Santa Fe de Bogotá; don Miguel Navarro, el administrador de las tabacaleras de San Bartolomé, cuyo destino era la capital, donde haría diligencias de impuestos; un estafeta de las tropas liberadoras; y tres macheteros que venían heridos e iban a ser operados en el Hospital de San Juan de Dios de la capital. George Henry Isaacs se sentó y enseguida advirtió la buena educación del Presidente de la Cámara y de los esposos Lemaitre. Su español, dulce y cantarino, salía con naturalidad de sus bocas y se podía decir que hablaban mejor que los españoles que habían venido de Andalucía y Extremadura a conquistar estas tierras.

Doña Mabel Obregón fue quien inició la conversación al preguntarle al caballero dónde había aprendido el español, y éste, orgulloso por ser bilingüe, le contó que se lo había enseñado una profesora española, en el *Montego Bay Collège*.

.- Lo aprendí desde niño. Aunque mis ancestros vienen de Inglaterra, mi bisabuelo materno vivió en Castilla, España, hasta 1492; año en que fueron expulsados del país por orden de la corona española.

.- Habla muy bien el español, mister.

.- Si usted lo dice, señora....

.- Cuéntenos, ¿qué viene a hacer a este país que está tan revolcado?

Con una muestra de orgullo y timidez, George Henry contestó:

.- Vengo en busca del paraíso.

Doña Mabel hizo una pausa, y continuó:

.- Desde don Cristóbal Colón los europeos quieren venir al paraíso en busca de oro o mujeres. Dígame, George Henry, ¿usted viene por oro como tanto filibustero desafortunado que anda viendo qué se roba de estas tierras, o viene por las dos cosas?

George Henry se sonrió.

.- Vengo en busca de oro, pero tengo la intención de radicarme aquí. Sobre lo segundo, si se me presenta una bella criolla para casarme, no lo pensaré dos veces.

Don Domingo Caicedo, que había estado oyendo la conversación, intercedió:

.- Yo sé que aquí va a encontrar una buena mujer. Me imagino que el señor se dirige a la Minas de Marmato, en la provincia de Antioquia.

.- No, señor; voy a la región del Chocó. En Jamaica, los comerciantes que viajan por la vía del golfo de Urabá, dicen que allí se encuentra El Dorado, que tanto buscaron los conquistadores.

.- Sí, allí hay mucho oro y platino, pero el Chocó no es el paraíso que usted está buscando. Allí se va encontrar con la selva, el clima es muy duro, las enfermedades tropicales hacen mella en el forastero; allí no existen carreteras y la población vive en las peores condiciones de miseria.

Pienso que le dieron mal la información. Aquí en Colombia hay mejores aluviones que ese pueblo miserable infectado de malaria. ¿Tiene usted, señor, las credenciales para entrar al país?

.- Sí señor, tengo una carta de don Simón Bolívar, que debo presentar ante las autoridades en Santa Fe de Bogotá.

.- Usted es un afortunado mister, pero le aconsejo que no se meta a la región de los chocoes porque a la mayoría de los güaqueros y buscadores de oro se los come la manigua o terminan prendados de una negra que les hace brujería.

Como buen judío anglosajón, George Henry no creyó en las palabras del Presidente de la Cámara, y mostrándoles la lámpara de Duvy, contestó:

.- Yo voy de todas maneras al Chocó porque allá me dijeron que quedaba el paraíso.

El champán continuó navegando río adentro, en medio de una vegetación espesa, donde el canto de los pájaros y el chillido de los micos se confundían en una sola algarabía.

El clima era pesado y húmedo. El bote rústico deslizándose en silencio por el río, iba dejando atrás los pequeños caceríos donde apenas unos meses antes había pasado la guerra destruyéndolo todo. Pradilla, San Pablo, Garapata. Allí todo era muerte y desolación. Las mujeres y los niños vagaban como sonámbulos por entre las ruinas de sus ranchos intentando buscar en vano el cuerpo de su marido o de su padre.

Los bogas lograron sortear los rápidos de Angostura, y cuando llegaron al cruce del río Nare con el río Caracolí, se desgajó un aguacero de esos que sólo se producen en el trópico. Luego salió un arco iris y la tripulación, que venía mojada hasta el cuello, atracó en una playa que había formado el río, y allí todos tuvieron la oportunidad de secar con el viento sus ropas húmedas, salar la carne para los

próximos días y pernoctar bajo el canto de los pájaros que venía de la selva. Mientras la tripulación dormía, George Henry observó las aguas espesas y amarillas del río Grande de la Magdalena, y pensó que por esta arteria fluvial, así como había salido todo el oro del mundo para la corona española, así también había entrado la civilización europea con todo lo grande y miserable que era. Por allí entraron la lengua española y el caballo pero también entraron la cruz y la espada. Y dentro de su espíritu visionario, el joven judío que vivía prisionero del mito del paraíso, por primera vez tuvo el sueño de construir una empresa de transportes fluviales compuesta por barcos a vapor como los que navegaban por el río Mississippi. Sueño que le mencionó a don Domingo Caicedo, pero que éste disipó al contarle que ya el señor Guillermo Elbers, un inmigrante alemán interesado en Colombia, había soñado y tenía la concesión por parte del Congreso de la República, de inaugurar la primera empresa de transportes fluviales por el río.

Al día siguiente George Henry Isaacs y la tripulación advirtieron que los bogas habían madrugado muy temprano y se habían ido de cacería. Se sentaron en un banco de arena a tomar el desayuno mientras abajo, en el río, un caimán de 25 pies de largo los vigilaba con sus ojos brotados, verde-azules.

A propósito de los saurios, las historias que se contaban a lo largo del río eran abundantes, y de acuerdo a lo que escuchó, George Henry descubrió que todo ese arsenal literario, en buena parte, no pertenecía a la realidad, sino a la imaginería de los pueblos, que habitaban a lo largo de las orillas del río.

El caimán era el mito más largo de la nueva República de Colombia. Era el animal fabuloso, que en medio de la guerra cruel y despiadada, nutría la memoria de sus habitantes.

George Henry Isaacs no sólo escuchó la historia de los bogas que habían sido devorados en Puerto Colombia, sino que escuchó la historia del caimán enamorado de la lavandera, que para demostrarle su afecto, salía del agua y le besaba todas las mañanas el dedo gordo del pie; pero la historia que más le impactó al judío fue la leyenda del hombre que en la población de El Plato se convirtió en caimán.

“Voy a contarles la historia que sucedió; en la población de El Plato se volvió un hombre caimán”,

cantaban los negros palenqueros a la orilla del río.

Los bogas llegaron al mediodía cargados de un tapir, tres micos y una culebra hermosísima de lunares amarillos y cola negra.

Después de almorzar una pierna de tapir ahumada, la tripulación continuó su viaje, en medio de un sol reverberante, que era capaz de incendiar un bosque o adormecer al hombre más fuerte que haya dado la tierra.

Aletargada por la cena opípara que había acabado de ingerir, la tripulación se quedó dormida y no despertó sino hasta cuando la brisa fresca del río les golpeó sus rostros y les recordó que todavía eran hijos de esta tierra. Fue en aquel momento cuando los macheteros aporriados como venían por las heridas de lanzas se empezaron a quejar y a pedir agua para calmar la sed. El boga mayor desvió su cauce y acercando el champán a la orilla, sumergió en el agua una planta de alumbre a una profundidad de ocho pulgadas, y entonces la tierra y el barro se empezaron adherir a la planta, separando el barro del agua dulce. El boga, que iba en la parte de atrás, sacó el agua dulce con un mate de totumo y empezó a llenar un barril que debía alcanzar hasta que llegaran a Honda.

Los días y las noches que vinieron empezaron a hacerse monótonos. Pese al deslumbramiento que les producía un paisaje primario lleno de verdes y que les recordaba la Arcadia, la tripulación sintió el peso del cansancio de un viaje agotador que se prolongaba en cada recoveco del río y que parecía no tener fin. Y todos, en medio de esa sopa húmeda y pegajosa llamada día, tenían puesta la esperanza de tocar muy pronto el puerto fluvial de Honda donde terminaría el viaje por el río y empezaría otro, a lomo de mula, por los caminos reales de la cordillera de los Andes que los llevaría finalmente a Santa Fe de Bogotá.

Al menos allá cambiaremos de paisaje y ya no nos acosarán estos malditos zancudos, susurraba el judío en inglés mientras se arrepentía de haber escogido

esta ruta y pensaba para sus adentros que en vez de acercarse al paraíso, como lo había soñado en Jamaica, cada día se alejaba más de él y en cambio se iba aproximando al corazón de las tinieblas. Pero su fuerza de voluntad, que era más terca que una mula, también le recordaba aquella frase de Milton que había leído en *El paraíso perdido*, y que decía que para ir al cielo había que pasar primero una temporada en infierno.

Cansado y sudoroso, el joven aventurero no se imaginaba el largo e intrincado periplo que aún le faltaba en un país joven, que se debatía entre la vida y la muerte, y donde el cielo a veces se teñía de rojo debido a la guerra contra los españoles, y luego, al sinnúmero de guerras que se sucedieron entre sus habitantes.

Hasta que el champán del correo que venía en sentido contrario, les anunció que estaban a unas cuantas millas de Honda.

Atracaron frente a las bodegas de la aduana del puerto.

Honda está construida sobre una cadena de montañas conectadas entre sí por un puente de madera de un solo arco. Abajo, a una profundidad de unos 70 pies, pasa el río Gualí, que desciende desde Mariquita. Las montañas del lado opuesto al río Magdalena se levantan majestuosas, unas tras otras, formando la gran cordillera de los Andes que atraviesa el país de sur a norte.

La tripulación descendió y fue recibida por don Arnulfo Guarín, un viejo comerciante que los alojó en un antiguo convento semidestruido por la guerra. Don Arnulfo se quejaba por los estragos que había dejado la guerra en Honda, uno de los puertos fluviales más prósperos del río.

.- En 1808 tuvimos un terremoto que lo destruyó todo. Ahora es la maldita guerra que nos arruinó a los comerciantes.

.- ¿Qué van a hacer? - Preguntó el judío errante.-

.- Cultivar maíz y árboles frutales. Al fin y al cabo, el clima aquí es caliente pero sano. Los extranjeros que pasan por aquí dicen que la tierra es noble y la comparan con los valles de Abisinia, descritos por Johnson.

George Henry recordó que en el *Montego Bay Collège* le habían enseñado que Honda, Guaduas y Mariquita era una de las regiones más dulces de Colombia, no sólo por su gente sino por la variedad de frutas que allí se producían.

.- En el *collège* me enseñaron que así como los españoles producen una clase de vino por día, los colombianos cultivan una fruta por día. -Dijo George Henry Isaacs-.

.- Pero eso no es todo, mister. Además de la piña, el madroño, el mango y el mangostino, tenemos las minas de oro y de plata de Mariquita, que aún el Estado no las ha explotado.

.- Me imagino que para explotarlas hay que parar la guerra. -Arguyó el judío-

.- Sí, mister; usted tiene razón. La guerra contra los españoles ya se ganó. El problema ahora es quién detiene la guerra entre nosotros.

.- ¿Acaso los neogranadinos no están de acuerdo con el Libertador?

.- Sí, pero de dientes para afuera. Usted no conoce a este pueblo, mister. Este es un pueblo de indios maliciosos e inteligentes. Como dice un proverbio popular, aquí se raja de todo el mundo pero no se le sostiene a nadie.

Don Arnulfo los dejó en el convento donde la bala de un cañón había dejado un boquete en la puerta de entrada, y por primera vez, después de tres meses de viaje, George Henry Isaacs pudo dormir en una cama decente de hierro y colchón de paja.

Al día siguiente mandó a alquilar a Güadüas dos mulas que lo llevarían por el Camino Real que los españoles abrieron en 1538.

Antes de partir, don Arnulfo Guarín le recomendó prudencia por el paso de la cadena montañosa pues había habido caso de viajeros que por dejarse deslumbrar por el paisaje se habían despeñado por los desfiladeros con mula, cargamento y todo, yendo a parar al fondo del cañón donde los esperaba un río turbulento.

Apeado en la mula, George Henry subió al animal y por primera vez, después de sentir por varios meses el aire caliente y pegajoso de la costa, respiró un aire fresco que bajaba de las montañas. Atravesó las extensas estepas de frutales de Guaduas, Villeta y Facatativá, y hacia las siete de la noche del día siguiente cuando una llovizna pertinaz le empezó a calar en sus huesos, entró a la Sabana de Bogotá. Pasó el puente de madera sobre el cristalino río Bogotá, y cuando atravesó los predios de la finca de Fontibón, divisó las torres blancas de la catedral y los dos cerros tutelares que se levantaban como telón de fondo de la ciudad.

Al fin llegué, se dijo, montado en la mula que a paso lento pero seguro iba esquivando los charcos y lodazales que se habían hecho en el camino. Aunque llegar no significa que aún he alcanzado el paraíso, expresó.

Doblando por el cementerio hacia la Plaza central, tomó por la Calle Real y allí vio los albañales de la ciudad que corrían de sur a norte, y que más tarde, cuando las contradicciones entre los distintos bandos políticos se agudizaron, fueron utilizados como torpedos contra la imagen esquelética de 'Longanizo', como le llamaban al Libertador Simón Bolívar.

Por la Calle Real, George Henry vio hombres vestidos con una cobija de lana virgen que tenía un hueco en el centro por donde entraba la cabeza del cristiano. Como nunca había visto esa prenda en su vida, se acercó a una india que vendía hojas de coca y cal en una esquina, y le preguntó por su nombre: es una ruana y sirve para no congelarse en este páramo, le dijo la mujer.

Las mujeres llevaban un chaleco de flanel azul, un pañolón negro de tela que envolvía la cabeza, y sobre ésta pendía un sombrero castreño. Salvo unos

cuantos señoritos que vestían levita y zapatos de charol, todos por la Calle Real iban patidescalzos.

George Henry Isaacs llegó a la Plaza central y se presentó en la casa del señor Vargas con el propósito de buscar alojamiento. Al día siguiente, luego de un merecido descanso, se dirigió a la oficina del gobierno y después de presentar su carta de recomendación del Libertador, se le otorgó un permiso por seis meses para residir en el país.

George Henry estaba muy interesado en comunicarse personalmente con el general Bolívar, pero el señor Vargas que le cedió la habitación de huéspedes en su solariega casa de La Candelaria, le informó que en esos tiempos era muy difícil obtener una cita con él pues por esos días el general estaba muy ocupado preparando su viaje al Perú.

El señor Vargas le presentó al coronel Hamilton, que hacía parte de la Legión Británica, para que empezara a familiarizarse con el medio y así conocer algunas amistades que le iban a ser útil en este intenso viaje que había decidido hacer por uno de los países más interesantes y enigmáticos de la tierra.

Los primeros días George Henry Isaacs se dedicó a conocer la ciudad pero dos ideas fijas le rondaban en su cabeza: la primera era tener la oportunidad de estrecharle la mano al general Bolívar. Sabía que un encuentro con él sería decisivo para que el Presidente de la República le otorgara la autorización para explotar la minas de oro de Certegué, Nóvita y El raposo; la segunda era pensar que con el permiso en la mano, empezaría a ver cumplido el sueño tantas veces anhelado de encontrar el paraíso. Sueño que se remontaba al mito del edén contado en la Biblia cuando Dios, lleno de ira, dijo: “ Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal: ahora pues echémosle de aquí no sea que alargue su mano, y tome también del fruto del árbol de conservar la vida”. Y Dios lo echó del paraíso de las delicias para que labrase la tierra de que fue formado.

A partir de aquel momento, el hombre no ha deseado otra cosa que retornar al jardín del edén. Sueño que le devolvía a la memoria el destino obligado que

vivieron sus antepasados y que lo determinaron a nacer en una de las islas más bellas del Caribe.

Acompañado del señor Vargas y su señora, George Henry Isaacs visitó la catedral, el convento de San Juan de Dios, la Biblioteca Nacional que fue inaugurada en ese mismo año, y asistió al colegio de San Bartolomé a la representación de una comedia patriótica que se montaba ese año, titulada: “El triunfo de la libertad”.

Allí, las mujeres de la clase alta iban ataviadas con un corset de tela pardusca española, con una mantilla de kirsei que les cubría sus ojos, un sombrero negro de piel de castor y un cinturón de cuero ancho. Los jóvenes oficiales con sus kepis debajo el brazo y sus charreteras bordadas de hilo dorado, las galanteaban en los pasillos, mientras esperaban el timbre para que iniciara el segundo acto.

George Henry, poco amigo de estas veladas, aceptaba estas invitaciones sólo por encontrarse una noche con el general, y contarle que su promesa se había cumplido; que estaba dispuesto a ayudarlo a construir el paraíso terrestre, como lo llamó Colón, en un país que por las ambiciones de poder, se debatía en el lodazal de la guerra.

A George Henry Isaacs le gustaba pasear por el Parque Nacional que los domingos se llenaba de enamorados y palomitas, y en la tarde, cuando la niebla bajaba de los cerros, le gustaba pararse en la esquina de la Calle Real con doce, justo en el balcón opuesto a la puerta de la iglesia de Santo Domingo, para ver pasar a las beatas que con su corset de tela pardusca, su vestido negro y su mantilla de kirsei, se veían coquetas y atractivas.

Las tertulias patrióticas estaban por esos días de moda, y George Henry asistía a escuchar los discursos *veintejulios* que los padres de la patria preparaban con la labia y oratoria. A George Henry le encantaba aquella retórica grandilocuente que se inició en las tertulias patrióticas, luego pasó a las tertulias literarias inauguradas por don José María Vergara y Vergara, y se instaló finalmente en el Congreso de la República, convirtiendo a este organismo en el estrado barroco más inútil que haya dado una República latinoamericana.

La culpa de la ineficiencia de nuestro Congreso se debe a esa retórica de cagajón que usan nuestros tribunos, le comentaría Bolívar cuando lo encontró de casualidad en su casa de campo, pocos días antes de que partiera rumbo a la campaña del Sur. A ustedes, los ingleses, les gusta en cambio, llamar al pan, pan y al vino, vino, agregó el Libertador.

Pero también a las tertulias patrióticas llegaban noticias de los campos de guerra, y cuando éstas eran a favor de los patriotas prendían la fiesta al sabor de la chicha fermentada que era producida en el barrio La Perseverancia.

Allí, en una ocasión, el judío errante escuchó de boca del mayor Wilthen, ayudante de Páez, el león del Apure, la capitulación de los españoles en Puerto Cabello, y escuchó por boca de los contertulios los cuentos del general Maza y el odio profundo que le tenía al español Morillo.

A George Henry Isaacs le gustaba pararse en la esquina de la calle de las Angustias a contemplar el vértice que se hace entre los dos cerros, y sentir como en un sueño la niebla de los Andes que cubría los techos coloniales del barrio de Las Nieves.

Hasta que una tarde, en compañía del señor Vargas y el general Urdaneta, vio a Bolívar en su quinta, ubicada en el pie de monte del cerro de Monserrate. El general iba vestido con una blusa blanca, unos pantalones negros bombachos y unas botas negras. A pesar de su baja estatura, era un hombre fuerte y conservaba en su rostro una expresión vivaz y decidida.

George Henry Isaacs se acercó y se presentó, y Bolívar recordando sus meses de exilio en Jamaica, recordó aquella ocasión cuando un jovencito de pelo rubio y ensortijado se le acercó y le dijo que quería conocer el paraíso.

El Presidente lo invitó a sentarse, y con la autoridad férrea y decidida que lo caracterizaba, le dio la bienvenida y empezó a hablarle de la crítica situación del país, pero así mismo recalcó que era un momento decisivo para construir una República.

.- Usted, mister George Henry Isaacs, ha llegado al país en un momento crucial para la vida de la nación. -Dijo-. Como usted ha podido apreciar en su recorrido

por el río Grande de la Magdalena, no es precisamente al paraíso al que usted ha llegado.

El país ha estado agotado por una guerra sin cuartel, y aunque hoy podemos decir que salimos triunfantes al derrotar las tropas del general Morillo, usted encuentra un país al borde del caos y la confusión.

Después de la Ley de Fundación de la República promulgada hace dos años, aquí se ha gestado una especie de sublevación interior entre los padres de la patria.

Con la fuga de los españoles, a cada colombiano se le ha abierto un apetito voraz por el poder y todo el mundo quiere decidir, y gobernar.

Cada colombiano es un insubordinado en potencia. Si queremos ser justos con lo que expresé en aquella ocasión en Jamaica, esta tierra sigue siendo el paraíso tal como la percibió Cristóbal Colón, cuando llegó a América. Por esto los colombianos tuvimos el honor de heredar el nombre del almirante genovés. Pero no hay paraíso sin serpiente.

Si ahora, después de haber derrotado a los españoles, seguimos matándonos entre nosotros, lo que vamos a construir es un infierno.

Una sirvienta negra sirvió en una vajilla de plata, un chocolate humeante, queso y roscones recién salidos del horno.

George Henry saboreó el chocolate, el queso y el roscón, y preguntó en qué región se producía el cacao.

.- Vea usted, mister George Henry. Ese cacao que usted está saboreando se produce en las regiones cálidas de los Tolimas, y me atrevo a decir que es el mejor cacao del mundo. El queso que usted está comiendo proviene de las haciendas de ganado de la sabana de Santa Fe de Bogotá, que cuenta con el mejor clima del mundo, y esos roscones los hace mi cocinera que me ha asistido por más de quince años.

Como usted puede apreciar, yo no me equivoqué en Jamaica cuando les dije que esto era el paraíso; lo que pasa es que aquí nadie valora lo que tiene y hasta un

negro patidescalzo del Gran Cauca quiere entrar a palacio y gobernar a su manera.

Mister George Henry, este país es muy joven y aún está por hacerse. De allí que yo valore que gente como usted venga y se vincule a nuestro país. Aquí necesitamos del apoyo de los amigos ingleses y franceses para que con su experiencia nos ayuden a construir el paraíso.

Y enseguida le nombró uno por uno los proyectos que en aquel momento estaban en discusión en el Congreso, y a los que él podía vincularse si quería radicarse en Colombia y hacer parte de esta gran empresa :

.- Sopese, usted, no más si don Cristóbal Colón no tenía razón cuando contempló por primera vez estas tierras prodigiosas. Ahora mismo en el Congreso que dirige don Domingo Caicedo, se otorgó a una sociedad comercial alemana el monopolio de la navegación de barcos de vapor por el río Grande de la Magdalena. Hace un mes yo hablé personalmente con el ingeniero Guillermo Elbers y prometió que para dentro de tres años estará listo este nuevo transporte fluvial que será nuestra puerta al mundo y desarrollará el comercio en el interior del país. Así que ni usted ni yo, ni ningún colombiano, va a sufrir haciendo esa travesía lenta y peligrosa en esos pobres champanes que parecen barquitos de papel.

En el Congreso de la República ya está circulando el proyecto de la acuñación y circulación de las monedas de cobre en todo el territorio nacional; está en pie el proyecto de la creación de las escuelas primarias para toda la población indígena del país; el fortalecimiento del ejército y de la marina para así acabar con los grupos de subordinados y bandidos de las diferentes provincias que quieren seguir en una guerra permanente; está en pie la ley de privilegios y garantías para los nuevos colonos interesados en explotar la tierra, levantar fincas y crear fuentes de trabajo; está firmada la licencia de navegación exclusiva con barcos de vapor por el río Orinoco otorgada al coronel escocés James Hamilton; las facilidades para todo extranjero que quiera inmigrar a Colombia y esté interesado en la explotación de perlas en el océano Pacífico y la explotación de las minas de oro, esmeralda, carbón, sal, cobre y platino con que cuenta el territorio nacional.

Dígame, no más, mister George Henry Isaacs a qué desea dedicarse que aquí mismo yo le firmo una autorización del ejecutivo.

George Henry Isaacs, que siempre había soñado con el paraíso, pensó en las minas de oro del Chocó que había escuchado de boca de los contrabandistas ingleses que llegaban del Caribe por el Urabá, en el famoso *Velero obligado*.

.- Excelentísimo Señor Presidente de la República, Simón Bolívar: me interesaría una autorización firmada por usted para explotar las minas de oro de Certegué, Nóvita y El Raposo en el Chocó y las que aún sin estar bautizadas se encuentren a sus alrededores.

Bolívar se inclinó en el escritorio, y con una pluma de ganzo que mojó en el tintero, firmó la autorización.

Los días siguientes, George Henry Isaacs los ocupó preparando su viaje que por fin lo iba a llevar a su lugar de destino. Cambió su sombrero de corcho por uno blanco, de alas anchas que había comprado en la plaza de mercado de Bogotá, limpió y aceitó la lámpara de Duvy, compró dos mulas de Chía, se provisionó de una buena dosis de calomel con sal para los dolores de estómago y la disentería, y una buena porción de *tártarus* y sal de Epson, para los dolores de cabeza y las migrañas.

Los amigos, que había logrado hacer durante su corta estadía en la capital, le aconsejaron que llevara todos esos medicamentos pues el clima en el Chocó era inclemente y las temperaturas subían hasta cuarenta grados a la sombra.

El señor Vargas le preparó un succulento ajiaco en su casa del barrio de la Candelaria, acompañado de generales y hombres de gobierno, y una mañana tibia de abril, el judío errante tomó el camino real que va hacia Fontibón y se internó en la naturaleza.

Las mulas que conocían el camino a Anapoima, Purificación y Saldaña, cogieron el sendero que va hacia Fontibón y sortearon el terreno pantanoso de la sabana

donde los animales se quedaban atascados y tenían que hacer grandes esfuerzos para salir del fango.

Montado en una mula rucia mientras en la otra llevaba el equipaje, al viajero le habían quedado en su memoria dos imágenes de Santa Fe de Bogotá : la primera, una ciudad construida a una altura de 2.600 metros sobre el nivel del mar. Santa Fe de Bogotá, con sus cerros de telón de fondo, parecía un antiguo anfiteatro romano. ¿Cómo hicieron los españoles para construir una ciudad tan cerca de las estrellas?, se preguntó. La segunda, la imagen de la virgen que había visto en la catedral, adornada con 1295 esmeraldas de la región de Muzo, 372 perlas extraídas del fondo del mar Pacífico, 59 amatistas de la región de los motilones, un topacio del río Grande de la Magdalena y un zafiro del Cauca. Como dijo el Libertador, este es un país rico y poderoso, y temo que por esto mismo los hombres se seguirán matando.

En Fontibón, un indio le advirtió que se previniera de masticar la flor de la campana blanca, que pendía de los muros de adobe que cercaban la ciudad, porque dicha planta era venenosa y atontaba a la gente. Le llaman la flor del borrachero, le dijo el indio, y George Henry, con la premura de llegar al río Saldaña para conocer el trabajo que hacían las lavanderas de oro y que le había recomendado el Libertador, apuró el paso y llegó hasta Tenjo. Allí empezaba a calentarse la tierra y el olor fresco a naranjas pomarrosas aromatizaba el ambiente. Para llegar al Saldaña aún le faltaba recorrer La Mesa, Anapoima y la hermosa población de Purificación, que quedaba a la orilla izquierda del río Magdalena.

Cuando llegó a Anapoima, un lugar ideal para veranear, el calor era insoportable. Esa noche descansó en uno de los ranchos del pueblo, y al día siguiente, al amanecer, cogió el camino hacia Purificación. Allí llegó al caer la tarde, y como si estuviera frente a un espejismo se volvió a encontrar con el majestuoso río por donde había entrado al país.

Era el río que le había dado la bienvenida cuando había pisado tierra colombiana y lo había transportado hasta el corazón del país; el río de la vida donde una noche mientras iba en el champán había visto pasar un trasbordador cargado de

guitarras españolas, una máquina de impresión Heidelberg y una docena de caballos andaluces. Pero el río de la vida también le había traído negros recuerdos cuando a cada puerto que llegaba, encontraba una hilera de viudas que con veladoras encendidas esperaban el arribo de sus esposos y de sus hijos, muertos en combate.

Un olor a hojas de tabaco recién quemado le llegó desde las plantaciones aledañas. El viajero descansó a la orilla del río y para quitarse el calor, se desvistió y se lanzó a las aguas del Magdalena.

Aquella noche descansó en Purificación. Al día siguiente, muy temprano, arrió las mulas y se dirigió hacia el río Saldaña, donde la leyenda contaba que las lavanderas de oro sacaban hasta dos toneladas de polvo a la semana, que luego eran transportadas a lomo de mula hasta la capital, y después, en barco hasta el puerto de Cádiz, en España.

El viajero llegó al río, y después de vadear en una canoa hasta la otra orilla, mientras las mulas nadaban a su lado, vio por primera vez el trabajo de las lavanderas que con sus bateas de madera lavaban la arena y en el fondo iban quedando las pepitas de oro que él venía buscando desde Jamaica.

George Henry Isaacs se asomó a la batea de una de las mujeres, y cuando vio el metal brillando en medio del agua, casi enloquece de felicidad.

.- ¿Cómo hacen para sacar el oro? –Preguntó-,

.- Se llama el arte del mazamorreo. -le explicó la india de piel cetrina, mientras movía su batea en círculos concéntricos-. En este punto el río viene sucio y pedregoso, pero por el movimiento, el metal se va separando del lodo, hasta que el oro queda en el fondo de la batea.

Aquella noche, George Henry no durmió y como su destino era llegar al paraíso, madrugó muy temprano y se enrutó en dirección a Ibagué.

Sabía que después de Ibagué tenía que atravesar el peligroso paso de La línea, atravesar el valle de Cocora donde crece la hermosa palma de cera y llegar hasta

Cartago donde un silletero lo transportaría por el cañón de Garrapatas, lo introduciría en la selva, y después de navegar por varios ríos de vertientes ágiles y cristalinas, llegaría a Nóvita, Chocó, donde lo esperaba el paraíso.

Después de ocho días de atravesar valles, ríos y montañas, el viajero llegó a la ciudad de Ibagué.

Allí, al contrario de la extremada gentileza y gravedad de los santafereños, la gente era sencilla y alegre, y la primera noche lo recibieron con una serenata de guitarras donde se interpretaron danzas españolas, bundes y bambucos de la región. Al día siguiente y acompañado de Felipe Lozano, un comerciante de hoja de tabaco que iba hasta Cartago, tomó el camino de la cordillera central para sortear los desfiladeros de la Línea hasta que llegó al hermoso valle de Cocora. Del valle se está a un día de Cartago. George Henry prefirió continuar la marcha y apenas pasaron a nado el río La Vieja, divisaron la ciudad colonial de Cartago de los Caballeros. Allí lo esperaba la señora Asunción Villafañe que tenía un taller de bordado en la plaza principal. Doña Asunción lo recibió con un sancocho de gallina perfumado con hojas de perejil.

George Henry Isaacs degustó, no sin antes indagar por el nombre de esos tubérculos que nadaban en el caldo caliente.

.- No todo lo que *su mercé* está probando son tubérculos. -Dijo doña Asunción-. Esos trozos larguitos que ve allí nadando son plátanos. Lo demás sí son tubérculos : yuca, papa y arracacha.

Apenas oyó la palabra 'yuca', el judío recordó la definición que había leído en la Enciclopedia Británica, sobre este extraño alimento : « Yuca : raíz venenosa que comen los indios de América », y haciéndola a un lado, bebió sólo el caldo.

Muerto del cansancio, aquella noche se fue dormir a una cama tendida con un gran bordado que había tejido doña Asunción.

Al día siguiente se levantó, desayunó con café, huevos revueltos y pan del bono. Mientras revoloteaba por la cocina de la casa, doña Asunción, preocupada por el viaje del visitante, le dijo por primera vez:

.- Mister, permíname que me entrometa, pero yo de usted iría mejor a las vegas de Supía, que si bien es cierto, no son tan ricas como las minas del Chocó, son las más seguras y saludables.

Mientras probaba por primera vez en su vida el pan del bono, George Henry Isaacs defendió su itinerario.

.- Doña Asunción, desde niño siempre escuché que las minas del Chocó eran las más ricas del mundo.

.- Usted tiene razón, mister, pero lo que nunca le han informado es que todo ese arsenal de oro y platino está enclavado en medio de la selva que es hostil al ser humano. Allí usted tiene toda clase de enemigos de la naturaleza, empezando por el clima que produce fiebres y mata a los cristianos en tres días. Además de la naturaleza, cuenta usted con la ambición de los colonos que por querer apoderarse de todo se baten entre sí a sangre y fuego; tenga en cuenta así mismo a los contrabandistas que están sacando todo el oro del mundo por el golfo de Urabá para irlo a vender a las Antillas; tenga presente la hostilidad de los indios que se sienten invadidos por los colonos y que debido a las terribles condiciones de trabajo huyen selva adentro para protegerse; y el odio que existe entre indios y negros. Permíname que le diga, mister, pero estas dos razas nunca se han podido ver ni en pintura.

.- Doña Asunción, a mí me han hablado que el Chocó es el paraíso. Incluso, el general Simón Bolívar me incentivó a explotar las minas de Citará, Nóvita y El Raposo, y me dio la autorización. Mírela, está firmada de su puño y letra.

.- Don Simón Bolívar es muy bueno con los extranjeros que vienen al país a trabajar, pero temo que todavía no conoce la idiosincracia de los indios de su país. El Chocó es un paraíso perdido por explotar. El problema son los colonos que han

llegado hasta allí y que seguirán llegando hasta que no quede una pepita de oro en sus ríos.

.- Doña Asunción, usted me previene con sus comentarios, pero yo seguiré hacia el Chocó porque sé que allí encontraré la riqueza.

.- O la muerte. -Dijo Doña Asunción.

Después de desayunar, le presentó al silletero, un indio bajito y fornido que hablaba en lengua, y que era el que lo iba a transportar por el cañón de Garrapatas.

.- Doña Asunción, ¿es absolutamente necesario atravesar el cañón sentado en el lomo de un indígena?

.- Sí, patrón. Es absolutamente necesario. El cañón de Garrapatas con sus abismos y desfiladeros es uno de los más peligrosos de la región. Por allí no puede pasar una mula porque corre el riesgo de despeñarse e ir a parar al cañón que se ha convertido en un cementerio de hombres y de mulas.

Doña Asunción los acompañó hasta las afueras del pueblo, les dio la bendición, a él y al silletero, y alzó la mano en señal de despedida.

Al fondo, como un telón blanco, se levantaba la calima, una niebla fría que se extendía hasta cañón del Darién.

Montado en el lomo del silletero, George Henry Isaacs pensó en las recomendaciones de doña Asunción y por un instante dudó que su decisión inicial de emprender el viaje al paraíso había sido errónea, y entonces temía que se había equivocado de ruta y que ya era difícil retroceder; pero enseguida su deseo profundo de conocer lo desconocido, de adentrarse en el corazón de la naturaleza que lo deslumbraba hasta enloquecer, lo hacía persistir en su empresa y olvidar los pensamientos oscuros que se cruzaban por su mente. Ya voy llegando al

paraíso, se insuflaba de valor en medio de aquel paisaje exuberante que prefiguraba el famoso cañón de Garrapatas donde más de un aventurero se había despeñado dejando truncaba su vida. Ya se está acortando el tiempo y el espacio para llegar al paraíso, se decía así mismo, como en un monólogo interior, mientras el indio que iba abajo y que lo sostenía, iba mambeando coca para poder sostener la larga travesía que les esperaba.

Pasaron por el rancho El Tambo de Toche, y cuando llegaron al Contadero Carvajal se saludaron con don José Mallarino, un señor muy amable de la ciudad de Cali, que tenía permiso oficial para explotar las Minas de El Cajón.

.-¿ El mister va para Nóvita?

.- Sí; voy a Novita, y traigo una licencia oficial del Libertador para explotar las minas de oro.

.- Usted ha llegado al corazón del oro y del platino, pero tenga paciencia con el clima porque esto a veces se convierte en un infierno. ¡Buena suerte, gringo!

George Henry escuchó por primera vez la palabra *gringo*, y le pareció divertida.

El silletero, que hablaba una mezcla de español y emberá, le indicó al viajero que se pusiera hojas de plátano en las botas para cuando le tocara caminar por los desfiladeros y se cogiera bien de la silla porque desde ese momento iban a iniciar la travesía por el cañón, y George Henry, sin dejar de contemplar aquellas paredes tupidas de verde que se levantaban bajo un cielo azul, empezó a pensar seriamente que ya estaba a las puertas del paraíso. De las montañas brotaban decenas de cascadas y ríos que luego, cuando formaban su cauce, llegaban con toda su fuerza al fondo del cañón.

.- Ese río que se ve allá, es el río madre, el río San Juan. -Le decía el indio Tomás, y George Henry, feliz por tener tanta belleza a su alrededor, le agradecía

a Dios por haberle otorgado este Hermes de la selva que lo iba a llevar hasta el mismo corazón del paraíso.

Cuando llegaron al río Cucurupí, un afluente del San Juan, tuvieron que atravesar el río en una tabatinga, con mula, aparejos y todo, porque la corriente era tan fuerte que podía arrastrar un caserío.

George Henry Isaacs iba muerto de miedo en aquel medio de transporte aéreo que veía por primera vez en su vida. El indio, muerto de risa, le iba contando en emberá la historia del borracho que un día atravesó a nado el río y cuando salió al otro lado se le había pasado la mona.

Cuando llegaron a la otra orilla, George Henry vio a un grupo de indios emberás, que vestidos con taparrabos y armados con cerbatanas, lo miraban con hostilidad. El carguero tuvo que descansar su carga y se acercó a conversar con los emberás para que dejaran pasar al viajero.

Aquella noche, George Henry y el carguero durmieron a la interperie a las orillas del río. Una fogata que el indio Tomás hizo para espantar a los animales salvajes, los iluminaba en medio de la noche.

Al día siguiente, y desayunados con un trago de anís para prevenir la fiebre y fortalecer el estómago, George Henry y el indio Tomás abandonaron la mula y tomando una canoa se embarcaron por el afluente del río San Juan. A partir de allí, la geografía empezaba a cambiar. El clima frío que los había acompañado cuando atravesaron el cañón, había cambiado y ahora se empezaba a sentir el calor húmedo y tropical de la selva. La vegetación también empezaba a cambiar. Los gigantescos yarumos con sus hojas plateadas quedaban atrás, y en cambio se veían, bordeando la orilla del río, los árboles lechosos, que a George Henry les causó una particular sensación.

A partir de este momento, el viaje se iba a realizar en dos escalas; primero, en canoa por los afluentes del río San Juan, y luego a pie, por los tupidos senderos que dejaban los árboles lecheros, como les llamaba Tomás, las lianas y las plantas trepadoras.

Tomás, que conocía la región como la palma de su mano, empezó a indicarle las diferentes plantas con sus nombres y a explicarle sus atributos medicinales que había aprendido de sus padres.

.- Esta es la leche de liria que se usa como pegante; la leche de sande se usa para sacar cebo y sirve para iluminar la noche; y éste es el aceite de caranio, que sana cortaduras.

George Henry escuchaba al indio Tomás y no le entendía, pero se ponía feliz porque por fin había logrado su objetivo.

.- Tomás, creo que estamos llegando al paraíso, decía, y golpeaba al indio por los hombros que se reía en lengua emberá, de una manera maliciosa.

.- Tomás, creo que llegamos al paraíso.

Y cuando vio los primeros aluviones de las Minas de Nóvita, exclamó :

.- ¡Tomás, llegamos al paraíso!

George Henry Isaacs se instaló en Novita, en una casa que le compró a don Manuel Arboleda, y se presentó con sus credenciales ante la oficina del Real de Minas de San Francisco de Novita, que todavía funcionaba, pese a la promulgación de la ley de fundación de la República. Allí se le pidió una suma considerable de patacones por el derecho a la explotación, se le hizo firmar en un libro, y luego se le otorgó para la explotación, la minería de aluvión y de veta de las cercanías del caserío.

Hasta allí no hubo ningún problema. Sólo cuando llegó al lugar otorgado, George Henry empezó a darse cuenta acerca de la compleja situación que vivían los campamentos de minería del Chocó. Primero, para iniciar cualquier explotación, el propietario de la concesión debería pagar a un capataz un segundo impuesto por

el derecho a la explotación. Segundo, la población de trabajadores mineros, que en su mayoría eran negros yorubas y yolofo que venían de África, era itinerante y cada vez que podían se fugaban llevándose un puñado de oro entre sus manos, buscando mejores oportunidades de trabajo.

Los negros habían reemplazado la mano de obra indígena que había quedado literalmente exterminada por las duras faenas y los pocos indios que se habían salvado habían huido selva adentro. Tercero, los colonos blancos, que en su mayoría venían de las provincias de Antioquia y del Gran Cauca, vendían a su vez los derechos de explotación *in situ*, alquilaban a precios escandalosos la escasa y anticuada herramienta y traficaban a su vez con la mano de obra esclava. Cuarto, el extranjero o nacional que poseyera un permiso oficial para la explotación en las minas, debía pagar un servicio de seguridad especial porque corría el riesgo de que lo robaran o lo mataran para robarle la concesión. Aparte de esto, por los campamentos no faltaban los contrabandistas y aventureros ingleses, que bajaban hasta los aluviones a comprar el oro a precios irrisorios, embarcarlos en los buques que atracaban en Quibdó y en Santa María del Darién, y luego los transportaban hasta el Caribe, en el famoso *Velero obligado*.

El panorama, pues, no era nada halagador y la explotación del oro y del platino se seguía haciendo como en la recientemente desaparecida colonia, donde el robo y la corrupción estaban a la orden del día.

George Henry Isaacs no comprendía esto, y empezaba a vislumbrar que entre el gobierno central de Santa Fe de Bogotá y las provincias existía un gran divorcio. Ahora las palabras que le había dicho Bolívar sobre el futuro del país, le parecían que estaban lejos de la realidad.

¿Cómo se puede construir un país sobre un régimen corrupto y desalmado como fue la Colonia?

¿Cómo se va a liberar la nueva República de Colombia de los vicios de aquella?

¿Cómo se puede forjar un país donde la ley funciona muy bien en el papel mientras que el desorden y el caos campean en la vida cotidiana?

George Henry se hacía todas estas preguntas en el rancho que le había comprado al señor Arboleda, y poco a poco fue experimentando un sentimiento de

decepción y de fatiga absolutos. Del encantamiento que había sentido cuando entró por el cañón de Garrapatas sentado sobre el lomo del indio Tomás, muy pronto había pasado a la decepción del viajero que no encuentra sosiego porque sabe que una de las condiciones del viajero es equivocarse su camino. Viajar es buscar una vía, un camino; pero viajar es también errar, salirse del cauce y equivocarse.

Pese a esta situación, George Henry Isaacs, que contaba con una tenacidad puesta a prueba, compró una cuadrilla de negros comandada por Juan Biáfara e inició sus exploraciones por los afluentes del río por donde se creía se escondía El Dorado tantas veces soñado. El oro que extraía lo vendía a la oficina del Real de Minas que imponía el precio y sacaba a su vez un nuevo impuesto de venta. Pero esto no era todo. Aparte del oro que vendía tenía que sacar unas cuantas morrocotas y repartirlas con los capataces para que vigilaran a los negros que huían con el metal y a los contrabandistas que en más de una ocasión asaltaron su rústica bodega amparados bajo la oscuridad de la noche.

Así permaneció tres años, viajando entre Nóvita y las minas de Certegué, esforzándose por conquistar el paraíso, por sacarle el oro a la tierra que era luchado por hombres ambiciosos que llegaban de todos los puntos cardinales a exprimirla, y luego, cuando sacaban hasta el último grano, se largaban dejando en la región hambre, desolación y muerte.

Un día, después de una dura faena, mientras los últimos arreboles de la tarde se perdían entre la selva, George Henry Isaacs hizo un balance de su situación y descubrió que el peligro que corría en Nóvita era más grande que las ganancias que había acumulado. Y una mañana colgó la lámpara de Duvy, y en compañía del negro Biáfara y de su mujer decidió abandonar la empresa de minería y trasladarse a Quibdó sobre las orillas del río Atrato.

Su proyecto ahora consistía en viajar por el río hasta Cartagena de Indias, comprar mercancías y venderlas en un almacén de abarrotes que puso en la calle principal de Quibdó.

George Henry Isaacs sabía que las ganancias por concepto de la venta de mercancías no iban a alcanzar los jugosos dividendos que había logrado en las minas de Nóvita, pero obtuvo una cosa : no volver a poner su vida en peligro. En sus desplazamientos continuos por el río, acompañado con el negro Biáfara, George Henry Isaacs soñó con proponerle al Libertador la construcción del canal del Atrato que uniría al Océano Pacífico con el Atlántico creando la mejor arteria comercial del mundo; soñó con construir la empresa de explotación de plantas lechosas para sacar productos farmacéuticos de la región que abastecerían al país y se convertirían en el primer renglón de exportación; la empresa se llamaría La liria del Chocó; soñó con la creación de la policía de fronteras compuestas por indios y negros de la región que pondrían control sobre el contrabando de oro y platino que salía en el famoso *Velero obligado* donde el país perdía anualmente millones de pesos. Sólo así, creando grandes empresas, se podrá unir a este pueblo de blancos, indios y negros insurrectos, y se pondrá por fin construir una gran República, decía.

Cuando no viajaba, George Henry Isaacs atendía personalmente el almacén y no podemos decir que le iba mal, pues como buen judío que era, poseía ese don de habilidad con los negocios que tiene esta raza, tenía la cualidad del orden y la medida, y también, hay que decirlo, el horrible vicio de la tacañería hasta el extremo que cuando estaba en una reunión social sacaba los tabacos prendidos del bolsillo de su camisa para que nadie le pidiera, y en un momento dado era capaz de cambiar a su madre por una paca de camisas inglesas, una caja de hojas de té de la India o una pepita de oro de los campamentos de Certegué y Bagadó.

En Quibdó llovía día y noche. El calor que hacía era insoportable y había días que el termómetro marcaba los 45 grados. Sólo al caer la noche, la ciudad recibía la brisa fresca que venía del río.

Una noche, George Henry se levantó sudando de fiebre. El negro Biáfara tuvo que correr a la casa del doctor de la Torre y cuando éste llegó y le tomó la temperatura al paciente, el termómetro marcó 40 grados. El señor George Henry Isaacs tiene malaria, dijo el doctor y enseguida le preparó una pócima de quinina, azúcar y

cáscaras de naranjo agrio para bajar la fiebre, y le puso en el cuerpo un emplasto de hojas de mataratón. En el delirio, George Henry preguntaba todo el tiempo por el paraíso y decía que don Simón Bolívar le había dado la concesión exclusiva de las 10. 758 minas y aluviones que existían en el Chocó.

A los tres meses, George Henry Isaacs se recuperó y volvió a atender su almacén que se había convertido en el primer comercio de la población, debido al rico y variado surtido que traía el judío desde Cartagena de Indias. Allí se podía conseguir desde una botella de buen vino manchego hasta una aguja de Toledo; desde un miriñaque de Castilla hasta una navaja de Andalucía. Allí llegaban las mejores familias del Chocó y del Gran Cauca como las Ferrer, las Scarpetta, las Cayzedo, las Mallarino y las Arboleda, que tenían concesiones sobre las minas y compraban negros esclavos que los utilizaban en oficios domésticos y para abastecer de mano de obra las haciendas de ganado y caña de azúcar que se habían creado en el margen derecho del río Cauca.

Allí, una tarde llegó Manuela Ferrer Scarpetta, acompañada de su madre, doña María Manuela Scarpetta, una dama de la sociedad caleña de origen italiano que se había casado con Carlos Ferrer, un capitán de navío de origen catalán, que fue fusilado en la población de Majagual por su fidelidad al rey.

Manuela y George Henry apenas se vieron se enamoraron a primera vista.

A partir de aquel momento, Manuela visitaría todas las tardes el almacén con el pretexto de verse con el judío.

Años después, cuando el padre de Jorge Isaacs se había casado y se había instalado en Santiago de Cali, diría que fueron los años más hermosos que había vivido en el Chocó. Por primera vez en su vida, George Henry Isaacs había sentido que el amor iba de la mano con los negocios. Y era cierto, pues ni en Jamaica ni en las minas de Nóvita había visto tanto dinero junto como cuando empezó a enamorar a Manuela, aquella tarde desde el otro lado del mostrador. El noviazgo duró cuatro años hasta que fue aceptado por la señora Scarpetta quien al ver en el joven judío a un hombre honesto, tenaz y trabajador, aceptó el noviazgo y enseguida contrajeron matrimonio en la iglesia principal de Quibdó.

Ante el escribano y dos testigos, Manuela Ferrer Scarpetta firmó la dote, las arras y la donación *preter nupcial*, que le ofrecía a su futuro esposo.

« Que a honra y gloria de Dios y por su santo servicio se ha casado in *facie*, con la señora Manuela Ferrer, vecina de esta ciudad e hija legítima y de legítimo matrimonio de los señores Carlos Ferrer, difunto, y de Maria Manuela Scarpetta, vecinos de esta misma ciudad. En atención a la virtud y honestidad y loables prendas exornada su dicha esposa le ofrece una dote y arras y donación *preter nupcial*, según más útil le sea la cantidad a que ascienden los bienes muebles y semovientes con las alhajas que hasta el momento ha tenido a su haber y los esclavos que ha tenido en servidumbre».

George Henry Isaacs recibió entre muebles bienes, joyas, piedras preciosas y tres esclavos que estaban al servicio de Manuela, la suma total de 3.663 pesos de plata.

A los dos meses del matrimonio, un incendio arrasó con el almacén. George Henry Isaacs perdió todo lo que había ganado en las minas y en el comercio de Chocó. Angustiado por la nueva situación, quiso abandonar su proyecto y regresar a Jamaica pero fue Manuela quien con el sentido de solidaridad que tienen las mujeres le dijo que tuviera paciencia; que a la primera catástrofe uno no podía dejar tirado el barco.

La paciencia es la virtud de los asnos, respondió George Henry Isaacs, mientras derrotado veía pasar las aguas furtivas del Atrato que se perdían entre la selva.

.- Manuelita, este no es el paraíso que yo me imaginé.

Ella, que había heredado la inteligencia de su abuela materna, respondió :

.- ¿Acaso existe otro paraíso distinto al que estamos construyendo?

.- Mejor me hubiera quedado en Jamaica o hubiera viajado directamente a Londres.

.- Pero no me hubieras conocido. -Contestó Manuelita-.

Y enseguida le lanzó la pregunta en la cara, como buena hija de padre catalán :

.- ¿Por qué me vas a abandonar, si apenas estamos empezando?

.- No, yo no quise decir eso.

.- Mira, George Henry Isaacs –le dijo Manuelita en un tono firme-, tú te viniste al Chocó pensando en encontrar el paraíso; pero tú sabes muy bien que el paraíso no existe. El paraíso lo hace cada uno de nosotros y se encuentra en nuestros corazones.

Entonces, aquella tarde, mientras los últimos arreboles del atardecer se perdían en la inmensidad del río, Manuelita le habló del Gran Cauca y de Santiago de Cali, su ciudad natal. Le habló de la pequeña ciudad de origen colonial que estaba situada al pie de los Farallones y sobre un extenso valle por donde corría el río Cauca. Según Alejandro von Humboldt esta región se complacía por ser una de las más ricas y variadas del mundo. Le habló del comercio que se empezaba a gestar en la ciudad, de las haciendas ganaderas y del incipiente pero próspero cultivo de caña de azúcar que comenzaba a surgir por el clima y la fertilidad de sus tierras.

.- George Henry, vámonos para allá. Mi familia vive en Cali y podrá ayudarnos.

El judío, que era remiso a que alguien le ayudara, refunfuñaba.

.- Apenas veas desde el alto de las Cruces el extenso Valle del Cauca te enamorarás de éste, y entonces me darás la razón de que allí queda el paraíso. - Le insistía Manuelita-.

George Henry Isaacs lo pensó durante varios días, y una tarde, fatigado por el calor húmedo y pegajoso que se le adhería a su piel, le dijo :

.- Manuela, prepara tus cosas y tu servidumbre que en una semana partimos hacia Santiago de Cali.

Manuelita, que no cabía de felicidad, les informó a Estefanía, Isabel y Manuel Santos, los esclavos que habían estado bajo su servidumbre, que se prepararan para un largo viaje, y al domingo siguiente, organizaron bogas y canoas, y muy temprano se embarcaron por el río San Juan, en dirección a Buenaventura. En el viaje, mientras la canoa se desplazaba con dificultad por las aguas del río, George Henry pensó en Rutter, el inglés que lo había recibido en Santa Marta y concluyó que tenía razón : “El paraíso siempre está en otra parte”. Había dicho el comerciante en Santa Marta, cuando inició el viaje, y lo confirmaba ahora su mujer que lo llevaba hacia el Pacífico sur, a una tierra que jamás había soñado. Como en el fondo de su corazón le gustaba más el viaje que la meta, en la canoa se contentó para sí diciendo: si no encuentro el paraíso por lo menos me queda el placer de haberlo buscado; y besando a Manuelita, que iba al lado de la negra Estefanía, le dijo :

.- Mi amor, has tenido razón en tu decisión. Ahora sí estoy seguro de que vamos a encontrar el paraíso.

Ella, que iba feliz porque volvería a su patria chica, le contestó:

.- Sí, mi amor, yo sé que en mi tierra vamos a encontrar el paraíso.

Llegaron a las bocas del San Juan. En cada orilla del río, grupos de indios emberás y waunanas que tenían los rostros pintados y estaban armados de cerbatanas, los miraban pasar en silencio.

El negro Manuel Santos que maniobraba la canoa, anunció que muy pronto iban a entrar a la vuelta del Tigre donde se juntan el mar con el río.

.- Patroncita, es mejor que se tenga fuerte de la canoa porque aquí el mar está embravecido.

George Henry Isaacs, que iba maravillado con el paisaje, observó una fila de pelícanos que iban haciendo figuras geométricas en el aire, y preguntó:

.- ¿Cuándo llegaremos a Buenaventura?

.- Cuando atravesemos la vuelta del Tigre.

.- ¿Y a Cali?

.- Cuando pasemos la cordillera y llegemos al plan. -Dijo el negro Manuel Santos, y añadió:- Patroncita, en Buenaventura yo me devuelvo porque no me gusta ir a tierra desconocida.

.- ¿Cómo así, Manuel Santos? -Protestó Manuelita- Tú me prometiste que me ibas a acompañar hasta el fin del mundo.

Y el negro, sumiso, asintió con la cabeza y siguió remando.

.- ¿Cuántos días hay de Buenaventura a Cali?

.- Siete días, si hay buen tiempo, y las mulas no salen casquivanas.

Entraron a la vuelta del Tigre. La canoa hecha de matambre, bejucos y hojas de rabihorcado empezó a moverse como una hoja a la deriva. Las negras Estefanía e

Isabel invocaban a todos los santos para que no los fueran a dejar tirados en el mar.

Hasta que la canoa entró a la bahía de Buenaventura.

George Henry Isaacs contempló la ancha bahía, desde el muelle destartado de madera, y soñó de nuevo con el canal del Atrato. Con el canal uniremos al Atlántico con el Pacífico, y a éste con el interior del país, pensó.

Aquella noche durmieron en el puerto de Buenaventura, en un bohío que alquilaron por tres reales, y al día siguiente, muy temprano, tomaron una canoa en el embarcadero del río Sabaletas. La canoa se desplazó suave por las aguas cristalinas, buscando la selva. Tenían que llegar hasta la desembocadura del río Dagua, atravesar la región de La Víbora hasta Juntas donde había que abandonar el río y tomar las mulas que los llevarían por la cordillera hasta el alto de las Cruces. La travesía duraba una semana, en buenas condiciones, pero si llovía o el camino estaba truncado por los derrumbes, podía durar hasta veinte días.

Mientras las negras iban entonando algunos currulaos, George Henry pensaba que después de todo, el paraíso era algo muy difícil alcanzar. El judío contemplaba la selva, sentía el zumbido de los mosquitos picándole el cuello, y no encontraba ninguna diferencia con el paisaje que lo había recibido en Nóvita.

Me da la impresión de que el paraíso es una utopía, se dijo.

Manuelita, por el contrario, a pesar de las dificultades del viaje, iba feliz de volver a su tierra, y le daba ánimo a su marido diciéndole que cuando llegaran a Juntas y emprendieran el trayecto en las mulas, el paisaje caliente y húmedo que habían sufrido hasta el momento, iba a empezar a cambiar por un clima más fresco y saludable. Cuando empecemos a subir el alto de las Cruces vas a ver cómo se conforman las nubes que la brisa marina las impulsa hacia el valle. Entonces llegaremos a mi tierra; llegaremos al paraíso.

George Henry la escuchó en silencio, y como la amaba profundamente, se consoló con estas palabras:

.- Tienes razón, Manuelita. Viajar con la intención de encontrar el paraíso es viajar con esperanza.

Cuando llegaron a la desembocadura del Dagua, Manuelita arrancó una flor de Quereme y se la regaló.

El judío la olió y dijo :

.- Oh, que fragancia tan suave. ¿Cómo se llama esta especie?

.- Es la flor del Quereme. Es una planta que se da en la región. No lejos de aquí unos colonos están construyendo un caserío que se llamará El Queremal, en homenaje a la flor.

Manuelita se acercó y lo besó.

.- ¿Para qué sirve la flor?

.- Para quererse más.

George Henry Isaacs la olió de nuevo y repitió :

.- Queremal, Queremal. -Y una sonrisa se dibujó en su rostro-.

Llegaron a La Víbora. Allí, en aquel lugar que está situado muy cerca de Dagua, su hijo Jorge Ricardo Isaacs escribió treinta y cuatro años después la novela *María*, cuando fue inspector de caminos en la carretera al mar.

Con la lucidez e inteligencia que siempre lo caracterizó, el novelista colombiano describió esta época en una carta que le envió a su amigo Adriano Páez :

« Hay una época de lucha titánica en mi vida : la de 1864 a 1865; viví como inspector del camino de Buenaventura, que se empezaba a construir entonces, en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como salvaje, a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa,

pero refractaria a toda civilización, armada de todos los hálitos emponzoñados de la selva. Los trescientos o cuatrocientos obreros que tenía bajo mis órdenes y con quienes habitaba como un compañero, tenían casi adoración por mí. Trabajé y luché hasta caer medio muerto por obra de la fatigante tarea y del mal clima. Después he hecho cuanto mis fuerzas han permitido, hasta el Congreso de 1878, a favor de la vía redentora para el Cauca; pero nada ha sido eso comparándolo con lo que hice y sufrí como inspector de los trabajos desde noviembre de 1864 hasta el mismo mes de 1865 ».

George Henry Isaacs fue quien abrió el camino al mar y luego lo continuó su hijo. Allí, en aquel paraje inhóspito para el hombre, surgió la primera novela de Colombia y de América.

El padre de Isaacs nunca se imaginaría que tres décadas después su hijo volvería a recorrer los caminos que él abrió por primera vez, cuando en compañía de Manuelita, iban en busca del paraíso. No se imaginaría que allí, en aquel lugar salvaje, se produjo una de las obras más importantes de la cultura hispanoamericana. Jamás pensó que allí se inventó *María*, la novela fundadora de nuestra cultura que narra la historia del viaje amoroso de Efraín en busca de su amada.

La diferencia entre aquel viaje y el que ahora hacía George Henry Isaacs era que mientras el primero había sido un viaje imaginario hacia la muerte, éste que él hacía en compañía de su amada, era un viaje hacia la vida.

La canoa se deslizó por las aguas ondulantes del Dagua. La tripulación llegó en la noche a Callelarga. Allí pernoctaron en un rancho cuidando de que las culebras no se fueran a subir a los chinchorros. Al día siguiente, George Henry y Manuelita tomaron un baño oriental, según la tradición judía. Luego almorzaron pescado y tostadas de plátano fritas, y sin perder tiempo, continuaron remontando el río cuyo trayecto se hacía cada vez más penoso y lleno de dificultades.

En un tramo en que el río trata de salirse de su curso, tuvieron que bajarse y arrastrar la canoa por un trecho para no ir a naufragar.

Hasta que George Henry, fatigado por el viaje, preguntó:

.- Manuelita, ¿En cuánto tiempo llegaremos a Juntas?

.- En la tarde, si mis cálculos no fallan.

El judío estiró sus piernas y confió en Dios para que los cálculos de su mujer no fallaran.

Hasta que al caer la tarde, llegaron a Juntas. Allí los recibió don Santiago, un caporal de la región que era quien los alojaba en la noche, y al día siguiente, les preparó las mulas que los llevó hasta el alto de las Cruces y finalmente a Cali. Aquella noche, don Santiago les ofreció chocolate caliente con pan del bono, y a la mañana siguiente, George Henry, Manuelita y los tres negros chocoanos empezaron a escalar la pendiente que los llevó al alto de las Cruces.

Ahora sólo faltan dos días para llegar a Cali, dijo Manuelita.

George Henry Isaacs iba de buen humor, sentado sobre la mula negra que le había tocado y cruzaba a cada momento chistes con Manuelita y con el negro Manuel Santos. En una curva de la montaña, cuando la línea del paisaje se corta creando una ventana infinita, divisaron la loma de los Chancos, famosa por la batalla sangrienta que allí tuvo lugar y donde su hijo Jorge Ricardo, siendo liberal radical, tomó parte derrotando a los conservadores.

Juan de Dios 'el indio' Uribe, uno de los escritores más brillantes de la época, lo recuerda así, en aquella trágica batalla donde se perdieron muchas vidas:

“Al otro día de la batalla vi a Jorge Isaacs en pie a la entrada de una barraca de campaña. Pasaban las camillas de los heridos, las barbacoas de güadúa con los muertos, grupo de mujeres en busca de sus deudos, jinetes a escape, compañías de batallón para los relevos, un ayudante, un general, los médicos con la cuchilla en la mano y los practicantes con la jofaina y los vendajes. El sol hacía tremar las colinas, la yerba estaba arada por el rayo, el cielo incendiado por ese mediodía de septiembre, y por sobre el olor de la pólvora y los cartuchos quemados, llegaba un sollozo, una larguísima queja de los mil heridos que desangraban en aquella zona abrasada, bajo aquel sol que desollaba la tierra. Isaacs reemplazó el día antes a Vinagre Neira y a la cabeza del Zapadores, como su primo hermano César Conto,

estuvo donde la muerte daba sus mejores golpes. Yo lo vi al otro día en la puerta de la barraca, silencioso en ese ruido de la guerra, los labios apretados, el bigote espeso, la frente alta, la melena entrecana, como el rescoldo de la hoguera, y en su rostro, bronceado por el sol de agosto y por la refriega, me parecieron sus ojos negros y chispeantes como la boca de dos fusiles ».

En el ascenso hacia las Cruces, las mulas iban dormidas pero seguían el camino sin equivocarse gracias a ese sexto sentido que poseen. Hasta que al amanecer llegaron al alto de las Cruces.

Apenas Manuelita divisó el extenso valle verde-esmeralda, que se extendía hasta la cordillera central, gritó de felicidad :

.- George Henry, ¡Llegamos al paraíso!

Al fondo, se apreciaba una pequeña ciudad con sus techos españoles y la torre Mudéjar de la iglesia de san Francisco. Era Santiago de Cali. Al oriente de la ciudad se divisaba el extenso tapiz verde-esmeralda que era cruzado por el río Cauca, y llegaba hasta las estribaciones de la cordillera central.

Fatigado por el viaje, George Henry Isaacs vio desde la mula el extenso valle, que se prolongaba hasta el pie de monte, y no podía creerlo.

.- Sí, mi amor, ¡llegamos al paraíso! -Dijo, y se le salieron las lágrimas de felicidad-

.

- La fundación del paraíso.

A mediados de los años treinta, Santiago de Cali era un cantón de doce mil habitantes, que al norte limitaba con las minas de Yumbo, Yotoco y Bitaco; al sur con las haciendas que estaban situadas sobre la orilla derecha del río Lili, donde se destacaba la hacienda de Cañasgordas, que era propiedad del último Alférez Real que tuvo la ciudad, don Manuel de Cayzedo y Tenorio; al occidente, con los barrios San Antonio y el barrio El Peñón, conocido por el famoso charco de El Burro; y al oriente, con El Vallano.

El centro, que era el lugar más importante de la ciudad, estaba conformado por los barrios La Merced, Santa Rosa y El Calvario, donde se destacaba la Plaza Mayor, el convento de San Francisco con su torre Mudéjar, La Merced, Santo Domingo y el colegio de Santa Librada, que funcionó durante varios años en el viejo claustro de San Agustín.

George Henry Isaac y Manuelita Ferrer se instalaron en una casa del barrio El Peñón entre el charco de El burro y la colina de San Antonio.

Fue Manuelita, gracias a sus vínculos familiares y a sus amistades con los hacendados y comerciantes de la ciudad, que comenzó a vincular a su esposa

con la región. Al principio, George Henry Isaacs trabajó como rematador de bienes del general Obando pero muy pronto se hizo nombrar jefe del cantón de la Villa de las Palmas, antiguo Llanogrande.

.- Yo descubrí el paraíso gracias a una mujer. -Diría quince años más tarde cuando adquirió la hacienda de La Rita.

Con la visión prodigiosa que lo caracterizaba, una tarde mientras recorrían a caballo las haciendas ganaderas y tabacaleras que colindaban con la Villa, George Henry Isaacs soñó con construir allí su casa.

.- Aquí construiremos nuestra casa y cultivaremos caña de azúcar. -Le dijo a Manuelita-. De la caña sacaremos miel y pan de azúcar, que servirá para endulzarle el paladar a la gente.

La pasión de George Henry por el cultivo de la caña venía de sus antepasados, que la habían cultivado en Jamaica desde los tiempos de Colón, cuando el almirante la introdujo en el Caribe durante su segundo viaje.

Aquel sueño de construir la casa en el corazón del valle no se produjo sino diez años después, cuando George Henry Isaacs fue nombrado jefe político del cantón de la Villa de las Palmas y tuvo la oportunidad de comprarle a don Mario Becerra los terrenos llanos que él bautizó con el nombre de Manuelita como un homenaje a su mujer por haberlo sacado del infierno de las selvas del Chocó y guiarlo hasta el Valle del Cauca.

.- Amor, aquí construiremos nuestro paraíso. -Le dijo-.

Manuelita, menos utópica y más realista que él, recordó las tribulaciones que había tenido en las minas de Nóvita, el incendio en Quibdó que le había destruido su negocio, y confió en que las palabras de su marido se cumplieran pronto.

.- George Henry, yo te ayudaré en tu empresa con la ayuda de Dios y la de mi familia. -Le dijo-.

Instalados en Cali en la casa de don Lorenzo Umaña, que quedaba ubicada en el barrio El Peñón, George Henry se dedicó a establecer relaciones con los ganaderos, con los políticos y los comerciantes de la ciudad, y muy pronto se ganó el cariño y la amistad de personalidades como don Manuel María Mallarino (quien iba a ser Presidente de la República en 1855), Manuel Garcés, Antonio Carvajal, Guillermo B'yrne, Domingo Caicedo, Mario Becerra, Tomás Plácido de Navia y José María Martínez Barona.

Hasta que gracias a la dote que había recibido de la familia de Manuelita, le compró a don Lorenzo Umaña la casa del barrio El Peñón.

Allí vivió durante toda su vida con su mujer, con sus nueve hijos y con sus esclavos que vinieron con él desde el Chocó. Allí, treinta y un años después, y en medio de las fiebres producidas por la malaria que había atrapado en La Víbora, Dagua, el escritor Jorge Isaacs, su hijo preferido, terminó de escribir el último capítulo de *María*.

Instalado en el Valle, George Henry Isaacs no dejó de planear el gran sueño de hacerse a una casa con trapiche, tierras, estancia, ganado, esclavos y demás enseres, y empezar a cultivar caña de azúcar, que según él sería definitiva para el progreso y desarrollo de la región como había sucedido años atrás en las islas de las Antillas cuando Colón trajo las primeras plantas; como había pasado dos siglos atrás en el sur de España cuando los árabes la transportaron desde Persia; y como había sucedido en Persia cuando Alejandro Magno la introdujo desde Nueva Guinea, en África.

George Henry soñaba con la hacienda cañera y con la carretera al mar que sacaría el producto al exterior, cuando el 1o de abril 1837 se produjo un acontecimiento extraordinario en la casa de partos de Cali, que estaba situada al frente del antiguo claustro de San Agustín: Manuelita Ferrer Scarpetta dio a luz a su segundo hijo, Jorge Ricardo Isaacs Ferrer, que sería el primer novelista de Colombia y de América.

La llegada de Isaacs llenó de alegría la casa del Peñón.

En aquellos años, la llegada de un niño a una casa, aparte de causar el alborozo natural entre sus progenitores, era signo de buen augurio. George Henry lo comprobó cuando aquel mismo año que Isaacs vino al mundo, lo nombraron Gobernador de la provincia de Buenaventura, y un año más tarde, lo declararon jefe político del cantón de la Villa de las Palmas, que por orden del cabildo se siguió llamando el cantón de Palmira.

Con estos dos cargos, el judío inició el gran proyecto del cultivo de la caña en la región que transformó al Valle del Cauca durante los últimos ciento cincuenta años.

George Henry Isaacs compró a Mario Becerra las planadas situadas entre el río Nima y el río Amaime. Y allí, en el aquel lugar paradisíaco sembrado de ceibas, palmeras y samanes, fundó la hacienda Manuelita.

La llegada de Isaacs al mundo auguró tiempos de bonanza y progreso para la región. George Henry compró mano de obra esclava e inició el cultivo y la explotación de la caña, produciendo por primera vez en la región, la miel de purga y el pan de azúcar que llegaron a abastecer los mercados de Cali, Palmira, Buga y Popayán.

Con los dividendos que fue dejando la hacienda, el padre de Isaacs se comprometió con la región a impulsar el camino a Buenaventura; el camino Cali-Palmira; construyó el matadero y el cabildo; y ayudó a trazar la cuadrícula urbana de Palmira, que debido a su topografía llana, pasó a ser la ciudad de las calles más rectas de Colombia.

Mientras la región bullía de progreso, Isaacs pasaba su niñez entre la casa de El Peñón y la hacienda Manuelita, donde la familia tenía largas temporadas debido al trabajo intenso que allí se vivía.

Allí, en aquel campo tapizado por el verde intenso de la caña, transcurrirá la infancia de Isaacs. Allí, en aquella extensa llanura abrasada por el sol y que es cortada cada segundo por el graznido de los cuervos, el futuro escritor experimentará por primera vez la experiencia de la epifanía, y sentirá un deseo profundo de describir el paisaje. Allí, en aquella hacienda que llevará por siglos el

nombre de su madre, nacerá el escritor de *María*, que a los veintisiete años de edad se refería con estas palabras al paisaje colombiano:

“El cielo tenía un tinte azul pálido; hacia el Oriente y sobre las cuestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el Sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos. Cruzaba planicies de verdes gramales, regadas por riachuelos cuyo paso me obstruían hermosas vacas que abandonaban sus sesteaderos para internarse en las lagunas o en las sendas abovedadas por florecidos písamos e higuerones frondosos”.

Isaacs recibió sus primeras clases de castellano, latín y geografía con el profesor Aragón de Buga y luego fue enviado a la ciudad de Popayán donde recibió clases de aritmética con el profesor Manuel María Luna, que fue también el mentor de los poetas Julio Arboleda y Guillermo Valencia.

La intención de su padre era que Isaacs recibiera su formación básica en Colombia y luego se fuera a Londres a estudiar medicina. Por esto se preocupó por la educación del muchacho y luego de su experiencia académica en Popayán donde Isaacs conoció por primera vez el rancio olor de la aristocracia de la patria, lo envió a la edad de once años a Santa Fe de Bogotá que se preciaba por ser la “Atenas suramericana”, la ciudad más culta e ilustrada de las recién liberadas colonias americanas.

Isaacs estudió en Bogotá en el colegio del Espíritu Santo, bajo la rectoría del doctor Lorenzo María Lleras, y luego continuó sus estudios en los colegios de San Buenaventura y de San Bartolomé, donde se formaba la nueva élite dirigente del país.

De Santa fe de Bogotá el joven Isaacs conoció las ambiciones del poder y percibió con su espíritu agudo y suspicaz, las enconadas luchas entre los conservadores y los liberales, que finalmente definieron el destino de la patria.

Corría el año de 1849. Los liberales acababan de derrotar a los conservadores a través del triunfo de José Hilario López sobre Mariano Ospina Rodríguez. El país, que estaba dividido en nueve regiones, vivía una atmósfera de agitación, de

guerra civil y de grandes cambios que se tradujeron en 1851, cuando los liberales ganaron la guerra, en la expulsión de la Compañía de Jesús, la creación de las Sociedades Democráticas y la abolición de la esclavitud.

Esta última ley, que fue aprobada el 7 de marzo de 1851, fue el florero de Llorente que cambió la estructura económica del país y de los hacendados del Valle del Cauca, donde se contaba entre ellos a George Henry Isaacs.

Presionados por la guerra los dueños de las tierras del Cauca tuvieron que aceptar la orden de manumisión y empezar a liberar esclavos.

Esta situación fue la que dio al traste con la hacienda vallecaucana y empezó a crearle dificultades económicas a su padre.

Entre los hacendados del Valle que tuvieron que acogerse a la ley de manumisión de esclavos por presión de los liberales, podemos citar entre otros a: Manuel María Mallarino, Manuel José Escobar, José Lloreda, Antonio Carvajal, Francisco Borrero, Víctor Cabal, Josefa Castro, Manuel María Buenaventura, José María Guerrero, Antonio Zamorano, Carlos Palau, Julián Vallecilla, Juan Antonio Caicedo, Petronila Herrera y George Henry Isaacs.

Al año siguiente de la liberación de los esclavos, el joven Isaacs regresó de Santa fe de Bogotá. A pesar de su edad traía dos elementos a favor que fueron claves en sus años posteriores como escritor y como político : la experiencia de haber estudiado en la capital y la influencia de las ideas liberales que pudo captar mientras asistía a los claustros con el doctor Lorenzo María Lleras.

Isaacs llegó al Valle en medio de un ambiente de agitación y de guerra. Los hacendados conservadores, con su padre a la cabeza, se oponían a las reformas liberales que vulneraban sus intereses económicos. Los curas lanzaban el grito al cielo por la expulsión de los jesuitas del país. Los artesanos empezaban a organizarse alrededor de las Sociedades Democráticas y a apoyar las fugas masivas de los negros esclavos que se llevaban a cabo en las haciendas.

Con la visión que le había dejado su primer viaje a la capital, Isaacs pudo apreciar la dimensión del problema y se dio cuenta que su padre empezaba a tener dificultades con su hacienda y con las ideas conservadoras que hasta la fecha había pregonado.

Sin tomar partido por uno u otro bando, el joven Isaacs, que ya había sido picado por el virus de las ideas radicales, sintió por primera vez cómo aquella figura autoritaria y religiosa de su padre que había fundado el paraíso se empezaba a desboronar debido a la fuerza implacable de los acontecimientos. A la fuerza de la historia, que es la partera de los hombres y mujeres.

Isaacs vio a su padre luchando a brazo partido para que sus esclavos no abandonaran la hacienda; vio a su padre uniéndose con los conservadores de la región para que la turbamulta no fuera a incendiar los cultivos; vio a su padre protegiendo a los curas que vestidos de paisanos abandonaban de noche la ciudad y se dirigían al puerto de Buenaventura, hacia el destierro. Vio a su padre bebiendo anís y jugando al tresillo en sus noches de insomnio para mitigar la derrota económica que empezaba a sufrir. Entonces cuando una noche, su padre, ebrio, le anunció que no podía pagarle sus estudios de medicina en Londres y que por el contrario debía alistarse como soldado e ingresar a la guerra, Isaacs comprendió que la derrota económica de su padre significaba el comienzo del fracaso del paraíso, que él había forjado con tanto esmero.

Isaacs comprendió que nuevos vientos soplaban para el Estado soberano del Cauca, donde había nacido; pero no eran vientos de paz y armonía como se lo había prometido su padre, sino vientos de luchas y guerras intestinas que no terminaron sino hasta 1886 cuando finalmente el país adoptó un nuevo nombre y una nueva Constitución y los conservadores derrotando a los liberales radicales, en donde se matriculó años después Isaacs, le quitaron poder a las regiones y se tomaron el gobierno por espacio de cincuenta años.

Isaacs presintió la decisión de su padre y sin comprender que esto le iba a cambiar su destino, aceptó alistarse en las fuerzas del coronel Manuel Tejada y prepararse para luchar contra la dictadura de Melo, que finalmente fue socavada por los conservadores llevando a la Presidencia de la República a Manuel María Mallarino.

Isaacs, quien era un adolescente de diecisiete años, se paseó por las calles de Cali llevando una bandera tricolor y un viejo fusil que le había dado su padre. Allí vio por primera vez cómo las tropas conservadoras del general Tejada le daban

rejo a los rojos liberales que apoyaban la conspiración de Melo. Vio cómo cayó muerto el primer liberal en la plaza de San Nicolás, en medio de un centenar de heridos, mientras los sublevados recorrían la ciudad haciendo pintas en las paredes.

“Abajo Mallarino,
Arriba Cayzedo y Cuero.
Vivan los puñales
del 1o de Enero”,

gritaban las turbas liberales en medio del reguero de muertos.

Mallarino era un hacendado caleño, de origen conservador. Rafael Cayzedo y Cuero, hermano del héroe Joaquín de Cayzedo y Cuero, era también caleño, pero liberal de pura cepa

Al final, ganó el partido de Mallarino, que subió a la Presidencia de la República. Luego, el triunfo conservador quedó a la deriva, cuando los liberales con el general Tomás Cipriano de Mosquera a la cabeza, instalaron la Constitución de Rionegro, en 1863, y proclamaron la República federal de los Estados Unidos de Colombia.

El joven Isaacs nunca fue consciente de su participación en esta batalla, pero le sirvió para ver el grado de crueldad y sevicia con que sus compatriotas defendían sus ideas.

El joven abanderado, que parecía un príncipe árabe envuelto en la bandera de oro, azul y sangre, a decir del escritor Max Grillo, vio cómo a los liberales los encerraban en las cárceles y los colgaban de las manos hasta desangrarse; vio cuando los amarraban en chiqueros al lado de los cerdos para que sufrieran la burla de los soldados conservadores; vio cómo muchos salieron esposados y desterrados a las mazmorras de Cartagena de Indias y ciudad de Panamá.

Mientras esto sucedía, su padre que preveía el desastre inminente que se avecinaba, se refugió en el alcohol y en el juego, y empezó a descuidar su hacienda.

Manuelita era la quien lo tenía que sacar de las pulperías de Santa Rosa y La Mano del negro, donde el judío gastaba todo su dinero, con la ilusión de que un golpe de dados le cambiara su suerte.

.- Por favor, George Henry -le decía Manuelita-; ¿por qué no dejas el juego y el alcohol que eso te va a arruinar?

El judío, delirando por el anís que había bebido durante la noche, respondía:

.- Si logro ganarme en el tresillo doscientos reales, levanto de nuevo la hacienda.

.- No, por Dios. Yo no te traje a estas tierras para que te alcoholizaras y te perdieras en los meandros del juego.

.- ¿Entonces para que me trajiste a estas tierras? -Preguntaba el judío en un tono agresivo-. ¿Para que me quedara sin esclavos con quién trabajar la tierra?

.- No, George Henry. Si vinimos a Cali fue porque nos amábamos.

.- ¿Por qué, Manuelita, me engañaste diciéndome que esto era el paraíso?

Manuelita, entonces, tomándole la mano se ponía a llorar, y decía:

.- Yo no tengo la culpa de que mi país haya entrado en guerra. George Henry, ¿me prometes que vas a ir al juzgado y te comprometes ante el notario que abandonarás el juego?

.- Sí, te lo prometo.

Pasada la resaca, George Henry Isaacs se acercaba al juzgado y firmaba ante el Notario público una declaración donde se comprometía a pagar una multa de quinientos pesos si volvía a jugar en las pulperías o si jugaba por interpuesta persona. Pero a la semana siguiente, volvía a las pulperías de Santa Rosa y La Mano del negro y se dedicaba con la pasión de un jugador a probar suerte con los dados.

Terminada la guerra, y ante el triunfo conservador, el Presidente Mallarino, viéndolo en el estado de deterioro económico en que se encontraba, decidió ayudarlo para que adquiriera a buen precio la hacienda de La Sierra que había sido de su propiedad, y que algunos años después, su hijo immortalizó en su novela *María*.

Desde finales del siglo XVIII, la hacienda de La Sierra hizo parte del fundo de Piedechinche en donde nació el general Eusebio Borrero. Luego pasó a manos de don Víctor Cabal; después a don Manuel María Mallarino, quien se casó con la hija mayor de Cabal. La familia Mallarino-Cabal le vendió a Federico Guillermo B'yrne y éste finalmente le vendió a George Henry Isaacs.

Pese al fantasma de la quiebra, George Henry compró esta finca con la intención de acrecentar sus tierras y esperar el repunte de la economía en la región, pero muy pronto se dio cuenta de que sus cálculos habían fallado, pues la crisis de la hacienda vallecaucana no era pasajera y la liberación de los esclavos era apenas la punta de un *iceberg* que se veía venir en relación con el cambio de las relaciones laborales que se vivían en el campo colombiano.

Muy pronto el padre de Isaacs se vio abocado a la presión de los acreedores, a las demandas que le ponían en los juzgados de Cali y Palmira, y entonces se refugió con mayor ahínco en el juego y el alcohol.

La casa de la Sierra, como se llamó en la época, fue la prolongación territorial de la hacienda Manuelita, y si pasó a la historia fue gracias a la literatura.

Isaacs, quien tenía a la época diecinueve años de edad, se casó al año siguiente con Felisa González Umaña, una hermosa caleña que lo acogió en sus brazos.

Algunos años más tarde, en una carta que le envió a su amigo Luciano Rivera y Garrido, Issacs recordó esta fecha memorable de su matrimonio :

“Era aún niño cuando me enamoré. Mi novia era una muchachita de catorce años, fresca como los claveles del paraíso y tímida como una cuncuna recién aprisionada. Yo era todo corazón, y ese corazón era todo, todo de ella. Aquella muchachita tan pura y amorosa era mi sueño de todas las horas, mi sueño de los dieciocho años, encarnado por un milagro”.

La pareja se instaló en la hacienda La Rita, pero a los tres años tuvo que irse a vivir a Cali porque su padre, acosado por las deudas, tuvo que venderla a José María Martínez Barona.

Allí empezó la ruina económica de George Henry Isaacs que no terminó sino tres años después de su muerte, cuando la familia Issacs, acosada por los pleitos judiciales, decidió rematarla a favor del ciudadano norteamericano Santiago M. Eder.

El joven Isaacs vivió una época atravesada por el desconcierto y la incertidumbre. De una parte, su espíritu interior lo llamaba a dedicarse a la escritura; de otra parte, la fuerza de los acontecimientos en los que su padre había perdido la hacienda, lo llamaba a apoyar la empresa familiar y a defender los intereses de la patria.

Isaacs, que ya había probado el sabor amargo de la guerra, optó por meterse de nuevo en ella y luchó contra el general Mosquera, que se había sublevado contra el gobierno nacional.

De aquella experiencia, Issacs dejó consignada su participación con estas palabras:

“Vi en el general Mosquera, no al defensor de la democracia, no al héroe republicano, sino al orgulloso patricio, descendiente de los Montijos; y combatí al general Mosquera en 1860 en el puente del río Cali”.

Antes de regresar a su tierra natal, el joven Isaacs viajó a Sonsón, Antioquia, y allí conoció al poeta Gregorio Gutiérrez González, famoso por su libro *Memorias del cultivo del maíz*.

Después de la guerra contra Mosquera, George Henry Isaacs, el padre del escritor, murió de cirrosis. Fue entonces cuando vino la lucha tenaz de Manuelita Ferrer y sus hijos por salvar la hacienda.

Jorge Issacs fue nombrado responsable de la dirección de la hacienda, pero al poco tiempo de lidiar con los peones y con las deudas que había dejado su padre, se dio cuenta que esto no era lo suyo y decidió dejarle la hacienda a su hermano Alcides, y viajar a Bogotá.

El joven Issacs vislumbró en su segundo viaje a la capital la posibilidad de escapar al destino patriarcal y buscar el mundo de la literatura que bullía en su espíritu desde la infancia.

Este segundo desplazamiento, que se convirtió en el viaje literario más importante de su vida, significará para Isaacs la agonía y muerte del paraíso, y al mismo tiempo, la afloración del espíritu del poeta que venía cultivando desde la infancia. Issacs llegó a Santa Fe de Bogotá y se comunicó con el doctor José María Vergara y Vergara con el objeto de que lo ayudara en el litigio jurídico para salvar la Hacienda de su padre; pero en realidad el verdadero móvil que incitaba a Issacs para acercarse al intelectual bogotano, quien era miembro de la tertulia literaria El Mosaico, era mostrarle su producción poética que venía escribiendo en secreto. Vergara y Vergara era un hombre alto, de tez morena y barba cerrada que usaba una capa española negra, paraguas y sombrero de copa negros. El abogado y escritor bogotano, autor de la *Historia de la literatura colombiana*, apenas lo vio, entabló con el joven escritor una rica amistad que duró hasta el final de sus días.

.- Joven Isaacs -le dijo-; así que usted viene a defender la hacienda de su padre.

.- Sí, doctor. -Le respondió el joven en un tono tímido, ante la presencia del hombre que algunos años más tarde, iba a fundar la Academia de la Lengua Colombiana-

.- Cuénteme, joven; ¿es cierto que los acreedores inescrupulosos se quieren quedar con la casa de la Sierra, que sus padres trabajaron con tanto ahínco?

.- Así es, doctor; por esto he venido ante usted para que nos ayude con sus buenos oficios como abogado.

.- Con mucho gusto, joven. Yo le ayudaré porque tengo noticias de que su familia tiene las tierras más bellas del Cauca.

.- Gracias, doctor.

.- El problema, joven, es viajar hasta el Valle. ¿Cuántos días se echó usted en su viaje?

.- Quince días, doctor; y eso que venía montado en Rosilla, la mula que heredé de mi padre.

.- Bueno, vamos a ver si podemos viajar y de paso conocemos el paraíso donde dicen que la poesía brota como agua de manantial. A propósito joven, ¿usted que viene de esa tierra idílica no hace versos? A mi me han contado que desde niño usted escribe versos inspirado en aquel paisaje que su padre descubrió junto con Manuela Ferrer.

.- Sí, doctor. Yo escribo versos.

Y al joven Isaacs le brillaron los ojos de felicidad.

.- Ah, que bueno es saberlo, pues aquí en Santa Fe de Bogotá todos somos poetas o fungimos como tales.

.- Son apenas unos versos que me inspiró el paisaje de mi patria.

.- Bueno, pero no se puede regresar a Cali, sin antes mostrármelos.

Y don José María Vergara y Vergara lo citó en la casa de José María Samper, que vivía en el barrio de La Candelaria, donde se reunía el grupo literario El Mosaico. Allí llegó una noche el joven Isaacs con un cuaderno de colegial debajo del brazo. Entró a un recinto alumbrado con velas, y allí vio a un grupo de señores vestidos de negro que bebían agua de ajeno y hablaban de una manera vehemente y apasionada.

Vergara y Vergara lo invitó a seguir, y enseguida lo presentó ante los contertulios:

.- Caballeros de la tertulia El Mosaico, tengo el gusto de presentarles al poeta del Gran Cauca, el joven Jorge Ricardo Isaacs Ferrer.

Con la prosopopeya típica bogotana, Vergara y Vergara, como si estuviera en una secta masónica, le fue presentando a los hombres de letras de la capital colombiana:

.- Le presento al ilustre José María Samper, el anfitrión de la casa, destacado historiador y ensayista de nuestra patria.

.- Muchas gracias. -respondió el joven Isaacs, que ya se le insinuaba un bigotico rubio en su rostro-.

.- Este es el próspero comerciante y aficionado a las letras, don Ricardo Silva.

.- Señor, encantado de conocerlo.

.- Aquel es don José Manuel Marroquín, mejor conocido como el “parlanchín entrometido” o “Gonzalo González de la Gonzalera”. Este es el caballero Diego Fallón, el traductor de Longfellow. Y este señor de *luengas* barbas es don Ricardo Carrasquilla, autor de la literatura homeopática y otras yerbas.

.- Para mí es un placer conocerlos.

El joven Isaacs se sentó y temblándole la voz, empezó a leer el Poema al Río Moro:

“Tu incesante rumor viene escuchando
 desde la cumbre de la lejana sierra;
 los ecos de los montes repetían
 tu trueno en sus recónditas cavernas.
 Juzgué por ellos tu raudal; fingime
 tras vaporoso velo tu belleza,
 y ya sobre tu espuma suspendido,
 gozo de ahogar mi voz en tu bramido...”.

Aquella noche, el joven Isaacs fue ovacionado y recibió de la intelectualidad santafereña, el alto honor de ser nombrado poeta. Al día siguiente en el periódico del grupo salió la siguiente nota elogiosa, recibiendo así el bautismo poético por parte de los intelectuales de la capital:

“Tal merece llamarse el repentino aparecimiento de un nuevo poeta, muy joven, desconocido ayer, y que en el transcurso de veinticuatro horas adquirió renombre en esta ciudad. El nombre de este nuevo literato es Jorge Isaacs, y su patria el poético y desgraciado Valle del Cauca”.

Mientras esto sucedía en Bogotá, los acreedores en Cali y Palmira ponían contra la pared a Manuela Ferrer, con el objeto de arrebatarle la hacienda.

El abogado y escritor Eustaquio Palacios, amigo cercano de la familia, fue quien los defendió del pleito que interpuso el señor Pedro José Piedrahita, y luego, el ciudadano norteamericano Santiago M. Eder, que finalmente se quedó con la hacienda.

.- Eustaquio, usted puede calificar de duras mis palabras pero este es un país de víboras. Después de la muerte de mi esposo los acreedores se quieren quedar

con nuestra hacienda. -Se quejaba Manuelita, ante la presencia de Eustaquio Palacios, abogado de Roldanillo y autor de *El Alférez Real*.

.- Manuelita, cálmese y tenga paciencia que ustedes son los propietarios legítimos de esas tierras y nadie se las podrá arrebatar.

.- Ay, Eustaquio, no sea ingenuo. Apenas murió George Henry los abogados de los acreedores cayeron como chulos a los juzgados y nos interpusieron más de un memorial.

.- Vamos por partes, Manuelita. Aquí tengo el memorial del señor Piedrahita y lo único que pide es que le respondamos algunas preguntas. Creo que si le aclaramos al juez el cuestionario quedaran las cosas claras.

.- Pero es un cuestionario infame. ¡Lea, Eustaquio! ¡El abogado del señor Piedrahita nos trata de ladrones! ¡Lo peor es que involucra al niño Jorge Ricardo que fue forzado por su padre a administrar las tierras! ¡Le juro que él por estar pensando en versos descuidó la finca, pero no lo hizo de mala fe!

.- A propósito, ¿dónde está el joven Jorge Ricardo?

.- Se fue a buscar ayuda de los abogados de Bogotá, pero por un telégrafo que me llegó ayer, está dichoso leyendo poesía con los poetas bohemios de la capital.

.- Siempre he dicho que el joven tiene espíritu de poeta y no de negociante.

.- Lo que más me duele del memorial infame del señor Piedrahita es que nos acuse por haber vivido en la finca después de la muerte de George Henry. ¡Como si nosotros no tuviéramos el derecho de vivir en nuestras propiedades!

.- Cálmese, Manuelita. Mañana mismo a primera hora interpondré ante el juzgado

un memorial que desvirtúe todas esas acusaciones canallas; pero necesito que usted me de un poder.

.- Sí, con mucho gusto. A propósito, Eustaquio; hablemos de cosas más gratas. ¿Cómo va su novela sobre la vida del Alférez Real?

.- Bien, aunque como es una novela histórica tengo que escudriñar mucho en los documentos de la época. Este trabajo como abogado a veces me impide hacerlo.

.- ¿Es cierto que su novela transcurre en la hacienda de Cañasgordas?

.- Sí, la novela transcurre en la hacienda que está ubicada entre la cordillera occidental y el río Cauca; más exactamente entre la quebrada del río Lili y el río Jamundí, al pie de los Farallones.

.- Bueno, Eustaquio; no se olvide de mencionar allí a mi padre Carlos Ferrer y Xiques que fue fusilado miserablemente en Majagual por ser fiel al Rey, y a mi abuelo materno Mateo Scarpetta, quien fue Alférez Real en la ciudad de Popayán.

.- Así lo haré.

Eustaquio Palacios defendió en los juzgados los bienes de la familia Isaacs-Ferrer contra los abogados de los acreedores hasta que agobiados por los embargos tuvieron que rematar la hacienda.

.- Eustaquio, por Dios, ¿cómo podemos perder en un minuto el trabajo de más de veinte años que le hemos dedicado a estas tierras?

.- Manuelita, yo sé que ustedes son los propietarios legítimos de estas tierras, pero hay que reconocer que los malos negocios de su esposo terminaron por arruinarlo todo.

.- Los malos negocios y el juego y el alcohol que obnubilaron su mente hasta los últimos días.

.- Manuelita, lea el último memorial que interpuso ante el juzgado de Palmira para ver si está de acuerdo.

Con los ojos llenos de lágrimas, Manuelita leyó en voz baja:

“La señora Ferrer de Isaacs no dará a ninguna clase de apremio; estoy cierto de que ella exhibirá pronto sus cuentas, y si no lo ha verificado aún ha sido por los trastornos públicos y por la ausencia involuntaria del sujeto a quien ella encargó la administración de los bienes.

¿Puede decirse con justicia que la señora viuda es responsable por el déficit que ha resultado? ¿Cómo podía remediar el daño de la caña, la destrucción de las cercas y la pérdida de los animales cuando es notorio que estos perjuicios han sido inevitables por consecuencia de la guerra?”.

Manuelita se secó las lágrimas y concluyó:

.- Eustaquio, usted tiene razón. La guerra también terminó por arruinarnos.

.- Sí, Manuelita. Por esto la quiebra de La Rita y la casa de la Sierra no sólo hay que achacársela a George Henry sino también a las continuas confrontaciones bélicas que están destruyendo el país.

.- Sí, la culpa de nuestra ruina fue la guerra, y esos negros malagradecidos que nunca reconocieron todos los favores que les hicimos.

Y volvió a ahogarse en un ataque de llanto.

.- Eustaquio, por favor, ¡ayúdeme a salvar la hacienda! ¡Ayúdeme a salvar el paraíso!

Con la medida que siempre lo había caracterizado, Eustaquio Palacios contestó:

.- Para salvar del ahogado el sombrero, la única solución que nos queda es rematar las haciendas Manuelita, La Rita y La Sierra.

.- ¿Pero sí nos darán todo el dinero que le hemos invertido?

.- No; aquí en el Valle la mayoría de los hacendados están arruinados. Pero dicen que hay un gringo que está interesado en las haciendas.

.- ¿Quién es?

.- Santiago M. Eder.

.- ¿Pero sí nos dará el dinero que pedimos?

.- No sé, las malas lenguas afirman que tiene mucha plata.

.- Sí, yo ya había escuchado que el gringo hizo dinero contrabandeando con whisky.

.- Sí, eso es lo que dicen, pero a nadie le consta. El señor Eder ofreció comprar las dos terceras partes de las haciendas.

.- Bueno, ¿y qué espera, Eustaquio?

.- Espero que usted me de la autorización pues el gringo ofrece sólo la mitad del avalúo.

.- ¡Ah, no! ¡Eso sí no lo voy a permitir! ¡El paraíso que hemos construido en veinte años se regale a precio de huevo! ¡Ni de fundas! ¡Si el gringo no da el valor total del avalúo, las haciendas no se venden!

.- Ay, Manuelita. En los negocios cuando uno no tiene la sartén por el mango tiene que ceder. Si no le cogemos la caña al gringo, Piedrahita y los acreedores se quedarán con la Manuelita, La Rita y La Sierra, y nosotros iremos a parar a la cárcel.

.- Bueno, hable con el gringo, pero dígame de mi parte que por lo menos nos deje sacar los muebles.

A la semana siguiente, la hacienda Manuelita fue rematada en un juzgado de Palmira y vendida por 400 patacones al señor Santiago M. Eder.

De esta manera, el paraíso que fue fundado por George Henry Isaacs y Manuelita Ferrer, se perdía para siempre. Aquel paraíso que Issacs describió con la visión introspectiva de un pintor impresionista en su novela:

“A las doce del día siguiente bajé de la montaña. El sol, desde el cenit, sin nubes que lo estorbaran, lanzaba viva luz intentando abrasar todo lo que los follajes de los árboles no defendían de sus rayos de fuego. Las arboledas estaban silenciosas; la brisa no movía los ramajes ni aleteaba un ave en ellos; las chicharras festejaban infatigables aquel día de estío con que se engalanaba diciembre; las aguas cristalinas de las fuentes rodaban precipitadas al atravesar las callejuelas para ir a secretarse bajos los tamarindos y hobos, y esconderse después en los yerbabuenaes frondosos; el valle y sus montañas parecían iluminados por el resplandor de un espejo gigantesco”.

¿ Qué representó para el joven Isaacs la pérdida del paraíso? ¿Qué significó la quiebra económica de su familia?

Para Issacs, que tenía veintisiete años, significó la ruptura con un medio pacato y conservador y la toma de posición al lado de los radicales que representaban un pensamiento liberal.

La pérdida del paraíso significó para Isaacs la ruptura con una sociedad patriarcal y su redención como poeta.

“Cuando en la tarde
los arreboles
el valle tiñen
con luz de bronce,
y silenciosa
viene la noche;
crujen asidos
los altos robles
y mil perfumes
exhala el bosque”.

El joven Isaacs leyó ante el auditorio ilustrado del grupo El Mosaico de Bogotá, y aquella noche fue declarado poeta.

“En 1864 dijeron en Bogotá que yo era poeta”, le confesó más tarde a su amigo Luciano Rivera y Garrido e inmediatamente después de que le publicaron su primer libro titulado *Poesías* en las ediciones que promocionaba el grupo El Mosaico, viajó al Valle y fue nombrado por el general Mosquera subinspector de caminos en la región de La víbora en Dagua, y allí se lanzó de lleno a la escritura de la novela *María* que lo iba a convertir en el primer novelista de América.

Isaacs trabajaba de día en el camino al mar que había iniciado su padre, y en la noche, en un bohío hecho de árbol de matambre y hojas de palmeras, y bajo el zumbido de los zancudos escribió la novela más grande de amor, dolor y muerte que se produjo en Colombia y América.

Las condiciones que tuvo que enfrentar no eran las mejores pues el clima y los mosquitos hacían sus estragos. A esto se sumaban la amenaza de los animales

salvajes y las serpientes que en la noche merodeaban por el bohío. Pero quizás fueron estas condiciones adversas, este aislamiento del mundo que le permitió a Isaacs tomar distancia y concentrarse alrededor de Efraín y María, aquella pareja que como un símbolo indisoluble del amor se rebelaba contra una sociedad patriarcal y esclavista.

El amor visto como una tabla de salvación; el amor visto como una sinecura contra una sociedad rancia y conservadora que no quería ceder ante la rueda de la historia. El amor visto como un refugio, y al mismo tiempo, como una forma de liberación de una sociedad señorial y esclavista.

El amor, luego la enfermedad, la muerte; y finalmente el viaje final contra la muerte.

Isaacs escribió la mayor parte de la novela en esta selva inhóspita hasta que fue alcanzado por el paludismo que lo obligó a abandonar su trabajo y a refugiarse en la casa de El Peñón en Cali, donde escribió el último capítulo, que es el más intenso de la novela, porque es un capítulo escrito contra la muerte:

“La noticia de tu regreso ha bastado a volverme las fuerzas. Ya puedo contar los días, porque cada uno que pasa acerca más aquel en que he de volver a verte. Hoy ha estado muy hermosa la mañana; tan hermosa como esas que no has olvidado. Hice que Emma me llevara al huerto; estuve en los sitios que me son más queridos en él; y me sentí casi buena bajo esos árboles, rodeada de todas esas flores, viendo correr el arroyo, sentada en el banco de piedra de la orilla. Si esto me sucede ahora, ¿cómo no he de mejorarme cuando vuelva a recorrerlo acompañada por ti?

Vente, me decía, vente pronto, o me moriré sin decirte adiós. Yo no quiero morirme; yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre”.

La pérdida del paraíso representó para Isaacs no sólo la pérdida de un mundo patriarcal que ya no volvería, sino también su propia redención como escritor, como político, como educador, y como etnógrafo.

- Del edén imaginario al infierno de la guerra.

Con la pérdida del paraíso, Isaacs fue entrando en el infierno de un país caótico que se debatía entre la posibilidad de constituirse en un Estado federal, con sus nueve provincias autónomas o la posibilidad de crear un estado centralista, modelo que finalmente triunfó en 1886, cuando subió al poder Rafael Núñez. En los años sesenta, ante la crisis de la hacienda vallecaucana, el general Mosquera se unió a José Hilario López y a José María Obando y juntos le declararon la guerra a Mariano Ospina Rodríguez, quien había sucedido en la Presidencia de la República a Manuel María Mallarino.

La intención de Mosquera era declararle la guerra a los conservadores que luchaban por un país cerrado y pugnar por la autonomía de los Estados. Fue el período llamado de la “anarquía organizada” en donde el liberalismo, por primera vez, derrotó al conservatismo logrando darle poder a las nueve provincias del país, y aprobando en la famosa Constitución de Rionegro, los Estados Unidos de Colombia.

De 1864, fecha en la cual Isaacs fue declarado poeta en Santa Fe de Bogotá, a 1867, año de la publicación de *María*, es el periodo literario más fecundo del escritor.

Motivado por los elogios de sus contertulios en la capital, pero sobre todo impulsado por la férrea intención de recuperar el paraíso, así fuera imaginariamente, Isaacs regresó al Valle y después de hacerse nombrar sub-inspector de caminos en Dagua por su antiguo contrincante, el general Mosquera, se dedicó febrilmente a escribir la novela que finalmente terminará en la casa de El Peñón en Cali y será publicada con todos los honores en Santa fe de Bogotá, por la Imprenta de José Benito Gaitán.

Fue el momento más feliz de mi vida, le confesó años después a su amigo, el doctor Leonardo Tascón de Buga, cuando pobre y viejo sobrevivía en Ibagué en la casa que le prestó su amigo Emiro Kastos.

La novela, de la que editaron ochocientos ejemplares, causó revuelo en el medio intelectual colombiano, y luego, en América y Europa. En mayo de 1868, se publicó la segunda edición en la imprenta Foción Mantilla, con la siguiente publicidad para el público:

«Agotada la edición de la *María* y quedando apenas un número insignificante de ejemplares de las *Poesías de Jorge Isaacs*, ha convenido el autor en hacer una segunda edición de ambas obras y agregarle un drama y varias poesías inéditas. Todo junto saldrá en dos tomos y la impresión estará terminada en tres meses. Se abre desde esta fecha la suscripción en el almacén del doctor José María Samper y en la misma imprenta, y quedará cerrada el 1º de Agosto. El valor de la suscripción es de tres pesos de ley, que se pagarán adelantados, y se devolverán al suscrito en caso de que por algún accidente imprevisto no se llevare a cabo la edición».

Entre los años de 1867 y 1889 se publicaron en el exterior 25 ediciones de *María*, de las cuales 14 se hicieron en México. Entre las ediciones más importantes figuran la que publicó *El Correo de Ultramar* de Chile, la edición que se hizo en San Francisco, California, traducida al inglés, las ediciones que realizó la Imprenta

«Aguilar e Hijos» en México y las ediciones traducidas a sus respectivos idiomas que se hicieron en Francia, Holanda, Inglaterra, España, Brasil y Filipinas.

Cuando salió la primera edición en Santa Fe de Bogotá, fue precisamente don José María Vergara y Vergara quien le dio el bautismo intelectual:

«Hace cuatro años era completamente desconocido; hace tres que se presentó con un volumen de versos que fueron recibidos con raro entusiasmo; y hace pocos días que ha dado un nuevo volumen de prosa, que contiene una novela bien elaborada, bien escrita, bien sentida. Regalos como éste no se hacen todos los días a la sociedad. Y el regalo es doble, y doblemente precioso, porque si el libro vale mucho, el autor vale más».

Su amigo del alma, el escritor bugueño Luciano Rivera y Garrido y autor del libro *Impresiones y recuerdos*, escribió para el periódico *El liberal* de Bogotá estas palabras sobre la novela:

«El estilo de Isaacs es fluido y elegante. La invención riquísima y los recursos del narrador hábilmente manejados. Isaacs, con su vigorosa pluma, nos deleita, con la música de su privilegiado estilo embriaga nuestra mente y logra que le escuchemos con placer... *María* ha sido leída con avidez en Colombia, en América y en Europa; un aplauso universal saludó la aparición del nuevo astro en el cielo de la literatura, y dondequiera que esas palabras admirables han sido conocidas se ha bendecido el nombre del eminente escritor».

Por su parte, don José Manuel Marroquín, que llegó a ser Presidente de la República, dijo a propósito del autor de *María*:

«Isaacs ha sido el más afortunado de cuantos entre nosotros han cultivado las bellas letras. A lo menos lo fue a su entrada en el mundo literario. A los que pertenecíamos a El Mosaico nos tocó la satisfacción -casi me atrevo a decir la gloria- de demostrar que entre nosotros sí puede ser apreciado el ingenio y recompensado el mérito»

El ensayista antioqueño Baldomero Sanín Cano expresó sobre la obra:

«La *María* se ciñe con gran fidelidad y no sin encanto a todas las normas de la ficción romántica y llega justamente en el momento en que una agitación literaria en Francia rompía los moldes seguidos por la anterior generación de poetas,

novelistas y dramaturgos, y formulaba normas de reacción contra el romanticismo. Es fácil descubrir en la obra de Jorge Isaacs el espíritu y las formas de esa avasalladora corriente literaria que dio al mundo genios, obras maestras; renovó el arte poético, no sin haber señalado nuevos rumbos a la filosofía».

El abogado y escritor Eustaquio Palacios dijo sobre su paisano:

«Fue Jorge Isaacs uno de los colombianos que más honra han dado a su patria en el campo de las letras. Su novela *María*, idilio encantador cuya acción pasa en nuestro Valle y del cual describe las bellezas naturales en elocuentísimas frases, es la producción literaria que más elogios ha alcanzado dentro y fuera de la República, de la cual se han hecho numerosas ediciones y que ha merecido ser reimpresa en España y traducida a varios idiomas extranjeros».

El poeta y diplomático Rafael Pombo escribió desde Estados Unidos sobre *María*: «Por mi larga ausencia del país no fui de los del glorioso Mosaico ni tuve el placer de tratar al hombre; pero me sentí en el deber de pagar al genio las lágrimas que le debo por *María*. Todo el mundo le es deudor por ella; y nuestro país y la navegación por sus descubrimientos de carbón mineral sobre el Atlántico. Estas dos minas, de lágrimas y de oro, inscriben su nombre para siempre en nuestro Arco del Triunfo».

También escribieron sobre *María*, Medardo Rivas, Diego Mendoza, Max Grillo, Rafael Tamayo, Manuel Pombo, Simón Arizabaleta, Antonio José Restrepo, Teodoro Valenzuela y Adriano Páez en Colombia; José María de Pereda en España; Guillermo Prieto en Francia; Miguel Cané y José María Estrada en Argentina; George Henry del Solar en Chile; y Manuel Gutiérrez Nájera, Francisco Sosa y Justo Sierra Méndez en México.

Isaacs había llegado al pináculo de la fama, y debido a su carisma abierto y descomplicado, propio de la gente del Valle, la encopetada sociedad santafereña se lo peleaba y lo invitaba a ágapes y conciertos.

Isaacs que era un hombre metódico, acostumbraba a dejar sus mañanas para escribir y en las tardes le gustaba pasearse por la Calle Real y detenerse en el almacén de don Ricardo Silva, el padre del poeta José Asunción Silva, que a la época tenía dos años de nacido.

Allí, en aquel almacén, que fue el mayor dolor de cabeza de Silva y que lo iba a llevar al suicidio, don Ricardo lo invitaba a tomarse una taza de chocolate con pan de queso, y se sentaba con Isaacs a hacer tertulia.

Los clientes de don Ricardo Silva apenas veían al joven escritor vallecaucano, cuchicheaban entre ellos: “Ese es Isaacs, el escritor del Gran Cauca. Ese es Isaacs, el creador del paraíso”.

Luego, al caer la tarde, don Ricardo cerraba el almacén, acompañaba al joven escritor a la casa de José María Samper donde se hospedaba, y cursándole una invitación para el Teatro Bogotá donde esa noche se presentaba la ópera “Norma” de Bellini, por parte de una compañía italiana, quedaba de reunirse de nuevo con él en el *hall* del teatro.

Isaacs, que amaba la ópera, se vestía de frac y capa negra para la ocasión, y a las siete de la noche estaba en el *hall* del teatro rodeado de admiradores, y sobre todo, de admiradoras que querían acercarse y conversar con el escritor.

En una ocasión que entró al teatro acompañado de don Ricardo Silva y José María Samper, una mujer se lanzó y le estampó un beso en la boca.

Don Ricardo, con su humor bogotano que lo caracterizaba, se le acercó y le dijo al oído:

.- Mientras no se de cuenta María todo aquí en la capital te será permitido.

Desde el gallinero hasta platea, la gente que lo reconocía enfundado en su capa negra y con su bigote rubio y espeso, gritaba de felicidad: “¡Isaacs! ¡Isaacs!”.

Como es sabido por una carta que le envió a México a don Justo Sierra, Isaacs pese a su éxito literario, sólo recibió en vida la miserable suma de 200 pesos por derechos de autor y seis años antes de su muerte recibió 200 ejemplares que le envió por barco la firma «Aguilar e Hijos», que tenía su sede en la capital azteca.

“Ibagué (Colombia), 19 de marzo de 1888.

Sr. D. Justo Sierra,
México.

Reciba usted un cariñoso abrazo. Meses hace que no le escribo. Desde mayo del 88 he tenido que trabajar duramente en unas minas que están como a seis leguas al S. O. De este pueblo, en hoscas montañas.

En mi última carta le hablé del envío de 100 ejemplares de *María*, de la última edición hecha en México. Son obsequio bondadoso de los señores Aguilar e Hijos. Ellos me escribieron el 15 de octubre pasado, y en su carta decían que los 100 ejemplares serían puestos en poder de usted. En Bogotá, amigos a quienes hablé de eso desean que lleguen los libros, y si la edición es tan bonita como me lo aseguró el doctor Mejía, serán esos ejemplares muy estimados.

Es difícil enviar con acierto a Colombia la caja. A Panamá puede usted dirigírsela a alguna casa respetable, para que la remita a Barranquilla. Si puede venir directamente a este puerto de Barranquilla, vendrá bien encomendada a los señores Ferguson y Noguera. Yo les escribiré diciéndoles a quien deban remitir la caja a Honda, puerto del interior, en el río Magdalena. Mucho agradeceré a usted sus cuidados, etc., en el envío de esos libros...

Su leal amigo y seguro servidor,

Isaacs».

Luego del éxito de *María*, Isaacs intentó escribir una novela sobre la vida de Simón Bolívar llamada *Camilo*, según consta en la correspondencia epistolar que sostuvo con sus amigos Luciano Rivera y Garrido y Leonardo Tascón hasta antes de su muerte, pero nunca pudo terminarla porque la imagen de María era más fuerte y poderosa en su memoria que la del Libertador a quien admiró durante toda su vida.

«*Camilo* adelanta -le comentó en una carta a Rivera y Garrido-, Dios lo oiga a usted y si El me ayuda será bien recibido y producirá buenos frutos en nuestro país».

Después del triunfo literario de *María*, Isaacs entró de lleno en el infierno y no pudo salir de éste sino con su muerte, ocurrida en la ciudad de Ibagué, el 17 de abril de 1895.

Un año después de la publicación de la novela, Isaacs fue nombrado diputado del Partido Conservador ante el Congreso de la República. Fue el año de sus grandes decisiones políticas que fueron cuestionadas por sus correligionarios, que al escucharle sus discursos vehementes ante el Congreso, lo tildaron en más de una ocasión de ser un conservador con ideas liberales.

«Sí, he pasado de las sombras a la luz», les respondía Isaacs a sus correligionarios vallecaucanos que nunca le perdonaron su viraje político hacia el liberalismo, y cada vez que llegaba a Cali se burlaban de él y le inventaban chismes sobre su vida y su cúmulo de fracasos, que después de publicada la novela, se fueron juntando como en una caja de pandora, hasta el desenlace fatal de su existencia.

«En Cali no me quieren porque la gente vive del chisme y la maledicencia», decía el autor de *María* cada vez que venía a visitar a sus parientes o a discutir con sus amigos algún proyecto económico o político para la región.

Lo que sus paisanos nunca comprendieron fue que Isaacs, al ser el resultado vital de un país convulsionado, no podía representar la continuidad de una clase cerrada y de origen campesina que quería mantener a toda costa el *statu quo*; sino que, influenciado por los ideales liberales que soplaban en Europa, se inclinaba más bien por *la liberté, l'égalité et la fraternité*.

Desde la tribuna del Congreso, Issacs criticó con vehemencia el conservatismo ultramontano, denunció la alianza perversa entre el Estado y la iglesia, y propugnó por una educación laica y gratuita para todos los ciudadanos.

Desde su curul que fue atacada en más de una ocasión por sus enemigos políticos, el “león herido del Valle”, como le empezaron a decir sus copartidarios, luchaba por un Estado federal y por la idea de los Estados Unidos de Colombia, en contra del Estado centralista, corrupto y burocrático que gobernó al país, por más de cien años.

Issacs, convencido de sus ideas, decidió pasarse al partido liberal y apoyado por su éxito literario fue nombrado al año siguiente Secretario de la Cámara de Representantes.

En ese mismo año participó activamente en las reuniones secretas que realizaba la logia masónica “Estrella del Tequendama” de Bogotá, de la que fue miembro desde 1865, llegando a alcanzar el grado 33; ayudó a crear la logia “Aurora del Cauca” con sede en Cali donde fueron miembros Tomás Cipriano de Mosquera, Pedro Alcántara Herrán y César Conto, su primo hermano por parte de su madre. E inició su carrera como periodista dirigiendo el diario conservador *La República* de Bogotá, carrera que unida a la política nunca abandonó en su vida, colaborando primero con el periódico *La Fe* que dirigía Vergara y Vergara; con los diarios *El Mercurio*, la revista «Sud-América» y la «Revista de Santiago» cuando fue Cónsul en Chile; apoyando la fundación del periódico *El Escolar* de Popayán cuando junto con César Conto impulsó las primeras escuelas nocturnas públicas en el Gran Cauca; colaborando con el periódico *La Nueva Era* de Medellín cuando propició la revolución radical en Antioquia que lo llevó a ser expulsado de la Cámara de Representantes y a abandonar definitivamente la política; y con *El Espectador* fundado en 1887, por don Luis y Gabriel Cano.

Fue el fin de su derrota política, y el fin de su sueño por crear un Estado descentralizado con la participación de las nueve provincias del país.

A finales de los años sesenta, siendo Secretario de la Cámara de Representantes, su espíritu latinoamericano lo llevó a firmar una ley declarando ciudadanos colombianos a todos los paraguayos que en ese momento estaban siendo golpeados por la Guerra de la Triple Alianza, sellada por Argentina, Brasil y Uruguay.

Los paraguayos, que perdieron una buena parte de su territorio en esta guerra, quedaron muy agradecidos con el escritor y desde aquel momento, cada vez que tienen algún problema fronterizo con sus vecinos, recuerdan la famosa ley, y se declaran colombianos.

Al año siguiente, Isaacs fue nombrado cónsul en Santiago de Chile. Fue su único viaje por el continente. Gracias a sus lecturas de grandes americanistas como

Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, la estadía en el país austral le permitió ampliar su visión del continente y tener conciencia de que si los países latinoamericanos no se unían en un solo bloque, terminarían solos y aislados del resto del mundo.

Isaacs pasó por Lima y allí conoció a Ricardo Palma que había publicado su primer libro *Anales de la Inquisición de Lima*. Luego Palma alcanzó la fama literaria con su libro *Tradiciones peruanas*.

En su reunión con Palma, el escritor colombiano pudo advertir que los problemas de los países latinoamericanos eran similares y por esta razón se hacía urgente crear la Unión de los Estados latinoamericanos, como lo había visionado Bolívar. Isaacs se instaló en Santiago de Chile y allí fue homenajeado por los intelectuales que lo conocían a través de su novela.

En Santiago acababa de morir Andrés Bello, cuya *Gramática de la lengua española* había conocido Isaacs por intermedio de José María Vergara y Vergara. Isaacs tuvo la posibilidad de sopesar el país desde la distancia, y viendo el alto grado de cultura política que manejaban los chilenos se dio cuenta de que los colombianos, pese a tener una inteligencia vivaz y profunda, íbamos por mal camino.

«Mientras en Chile los problemas se resuelven por la vía diplomática, en Colombia seguimos matándonos entre nosotros», decía mientras despachaba en las oficinas del consulado y se interesaba por la vida literaria de Santiago.

Allí, en aquella ciudad que llevaba el nombre patronímico de su ciudad natal, recibió por telégrafo la noticia terrible de la muerte de dos de sus mejores amigos: José María Vergara y Vergara y Gregorio Gutiérrez González.

Desde Santiago, a Isaacs le llegaban las noticias frescas de Domingo Faustino Sarmiento, que en esa época ocupaba la Presidencia de la República de Argentina.

Isaacs había leído el *Facundo* de Sarmiento por recomendación de los literatos de El Mosaico, y cuando vivió en Santiago pudo rastrear de cerca la obra de este gran ensayista americano y leer en los periódicos chilenos sus interesantes artículos sobre la educación popular, el caudillismo, los conflictos y armonías de

las razas americanas, y su tesis central que se convirtió en una bandera del liberalismo radical, el partido de toda su vida: civilización o barbarie.

Años después, cuando pobre y derrotado Isaacs se refugió en Ibagué en la casa de Emiro Kastos, le comentaría a éste que su viaje a Chile y el conocimiento de la obra de Sarmiento afianzaron en él su convicción liberal y su lucha por construir un país democrático y federal.

«Si en Colombia no luchamos por nuestras regiones crearemos un gobierno centralista, a espaldas del país», decía Isaacs una y otra vez a su amigo Kastos, y él mismo concluía: «Si no paramos a tiempo las pugnas por el poder y la guerras que nos desangran diariamente terminaremos construyendo el país de la barbarie».

Isaacs vivió en Santiago de Chile, cerca de dos años, representando oficialmente a los jóvenes Estados Unidos de Colombia. Luego regresó al país en compañía de su amigo chileno Recaredo Miguel Infante.

Venía renovado de ideas; por primera vez después de que ingresó al Congreso de la República quiso hacer un alto en la política y volver a los negocios que se le habían convertido en una obsesión desde que perdió el paraíso y vio cómo los acreedores y abogados avivatos se quedaron con las tierras que van del río Amaime a La Sierra.

Fue así como en asocio con su amigo chileno Recaredo Infante compró la hacienda Guayabonegro, que estaba situada sobre el río Fraile, muy cerca de Palmira.

La idea con Guayabonegro era convertirla en una despensa agrícola y sacar los productos al exterior por el mar Pacífico; sobre todo ahora que el presidente de la República Manuel Murillo Toro acababa de aprobar la construcción de la línea férrea y había hecho venir para tal efecto al ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros. O sino sacar los productos hacia el interior del país por el río Cauca, que ya se perfilaba como un río navegable desde Cali hasta La Virginia.

Pero como es sabido, el nuevo proyecto económico de Isaacs fracasó pues su amigo Recaredo decidió regresar a su país y dejó embarcado al escritor con las

obligaciones económicas que contrajeron con el señor García Echeverri, propietario de la finca.

Fue el inicio de su segunda derrota y la continuidad de una pugna con su propia ciudad que, viviendo en una parsimonia letal heredada de la Colonia, nunca le perdonó su pujanza propia de un hombre de sangre judía y catalana.

Pugna que nunca se resolvió en vida sino con la muerte de Isaacs, cuando éste, un poco antes de su deceso, le pidió en una carta a su amigo Juan Clímaco Arbeláez que cuando muriera no lo enterraran en Cali sino en Medellín.

Pugna producto del chisme y la maledicencia que lo convirtió en una víctima de sus propios paisanos.

El fracaso de Guayabonegro empezó a aparecer en los periódicos *Los principios* y *La unión liberal* de Cali y en *El Cauca* de Popayán, con el siguiente aviso que el autor de *María* pagó para salvar su hacienda :

« ¡Ricos, buena ocasión!

Vendo en términos muy ventajosos para el comprador la hacienda de Guayabonegro.

En veinte meses de incesante trabajo, le he hecho a esta hacienda que recibí arruinada, valiosas y muy productivas mejoras en sus edificios, cercas, aguas, cañales y fábricas.

En cambio de pagar todo lo que debo renuncio gustoso a las utilidades cuantiosas que podría reportarme el poseer estas fincas por algún tiempo más.

Firmado,

Jorge Isaacs »

Ante la inminente pérdida de Guayabonegro, Isaacs le envió a su abogado y amigo Simón Arizabaleta un folleto titulado « A mis amigos y a los Comerciantes del Cauca », que publicó en una edición limitada, donde justificó su fracaso

económico, no sin antes señalar las inmensas posibilidades que tenían estas tierras en relación con el desarrollo de la región.

«Cuando en enero de 1873 volví a las repúblicas del sur del Cauca, el país tenía confianza y sobrados motivos para tenerla, en la inmediata y formal construcción del Ferrocarril que ha de proporcionarle fácil comercio con los ricos mercados de ambos mundos y una prosperidad que ni sospechan algunos hijos de esta fecunda región, poco menos que despoblada aún y apenas mal conocida en América.

Si calcular así fue un error mío, como ya tarde hube de reconocerlo, también lo ha sido de muchos hombres inteligentes y laboriosos del Cauca que pagan hoy muy cara la confianza que en la alta posición y recursos de la Compañía empresaria se tuvo aquí, fundándose funesta confianza en la honorabilidad de los agentes y abogados de la Compañía. ¡Ojalá hubiese sido yo en el Cauca la única víctima de aquel error! ».

Los conservadores caleños, como Primitivo Sinisterra, que no olvidaban el primer fracaso de su padre, empezaron a burlarse del fiasco económico que acababa de tener con la finca Guayabonegro y nunca le perdonaron su conversión a las filas del general Mosquera, como se puede leer en los pasquines que aparecieron por aquellos días, y que eran repartidos clandestinamente a la salida de la Catedral:

« Corteza de Guayabonegro.....4 onzas
 Flores de ilusión pecuniaria.....1 onza
 Conserva añeja de motilones.....2 dracmas
 Extracto alcohólico de vanidad.....1 onza
 Agua de El Fraile.....2 litros

Hágase hervir al baño *maría*, déjese reposar y fíltrese ».

La “corteza de Guayabonegro” se refería a su finca que después de ceder los derechos a su antiguo propietario no quedó de ella sino la corteza. “Las flores de

ilusión pecuniaria” aludía al espíritu soñador que siempre tuvo Isaacs con sus proyectos. “Conserva añeja de los motilones” se refería a los conservadores que Isaacs los llamaba así por su naturaleza ultramontana y religiosa. El “extracto alcohólico de vanidad” era un dardo moral contra el alcoholismo de su padre que lo llevó a la ruina económica y moral, y que tanto le dolía a Isaacs. El “agua de El Fraile” era el lugar donde estaba ubicado su segundo paraíso llamado Guayabonegro que perdió como el primero. “Hágase hervir al agua *maría*” era una alusión infame a la novela más lúcida que se haya escrito en Colombia, en el siglo XIX.

César Conto, su primo hermano, y en compañía de Jeremías Cárdenas, Modesto Garcés, J. M. Quijano, Zenón Fabio Lemos y Roberto Zawadsky, firmaron una hoja en Popayán que titularon « Un deber » para defender la honra de su amigo: “Reveses de fortuna muy comunes en países como el nuestro donde muy rara vez se disfruta de completa seguridad en la paz, obligaron al estimable y honrado caballero, señor Jorge Isaacs, a hacer cesación de bienes para pagar a sus diversos acreedores.

Este desgraciado acontecimiento ha servido a algunos para deducir cargos contra la honradez, nunca desmentida del señor Isaacs; y por eso nos creemos en el deber más de amistad, de hacer la pública manifestación del conocimiento que abrigamos de la pureza y pundonor con que procedió el señor Isaacs en sus últimas especulaciones, que dieron por resultado la pérdida de su fortuna.

Sirva esta manifestación de algún consuelo en sus infortunios a nuestro amigo, y de estímulo a los hombres abnegados, que en medio de las viscisitudes de la vida se resignen, como el señor Isaacs, a perder todos los bienes de fortuna, antes que dejar empañar su honra”.

Por su parte, Isaacs le escribió a sus amigos para denunciar las burlas de los conservadores y los intereses oscuros que siempre tuvo García Echeverri en relación con la hacienda Guayabonegro, sacando a la luz su lenguaje mordaz, que como un estilete caía en el corazón de sus opositores:

« Los motilones de *Los Principios* por una parte y el forajido de García Echeverri, ayudado por Rafael Prado Concha cayeron sobre mi humilde personalidad con furor que me envanece, con saña que me honra”.

A Simón Arizabaleta, le escribió una carta quejándose en los mismos términos y pidiéndole que le defendiera sus intereses :

« García Echeverri ha abusado de mí, y se hizo el plan de arruinarme y robarme. Si usted se deja burlar, si no defiende mis intereses bien, amigo mío, a mis hijos será a quienes perjudica».

Después del fracaso de Guayabonegro, Issacs quedó de nuevo en la pobreza, y aquel folleto enviado a los amigos del Cauca, anunciaba su destierro definitivo de Cali, su patria chica:

« En esta carísima prueba de dos años ciertos hombres debían convencerme más y mejor de que ni hogar ni tumba podré tener en el país donde nací ».

Pobre y sin dinero, Isaacs se dedicó a la escritura de *Camilo* y añadió a la historia de Bolívar el capítulo del general José María Cabal de Buga que fue traicionado por sus propios paisanos ante las tropas del español Warletta. Pero su cabeza no podía concentrarse en su segundo proyecto literario porque el fracaso de Guayabonegro le recordaba la derrota que había tenido su padre cuando los acreedores se quedaron con la hacienda Manuelita. Isaacs era incapaz de darle cuerpo a la imagen literaria de Bolívar en su proyecto titulado *Camilo* porque en su memoria aún estaba viva la imagen de María.

María, la amante; María, la enferma; María, la siempreviva.

Entonces, en sus tardes de ocio, mientras caminaba por el patio sembrado de resucitados de la casa de El Peñón, volvía a su mente la imagen de María sentada en una silla, en el porche de la casa de la Sierra. A su lado estaba el perro Mayo. Su habitación perfumada de flores y el cofrecito donde guardaba la crucecilla de coral esmaltado que le había traído de regalo Efraín desde Bogotá y las cartas de amor que le envió desde Londres.

Recordaba su mirada amorosa y melancólica, y su sonrisa fresca cuando se sentaban en la mesa del comedor, y en compañía de sus padres le daban gracias a Dios por el alimento recibido.

Recordaba sus baños orientales que le había enseñado su padre y sus trenzas negras que caían sobre sus hombros hechas por la negra Feliciano. Recordaba el profundo amor que se tuvieron en aquel espacio de tiempo, mientras Efraín regresó de estudiar de Bogotá y se quedó a vivir con sus padres antes de irse a estudiar a Londres.

“Ah, ya no volveréis a amar después de la adolescencia”.

En medio de aquel amor lleno de deseos reprimidos, Isaacs recordaba el graznido de los cuervos que bajaban de la sierra e invadían el Valle del Cauca.

“Vuela tú entristecida alma mía: cruza las pampas, salva las cumbres que me separan del valle natal. ¡Cuán bello debe estar ahora entoldado por las gasas azules de la noche.

Ciérnete sobre mis montañas; vaga otra vez bajo esos bosques que me niegan sus sombras.

Como en la orilla juncosa de la laguna solitaria, cuando llega la noche, se ve un grupo de garzas dormidas juntas, en pie y escondidos los cuellos bajo las alas; así blanquea a lo lejos en medio de sotos umbríos la casa de mis padres.

¡Descansa y llora sobre sus umbrales, alma mía!

Yo volveré a visitarla cuando las malezas crezcan enmarañadas sobre los escombros de sus pavimentos; cuando lunas que vendrán, bañen con macilenta luz aquellos muros sin techumbre ya, ennegrecidos por los años y carcomidos por las lluvias.

Yo pisaré venturoso esa morada a la luz del mediodía: los pórticos y columnas estarán decorados con guirnalda de flores; en los salones resonarán músicas alegres; todos los seres que amo me rodearán a mí. Los labradores vecinos, y los menesterosos irán a dar la bienvenida a los hijos de aquel a quien tanto amaban; y en los sotos silenciosos reinará el júbilo, porque los pobres encontrarán servido festín bajo esas sombras.

¡ No tardes en volver, alma mía! Ven pronto a interrumpir mi sueño, bella visionaria, adorada compañera de mis dolores”.

Isaacs invocaba una y otra vez la imagen amorosa de María mientras se paseaba por el jardín del Peñón. Pero también le venía a su memoria el pasaje de la novela

cuando el señor A., el amigo de su padre, se presentó a la casa de Efraín en Londres, con la misión de que regresara urgentemente al Cauca, porque María estaba enferma.

“Ella vivirá si usted llega a tiempo, recordó que le dijo el señor A., y enseguida le entregó la carta perfumada con pedacitos de cáliz de azucena que le había enviado María. Efraín abrió la carta y empezó a leer en voz baja:

Vente, ven pronto, o me moriré sin decirte adiós. Al fin me consienten que te confiese la verdad: hace un año que me mata hora por hora esta enfermedad que la dicha me curó por unos días. Si no hubieran interrumpido esa felicidad, yo habría vivido para ti.

Si vienes... si vendrás, porque yo tendré fuerzas para resistir hasta que te vea; si vienes hallarás solamente una sombra de tu María; pero esa sombra necesita abrazarte antes de desaparecer”.

Mientras paseaba por el jardín de la casa del Peñón, Isaacs recordaba el último viaje contra la muerte que hizo Efraín, aquel personaje de tinta y papel que él inventó una noche lluviosa en el La Víbora y que encarnaba el ideal de su padre y la antítesis de Isaacs; pues mientras el personaje literario Efraín pudo escapar a la decadencia de su padre y refugiarse por un tiempo en Londres, Isaacs tuvo que quedarse en el país y sufrir la ruina de su padre por el alcohol, el juego y los malos negocios; mientras Efraín fue el enamorado fugaz de María, Isaacs fue el enamorado trágico de toda su vida.

Efraín atravesó el Atlántico en el buque ‘Emilia López’ y un 25 de Julio lo recibió en Buenaventura el negro Manuel Santos, que era el mayordomo de su padre, junto con el administrador del puerto y el jefe de Aduanas.

Aquella noche durmió en el puerto mientras le enviaban su equipaje por el río y le preparaban bogas y canoas. De esta manera, Efraín realizó el mismo viaje que hizo George Henry Isaacs cuando en compañía de Manuelita pasó por Buenaventura, en busca del paraíso. Y a su vez haría el mismo periplo que realizó tantas veces Jorge Isaacs de Dagua a Cali. Pero al contrario del viaje de su padre que fue en busca del paraíso, el viaje de Efraín era un viaje contra la muerte.

Al día siguiente, tomó el río Sabaletas y se embarcó con los bogas Cortico y Laureán. Arribaron a la desembocadura del río Dagua; luego, y al vaivén de las jugas que entonaban los bogas llegaron al Arenal. Luego a Callelarga y después a San Cipriano donde el inglesito, como le decía el negro Manuel al joven Efraín, vio una culebra agarrada a un bejuco. Después de San Cipriano llegaron al Saltico; desde allí alcanzaron el caserío de Juntas donde lo esperaba el amigo D., antiguo dependiente de su padre. Efraín se despidió de Cortico y Laureán, y montando las mulas empezaron a subir hasta el alto de las Cruces. Al joven Efraín le tocó la mula Rosilla. Luego, desde lo alto de las Cruces pudo divisar las lomas altivas de los Chancos y Bitaco. Al fondo se extendía la ciudad de Santiago de Cali, y más hacia el oriente, el inmenso valle con sus extensas haciendas.

Efraín se apeó de la bestia, y aquella vez volvió a divisar el Valle del Cauca. País tan bello como desventurado, como lo definió el propio Isaacs. Manuel Santos le cambió la mula por un caballo blanco traído de Tocatá; y cuando Efraín descendió el alto de las Cruces y entró a la casa del Peñón y preguntó por María, Emma salió a su encuentro y le dijo que María estaba en el cielo. Emma iba vestida de negro como los cuervos que bajan de la montaña y se posan en el Valle.

Tres semanas después viajaron hasta la casa de la Sierra para visitar su tumba. Efraín se sentía aún sin las fuerzas necesarias para visitar el jardín del edén donde vivió con ella el amor idílico de la adolescencia. Fue Emma quien le contó que María había dicho en su lecho, mientras la asistía el doctor Mayn: “Morirme sin poderle esperar. Esto es espantoso”.

En medio de los accesos que la consumían, María decía que le espantaba más la soledad en que se quedaba que la muerte misma que estaba al acecho. Y Emma le contó con detalles los últimos minutos de su vida.

María dejó de hablar y temblaba en los brazos de ella. Los esfuerzos del doctor Mayn eran infructuosos para volverla del acceso. A las doce del día llamaron al cura. Frente a su lecho se colocaron flores cortadas del jardín, un crucifijo y alumbraron dos cirios. El sacerdote oró durante una hora. Luego se levantó y le entregó uno de los cirios a la madre y otro al doctor. María estaba muda e inmóvil como si durmiese profundamente. El sacerdote miró a Mayn y tomando el pulso

de María dijo en voz baja: “Faltan cuatro horas”. El sacerdote le dio la absolución, y enseguida los sollozos del padre, de la madre y de sus hermanas no se hicieron esperar.

“¿Está dormida?”, preguntó el niño Juan que en aquel momento jugaba en la habitación. La madre y ella se precipitaron sobre el lecho, y cuando vieron a María estaba dormida, pero dormida para siempre.

A mediados de los años setenta, el general Mosquera proclamó a César Conto, Presidente del Estado Soberano del Cauca.

Conto, apoyado por Mosquera y por el liberal radical Eliseo Payán nombró en su gabinete a Modesto Garcés en la Secretaría de Gobierno; a Manuel Sarria en la Secretaría de Hacienda; y a Jorge Isaacs en la Superintendencia de Instrucción pública.

Como liberal radical, Conto luchó en su gobierno contra el conservatismo ultramontano agitando las banderas liberales a través del periódico *El Escolar* que dirigía Isaacs; defendió el derecho a la tierra de los indígenas y los negros e impulsó la educación laica en contra de la oposición de los curas y de los conservadores.

La presidencia de Conto representó el período más duro de polarización política entre la región y el país, que desembocó en la invasión de las fuerzas militares conservadoras de Antioquia y Tolima al Valle del Cauca, desencadenando la famosa batalla de los Chancos, cerca de la población de San Pedro.

Fue precisamente en el gran proyecto educativo de la región, que Isaacs se comprometió a colaborar con su primo hermano, desde la Superintendencia de Instrucción pública.

Pero Isaacs no sólo trabajó con ahínco en esta noble empresa sino que debido a la agitación política que se vivía en el momento, y donde estuvo en juego el destino político del gran Cauca, al poeta del río Moro le tocó que defender con su pluma las ideas radicales en los periódicos de Cali y Popayán; enfrentarse al clero que se resistía a abandonar el país, y luchar por los derechos de los indígenas y los negros del Cauca, que eran pisoteados por las nuevas élites criollas del país.

Isaacs se instaló en Popayán con Felisa, su mujer, y sus ocho hijos (Clementina, su hija mayor, había muerto a la edad de once años) en una casa ubicada en la calle de la Ermita, frente a la Universidad del Cauca, y desde allí proclamó la ley que por primera vez en la historia de la región creaba el sistema y las bases para la nueva educación pública; defendió la educación primaria, laica y gratuita para todos los habitantes sin excepción, y se opuso férreamente a la intromisión de la religión católica en el sistema educativo; fortaleció las Escuelas Normales creadas hacía cinco años a nivel nacional; fundó las primeras escuelas nocturnas para los artesanos y obreros que dieron nacimiento posteriormente a las escuelas de artes y oficios; y por primera vez planteó la discusión de que el futuro del país reposaba en la articulación de la educación secundaria al régimen de la Universidad Nacional, fundada hacía ocho años.

En una carta Isaacs le escribió al Secretario del Interior y Relaciones Exteriores, a propósito de la educación primaria y secundaria en el Cauca :

« Mientras los establecimientos de educación secundaria oficial no se hallen en toda la república bajo el régimen de la Universidad Nacional y no sean como ramos de ella, continuarán produciendo frutos magros a carísimo costo, y la rutina autorizada podrá continuar vanagloriándose de su perniciosa tarea».

Para Isaacs y Conto la lucha por la educación pública y gratuita hacía parte del gran proyecto por modernizar al Cauca. La lucha por el fortalecimiento de la educación hacía parte del proyecto político por defender la Constitución de Rionegro y sacar adelante a los Estados Unidos de Colombia.

Isaacs y Conto, los dos primos hermanos que estaban unidos gracias al desliz que tuvo Juanita Ferrer, la hermana de Manuelita, con un negro chocoano, vivieron juntos cinco años de luchas feroces y turbulentas.

El escritor panfletario Juan de Dios 'el indio' Uribe, que en aquella época era un joven estudiante de la Normal de Popayán, nos dejó un retrato de Isaacs salido de su pluma fina y preciosa :

« Cuando atravesaba los claustros envuelto en su capa, sin mirar a nadie, los estudiantes cerrábamos los libros para contemplarlo llenos de respeto. El imponía ese respeto por otra parte; más nosotros nos sentíamos orgullosos y felices al

tener por superior de estudios al gran poeta que había dejado a María como numen que preside los amores castos».

Pero la invasión de las tropas conservadoras al Valle del Cauca que provocó la batalla de los Chancos, llevó al escritor a abandonar sus labores educativas y a entregarse como zapador de las tropas liberales para defender la región.

En una carta a Adriano Paéz, Isaacs resaltó su participación en los Chancos, así:

« La revolución de 1876 me sorprendió haciendo preparativos contra ella en los municipios del norte del Cauca, según el plan acordado con el doctor Conto.

Tomado el norte del Cauca por los revolucionarios, no pude regresar al lado del Presidente Conto; atropellando todo peligro y dificultad, fui a poner en

conocimiento del doctor Aquileo Parra, presidente de la República, la fuerza efectiva con que contaba la revolución y el carácter que asumía. Mucho sirvió eso.

Volví a salir de Bogotá el 5 de agosto, después de cuatro días de permanencia allí: atravesé por en medio del enemigo desde las orillas del Magdalena hasta

Tierra Adentro; trasmonté la cordillera; el 23 de agosto estaba ya en Cal :

pudiéndole comunicar al coronel Vinagre Neira la orden del doctor Parra para combatir en los Chancos con los Zapadores, y ya entonces había logrado avisarle

al general Trujillo, desde el Valle del Tolima, que no debía combatir hasta la

llegada de la Guardia Colombiana a su campamento; el 31 de agosto me batí

como capitán del Zapadores en la batalla de los Chancos. Cuando forcé el paso

de Otún con dos batallones de la tercera división y el '14 de María', para que

puñera efectuarse el movimiento que desconcertó a los defensores de las riberas

del Otún, pasando el ejército por las montañas del Nudo, era sargento mayor y

jefe del estado mayor de la tercera división del ejército del sur.

Hice la campaña por la banda occidental del Cauca con el general Payán, y

terminé la campaña con la recuperación de Popayán».

Al día siguiente de la batalla, César Conto arengó a las tropas de Isaacs desde la población de San Pedro, por el triunfo alcanzado :

« ¡Valientes del batallón Zapadores! : llegasteis al campamento del ejército

caucano oportunamente para combatir junto con él, contrarrestando la invasión

del Cauca por fuerzas de Antioquia y el Tolima, acaudilladas por el Presidente de

este último Estado; invasión violatoria de la constitución y leyes nacionales, que a vosotros os toca hacer respetar por medio de las armas. Eráis pocos; pero en vosotros como entre los bravos del Cauca, el valor suple al número; y cuando os tocó tomar parte en el combate, os mostrasteis dignos de la bien merecida reputación que habéis alcanzado por vuestro denuedo y disciplina. El Cauca os aplaude y reconoce vuestros servicios, como lo reconocerán sin duda el gobierno de la Unión y los Estados fieles al pacto federal ».

Después del discurso de Conto, Isaacs se sentó con éste a hacer el balance de la guerra, y pese a que habían salido victoriosos, los resultados eran desastrosos:

.- Primo César – le dijo Isaacs con ese tono íntimo y familiar con que siempre lo había tratado- creo que vamos a tener que pedir ayuda del gobierno central pues buena parte de los pueblos que van de San Pedro al Tambo quedaron destruidos por la guerra.

.- ¿Tienes el informe pormenorizado de los desastres?

.- Sí, pero te puedo adelantar que en mi Superintendencia a excepción de la escuela José María Cabal de Buga, la escuela Pedro Antonio Torres de Palmira y la escuela Joaquín de Caizedo y Cuero de Cali, el resto de instituciones quedaron destruidas por la acción de la guerra.

.- ¿Qué dice la gente? ¿Se van a volver a sublevar contra los motilones?

.- No creo. La gente está desconcertada y pese al triunfo liberal no se resigna a ver sus pueblos destruidos como si hubiera pasado un terremoto.

.- Vamos a aprobar inmediatamente una partida para la reconstrucción de los pueblos afectados.

.- Pero eso no es suficiente. Hay muchos pueblos y veredas que están pasando hambre.

.- Vamos a nombrar una comisión para que se desplace inmediatamente con alimentos.

.- Primo César, aquí lo que construimos en un año lo acabamos de un plumazo en un solo día.

.- Así es, primo Jorge, pero mientras no detengamos a los godos y a los curas que están aliados con ellos, no podremos construir los Estados Unidos de Colombia, que tanto hemos soñado.

.- A propósito, primo César, he sabido que pese a la ley de expulsión de los curas del territorio nacional, hay muchos que se quedan en la clandestinidad apoyando a los conservadores con biblias y con armas.

.- Sí; así es. A esos curitas hay que denunciarlos para que el gobierno de la Unión les recuerde que la ley de expulsión es por el bien de la patria.

.- Primo César, pero la gente que es católica no comprende muy bien por qué razón nosotros echamos a sus curas de las iglesias. En una ocasión que pasé por Buga me gritaron “ateo vende-patria”.

.- A la gente hay que explicarle que aquí existe la inspección de cultos, y que no está permitido que la iglesia se entrometa en los asuntos del Estado y de la educación del pueblo.

.- Eso es muy difícil explicarlo. ¿No será primo que se nos está yendo la mano con los curitas?

.- De ninguna manera, primo. El clero en liga con el partido conservador se dedicó a preparar el terreno para la guerra. Ellos son los que desde el púlpito avivan a las huestes conservadoras para que sucumbe el país de la Unión. Ellos son que desde los confesionarios siembran en los corazones de la gente la semilla del odio y la venganza; ellos son los que a través de las Sociedades católicas quieren convertir a este país en un pueblo atrasado y rezandero.

.- El otro día escuché que el cura franciscano Álvaro Guzmán, para salvarse del destierro, se vistió de paisano, y para que no lo apresaran las huestes liberales, se casó con una vivandera de Palmira.

.- Es una excelente historia para que escribas una novela. A propósito, primo Jorge, ¿qué pasó con esa petición que envió el cura José Benito Rodríguez para que se le otorgue un breve tiempo de libertad para arreglar sus asuntos personales?

.- Creo que fue denegada.

.- Así me gusta, primo Jorge. ¡Qué todo sea por los Estados Unidos de Colombia!

Como es sabido, Isaacs y Conto quedaron derrotados en 1880, cuando siendo elegido Rafael Núñez en la Presidencia de la República, comenzó el periodo de la Regeneración y la nueva Constitución Nacional derogó las medidas contra el clero asumidas en la Constitución de Rionegro, adoptó oficialmente la religión católica para todo el país y la educación religiosa obligatoria en todas las escuelas públicas del territorio colombiano.

Respecto a la defensa de los indígenas, Isaacs siendo Secretario de Gobierno, abrogó por sus derechos contra la ambición desenfrenada de la nueva élite de 'blancos' que empezaron a arrebatarles la tierra, a sangre y fuego.

En una de las tantas providencias oficiales que firmó figura ésta donde ya se advertía el conflicto de tierras que ha habido en el Cauca, entre indios y "blancos".

« He citado esta disposición de la ley porque en esta sección del Estado, lo mismo que en otras donde predomina la raza indígena, se debe impedir que los propietarios naturales, por desgracia muy ignorantes, aún enajenan a bajo precio sus propiedades o sean engañados por los negociantes a agricultores de raza blanca.

El Gobierno está en el deber de impedir por cuantos medios se hallen a su alcance, que la población indígena sea hostilizada y que continúen cometiendo los abusos, no raros, de que últimamente hablé».

Así mismo, Isaacs fue un gran protector de los derechos de los negros que conoció desde niño cuando su madre le impuso dos nanas negras para que lo criaran; cuando escuchó los gritos de independencia de los negros caucanos, a raíz de la ley de liberación de los esclavos, promulgada durante el gobierno de José Hilario López; y luego cuando supo por boca de su tía Juanita Ferrer que muchos “blancos” de la alta sociedad caleña como los Mallarino, los Arboleda y los Cayzedo, así lo negaran públicamente, habían tenido sus deslices con las negras, que venían del Chocó, del Patía y de Tumaco.

A propósito del desliz afortunado de su tía Juanita Ferrer con un negro chocoano, Isaacs solía interrogar a su primo César Conto al respecto, para despejar dudas acerca de cómo nuestra raza, desde la llegada de los españoles y luego desde la llegada de los barcos negreros, se constituyó en una etnia mestiza y plural, y no “blanca” y de “sangre azul”, como se ufanaba de decir las “sociedades” caleña, bugueña y payanesa.

.- Cuénteme, primo, ¿cómo fue que la tía Juanita se enamoró del negro Joaquín?

.- Ah, primo, esa historia ya te la he contado varias veces. Pero te la voy a refrescar porque yo soy un mulato orgulloso de mi raza. Resulta que los Ferrer tenían sus intereses económicos en el Chocó. Como también los tenían las familias de bien de Cali y Popayán que miraban con muy buenos ojos el oro y el platino de la zona.

Así que era inevitable el contacto con el negro chocoano. No sólo porque éstos trabajaban en la casa de los ricos sino porque las mujeres negras fueron las que ayudaron a parir y criaron a los hijos de las familias blancas.

Los hijos de los esclavos crecieron con los hijos de los patronos y compartieron sus juegos y pilatunas.

Mi madre Juanita Ferrer se crió con el hijo de don Joaquín Conto hasta que se enamoraron. Yo fui el producto de esa pilatuna feliz entre una niña blanca de origen catalán y un negrito chocoano de sangre africana.

.- Me imagino que en la familia Ferrer fue el gran escándalo.

.- Sí; tanto que tu madre dejó de hablarle por muchos años a mi madre, y por esta razón nosotros nos vinimos a conocer sólo cuando éramos adultos.

.- Parece que esa es la historia de muchas familias caucanas, que quieren seguir aparentando que son más españolas que los mismos castellanos.

.- Sí, así es, primo. El otro día hablando con el Superintendente de Salud me informó que el número de niños mulatos que nacen entre las mujeres blancas y que son abandonados en las puertas de las iglesias y de los conventos, es grande.

.- Vaya pues, primo. Espero que con esta nueva mezcla se mejore nuestra raza.

Isaacs terminó su mandato como Secretario de Gobierno cuando su primo César Conto fue designado Cónsul del Gobierno de Julián Trujillo, en la ciudad de Londres.

Conto, que ganaba doscientos pesos mensuales por ocupar el cargo de Presidente del Estado del Cauca tuvo que vender su biblioteca entre sus amigos para completar para el tiquete de su viaje a la capital inglesa.

Isaacs regresó al Congreso a Bogotá. En la capital del gobierno de la Unión, el presidente Julián Trujillo, quien había sido su aliado liberal, empezó a ceder terreno ante la presión de la iglesia y quiso que el Congreso le devolviera las rentas confiscadas al clero, les otorgara un indulto a los sacerdotes que tomaron parte en la guerra y dejara entrar al país a los sacerdotes desterrados.

Isaacs, que regresó a Bogotá como un león herido, se opuso con vehemencia a estas posiciones, y su oratoria recia que salía como chispa encendida desde el fondo de su corazón, era muy bien recibida por los estudiantes de Derecho que iban a sentarse al gallinero del Congreso para aprender de los padres de la patria. « Antier, en toda la sesión -le escribía Isaacs a su amigo Rivera y Garrido- atacué el mensaje relacionado con la cuestión religiosa. Bramaban de ira los guerrilleros conservadores llevados a la barra para interrumpirme y denostarme, pero ahogaban sus bramidos los estudiantes, que veían en mí, y así me lo gritaban, el defensor de la causa liberal ».

El estudiante Julián Páez quien era un asiduo visitante, tiene un retrato de la participación de Isaacs en el Congreso :

« Lo conocí en 1879. El era congresista, yo era estudiante, muy aficionado a ir a la barra. Aquel Congreso fue tempestuoso, y las tempestades gustan mucho a los estudiantes. Además, el año de 1879 fue de transición para la política del país : el señor Núñez asomaba en medio de los huracanes de aquel Congreso.

Un día oí que los estudiantes murmuraban :

‘¡Isaacs! ¡Isaacs!’

Empineme cuanto más pude, alargué el cuello y miré. Isaacs iba a hablar. Sacudió con arrogancia sus cabellos largos que acostumbraba, dejó ver toda la ancha tersura de su frente, dirigió sus miradas firmes y retadoras sobre el turbulento auditorio de aquel día, y empezó. La barra compuesta en su generalidad de estudiantes y de obreros, barra bulliciosa y pendenciera como no he visto otra, dejó en el acto su alargada y sus bravatas, y escuchó, y luego aplaudió, y siguió aplaudiendo :

Isaacs había triunfado aquel día ».

Para Isaacs dicho triunfo no iba a durar mucho, pues las enmiendas de Trujillo en relación con la iglesia fueron las que triunfaron finalmente durante el periodo presidencial de Rafael Núñez y las que se impusieron en la nueva Constitución colombiana, escrita por el filólogo don Miguel Antonio Caro.

A partir de la nueva alianza entre la iglesia y el Estado, el derrotado no sólo fue Isaacs sino el pensamiento liberal y el país entero, que a partir de aquel momento fue encomendado por el resto de sus días al Sagrado Corazón de Jesús.

La vehemencia de Issacs por la defensa de la modernización política del país, fue registrada por este joven estudiante que no se perdía una zambra del Congreso, y que en medio de la piedra y el insulto, definió para bien o para mal el destino de la patria :

«Aquel día hubo piedra para todos los congresistas de la oposición. El Congreso fue así disuelto y creo que nuestro pueblo perdió desde ese entonces el cincuenta por ciento del respeto debido al parlamento.

Jorge Isaacs, como sus demás compañeros, fue atacado a pedradas y perseguido hasta en casa, por una turba enfurecida. También lo vi ese día y en aquellos momentos : ni pestañeó, ni dio un paso más largo ni más acelerado que otro; sereno, tranquilo, casi frío, marchó desde el salón del Capitolio hasta su casa de habitación, sin demostración alguna de miedo, de afán o de cólera. Cerca de su casa se detuvo, volvió el rostro a la multitud que lo perseguía, y aguardó. Los gritos y las pedradas cesaron; la turba se disolvió, Isaacs triunfó también aquel día ».

En aquellos días turbulentos, Isaacs iba al Congreso acompañado de su paisano Alcibíades Ramos; apenas abandonaban el recinto la turbamulta conservadora que había estado presente en la barra del Congreso, los esperaba a la salida y le gritaban al poeta congresista: “¡Judío!”; como a Cristo.

Don Alcibíades, quien fue el padre de Mariano Ramos, sacaba su revólver y lo protegía hasta llegar a casa.

« En nuestro país para defender las ideas de la gente, siempre hay que andar armado o acompañado de un guardaespaldas », afirmaba Isaacs.

Con la beligerancia que lo caracterizaba, Isaacs luego se desplazó a Medellín a incentivar la llama de la revolución radical contra el gobierno local de Pedro Restrepo Uribe.

Autoproclamándose Jefe civil y militar del Estado de Antioquia le declaró la guerra a los conservadores y persiguió a Restrepo Uribe hasta tomarlo prisionero en el camino que va de Amalfi a Remedios.

En el país, la lucha entre liberales y conservadores, estaba en su punto más álgido de polarización. Isaacs comprendía que si la llama radical, que había sido enarbolada por los negros del Cauca no se extendía a otras regiones del país, estaba perdido. En el fondo, el combate era por el control político y militar de los territorios que garantizarían los postulados de la Constitución de Rionegro y la consolidación de los Estados Unidos de Colombia.

Por esto, después de librar la batalla política en el Congreso de Bogotá se desplazó a Antioquia a continuar la guerra.

La incursión militar de Isaacs que llevó al Estado de Antioquia a tener en un momento dos gobiernos y dos ejércitos, no sólo lo condujo a su derrota política y militar sino que le granjeó fuerte críticas por su actitud bárbara contra sus enemigos; críticas que venían de sus admiradores pues no encontraban ninguna lógica entre el creador del paraíso y el guerrero sanguinario que se apertrechaba con sus huestes en las montañas de Antioquia. No encontraban ninguna coherencia entre el poeta del río Moro y el invasor que quería apoderarse de Antioquia.

La bella región de Antioquia, que lo había recibido en otros tiempos con afecto y donde el autor de *María* después de muchos avatares, fue finalmente sepultado, ahora era atacada por el león herido del Valle.

Calos Martínez Silva escribió la siguiente semblanza, días antes de que se produjera el fallido golpe militar a Antioquia, dudando que un hombre de letras como era Isaacs pudiera crear una torpe y criminal revolución, sobre todo en una tierra que lo había querido como a uno de los suyos:

« La posición del señor Isaacs, convertido de la noche a la mañana, de poeta y novelista en general, es desesperada. Se dice que en esta dura alternativa, el

señor Isaacs ha preferido perder la capital y salir al encuentro del general Vergara. Muy dudosa es para él el éxito de esta campaña; pero si está resuelto a combatir, como lo revela el tono de sus ardorosas proclamas, lo único que puede hacer es jugar el todo por el todo en una batalla y tomar iniciativa, pues si se reduce a la defensiva, atrincherándose por ahí en alguna buena posición, está irremediablemente perdido ».

Cuando Martínez Silva hablaba del tono de sus ardorosas proclamas se refería a los panfletos que escribió Isaacs en el periódico *La nueva era*, y que fueron publicados en 1880 por la Editorial Gaitán, en aquel libro polémico titulado *La revolución radical en Antioquia* donde el autor de *María* incitaba al derramamiento de sangre, a la destrucción y a la muerte, llegando incluso a poner como ofrenda su propio cadáver en el campo de batalla :

« De la Antioquia redimida en 1877 a Antioquia libre y soberana hoy -dice Isaacs-, hay de por medio una gran jornada, hay sangre, hay una labor gigantesca, el Calvario de un pueblo y su resurrección; hay una huella de luz, resplandores de batallas, fuegos de los corazones de valientes tribunos. La libertad vencedora, desencadenó a Antioquia esclava; la libertad perseguida, doliente por ultrajes de traidores a quienes renombre y honores dio, asilo ha buscado y asilo seguro tiene en las montañas de Antioquia».

El testimonio de Martínez Silva es sensato en relación con el extremismo de Isaccs, que como buen colombiano, ávido de gloria y poder, pretendió resolver los conflictos de la patria por la vía de la destrucción y la muerte:

«A pesar de todo, nosotros creemos que el señor Isaacs no combatirá; comprendiendo su impotencia para luchar con probabilidades de buen éxito, celebrará una honrosa capitulación, en la cual sacarán libres los revolucionarios sus espadas y sus equipajes. Y este será el resultado menos malo de esa torpe y criminal revolución, pues se ahorrarán así muchas vidas humanas, y no tendríamos que deplorar la pérdida del señor Isaacs, que ha ofrecido dejar su cadáver en el campo de batalla. Sería lástima que el poeta general fuera a quedar tendido atravesado por una bala cuyo cartucho estaría hecho con una de las páginas de *María*».

Martínez Silva intuyó los resultados de la confrontación y previó para el pueblo antioqueño, el acuerdo de paz entre las tropas de Isaacs y las de Restrepo Uribe, que dieron fin a la guerra en Antioquia propiciada por nuestro escritor.

El documento del acuerdo de paz firmado por los dos jefes militares, dice :

« Persuadidos uno y otro de que en lo venidero podremos trabajar en perfecta armonía por el bien del Estado; convencidos de que la fraternidad entre los servidores del partido liberal es base obligada de todo bien en la República y en el Estado; deseosos de contribuir por nuestra parte a la presentación de un saludable ejemplo para nuestros copartidarios en todo el país; y por último, posponiendo y olvidando todo motivo de resentimiento que antes haya podido dominar nuestras almas, resolvemos ponerle término definitivo a la guerra en el Estado de Antioquia, aceptando, como de seguro las aceptarán los pueblos y el ejército, las bases siguientes : renuncia por parte de Isaacs del cargo de Jefe Civil y Militar y reconocimiento del señor Restrepo como Vicepresidente; convocatoria de una convención; conservación del ejército de Isaacs en el mismo pie y con la misma organización; decreto de amnistía, citado por Isaacs para todos los hostiles a su gobierno; decreto de amnistía dictado por Restrepo para todos los comprometidos en la revolución; formación de un ministerio mixto, nombrado de común acuerdo entre Isaacs y Restrepo ».

De esta manera, finalizaba una de las cuarenta y nueve guerras que vivió el país durante la segunda mitad del siglo XIX, y concluía así el periplo bélico de nuestro escritor que le trajo tantos problemas en la vida.

El doctor Lopera Berrío en una entrevista que le concedió al periodista caldense Luis Yagarí lo definió como un hombre que « aunque culto, tratándolo era repulsivo y bien parecido ».

Doña Clara Luz Vélez, una paisa de raza mandaca, al verlo pasar por Santa Rosa de Osos, le recriminó diciéndole que su actitud de guerrero sangriento no se compadecía con su corazón tierno y lírico, que había expresado en su novela. A lo que Isaacs, para defenderse de los ataques le respondió con una frase de cagajón que había aprendido en los estrados del Congreso :

« Con la espada en defensa de la Patria se triunfa en Junín y con la pluma se requiere en frases admirables a la hermosa Fanny ».

Lo que no nunca se imaginó el escritor caleño, es que quince años después del golpe militar a Antioquia, iba a pedir que lo enterraran en Medellín.

Después de la capitulación en la población de Abejorral, Isaacs firmó el acuerdo de paz con Restrepo Uribe, y enseguida se dirigió a Bogotá para continuar en el Congreso. Pero el Congreso de los Estados Unidos de Colombia lo expulsó por haberse sublevado en armas contra el gobierno nacional y haber incitado a la guerra al Estado Soberano de Antioquia.

Fue el fin de su carrera política y bélica.

Con dos hijos menos que murieron de muerte natural, Isaacs en compañía de Felisa no podía quedarse a vivir en Bogotá. Tampoco podía regresar a Cali donde el odio contra su humanidad había crecido debido a los últimos acontecimientos de Antioquia.

Entonces de nuevo en la vera del camino, le pidió el favor a su amigo Emiro Kastos para que le que le ayudara a conseguir una casa en alquiler en Ibagué.

Emiro Kastos, que según las malas lenguas de la época, no era casto ni se llamaba Emiro sino Juan de Dios Restrepo, le prestó una casita a las orillas del río Combeimba.

El propósito de Isaacs era permanecer retirado de la política, dedicarse a su familia abandonada por los avatares de la guerra, y sentarse a escribir su novela *Camilo*, que se le había quedado en el tintero.

“Vivo en Ibagué en una poética y cómoda casita preparada toda por mí. -Le escribí a su amigo Leonardo Tascón en Buga-. No hay una sola flor en ella que yo no haya cuidado amorosamente; y hay muchas”.

- Jorge Isaacs descubre nuevos mundos.

Jorge Isaacs se refugió en Ibagué en una casa de propiedad de su amigo Emiro Kastos, que quedaba muy cerca de las aguas del río Combeima.

Allí se dedicó a su mujer y a sus hijos, tantas veces abandonados por sus fugas continuas; dispuso ordenar los papeles dispersos de su novela *Camilo* con el ánimo de retomarla; y sobre todo, como se lo confesó a Emiro unos días después en sus caminatas vespertinas por el río, se dedicó a capotear una profunda crisis nerviosa en que lo habían dejado los últimos acontecimientos de Medellín y Bogotá.

Isaacs realmente no sabía qué hacer ni adónde ir. Decepcionado por los rumbos que iba tomando la política, por el giro inesperado del país que cada vez se alejaba de los postulados del Congreso de Rionegro, Isaacs se encerró durante tres meses en la casita de su amigo con el objeto de sortear aquella terrible depresión que como una lepra blanca se le había instalado en su cerebro.

Felisa, su mujer, lo veía pasar los días y las noches en blanco, sentado sobre un escritorio de madera mirando el cielo raso, y le daba lástima. Pero no podía ayudarlo. No porque no lo deseara sino porque Isaacs debido a su orgullo nunca quiso que ella lo ayudara. El la amaba tanto como ella a él, pero era un amor ideal. El único amor de su vida era María.

En una de aquellas tardes en que Isaacs intentaba pulir una frase para espantar el monstruo de la depresión que se anidaba en su espíritu, recibió un mensaje telegráfico de un señor Fonseca Plazas donde le decía que en la ciudad de Bogotá se iba a llevar a cabo una subasta de un retrato de María, pintado por el artista bugueño Alejandro Dorronsoro.

Isaacs que no tenía a dónde ir, preparó su mula y se enrutó hacia Bogotá. Cuando llegó a la casa del señor Fonseca Plazas y vio expuesto el retrato de María en el salón principal se desmayó de emoción. Sí, era ella, su amada inmortal. Pero tenía un defecto : la nariz que le había dibujado el artista era tipo español y no judía. Pese a esto, Isaacs preguntó por el precio sabiendo que Dorronsoro había fijado desde Buga un precio de 50 pesos y Fonseca Plazas como buen agiotista que era le pidió al escritor la suma de 200 fuertes. Isaacs ofreció 100 pesos que Fonseca Plazas no aceptó, y así el retrato de María fue adquirido por un rico de la ciudad que vivía en una quinta de Chapinero, en las afueras de la ciudad.

«A mi llegada aquí -le escribió Isaacs a Dorronsoro- satisfice el deseo de ver el cuadro que usted dibujó, representación de la heroína de una novela que escribí en 1867. Admiré esa obra, que es el testimonio irrecusable de la habilidad y talentos de usted; sé que la hizo con el alma, no con el lápiz, mezcla de gratitud y de admiración sentí contemplando el cuadro.

Me dijeron que tenían esa lámina en rifa, y deseoso de poseerla, le pregunté al señor Fonseca Plazas por qué precio me la venderían.

Yo no podía dar tanto por ella, y fue crueldad, o algo muy parecido a eso, pretender que se triplicara el valor del cuadro al vendérmelo a mí, aprovechándose de la admiración que imaginaron me causaría. Los hombres que negocian suelen ser implacables».

Y le encargó otro cuadro con las siguientes características que no reflejaban otra cosa que la profunda identidad que tuvo Isaccs con María.

Identidad sólo comparable a la que vivió el escritor francés Gustave Flaubert con Madame Bovary. En este sentido, Isaacs puede decir con el escritor francés:

“María, ¡soy yo!”.

Isaacs se detuvo en el retrato del pintor, y le advirtió que “su obra hubiera sido perfecta si no fuera por la nariz que no es de tipo español como sugiere el artista, sino judía no recargada en la extremidad, y así como inflable, aunque casta, a impulsos y emociones. La mano de María era más visible y menos pequeña. La base del rostro pudo dejarse un poquito menos carnuda”. Y le advirtió que “tuviera cuidado con esos ojos de amorosísima tristeza; cuidado con la frente iluminada y de pensamiento ágil; cuidado con todo lo que de ella hay en el cuadro que dibujó primero”.

Después pasó a comparar el cuadro de María con ‘La virgen de la silla’ de Rafael, y le sugirió que se fijara en una foto suya pues la nariz de María era igual a la suya.

Isaacs, entonces, le propuso a Dorronsoro que le hiciera un nuevo cuadro corrigiendo los defectos que le señaló, y se lo enviara cuanto antes; que él le agradecería con un hermoso poema.

Con esta discusión sobre el rostro de María, Isaacs reveló por primera vez su amor incestuoso por Ester, su prima en segundo grado por parte de padre, quien fue la fuente de inspiración de María, y que llegó a la casa de la Sierra en uno de los viajes que realizó su padre a Jamaica.

Ester era hija de Salomón, el primo hermano de George Henry Isaacs, que al quedar pobre y viudo y antes de abandonar la isla e ir a buscar sosiego espiritual a la India, se la entregó para que la educara. Ester y su tío George Henry viajaron a Colombia en una goleta de bandera inglesa y entraron por Buenaventura. Del puerto hasta la hacienda la niña vino acompañada de la mano del negro Manuel Santos, que era el esclavo fiel de su padre. Allí compartió con la familia Isaacs-Ferrer durante dos meses y a los seis meses murió de una enfermedad desconocida.

Isaacs tenía en esa época siete años de edad, y desde aquella fecha conservó en su memoria la imagen de un rostro bello que luego plasmó literariamente en su novela.

Isaacs regresó a Ibagué. Desilusionado por los giros que iba tomando el país, pensó en regresar con su familia a Cali, pero descartó esta posibilidad pues frágil

y derrotado, como estaba, ya no quería ser víctima del canibalismo que allí había experimentado en carne propia por orden de los motilones; del chisme y la maledicencia, que allí reinaba como agua estancada, y se había ensañado en sus mejores hombres.

«No volveré a Cali, así la ame y la siga llevando en mi corazón », concluyó mientras intentaba inútilmente continuar escribiendo su novela *Camilo*, que contaba la vida de Bolívar, de 1810 hasta su muerte.

Desde que su primo César Conto viajó a Londres e Isaacs regresó al Congreso en Bogotá, el escritor caleño no volvió a pisar el Valle del Cauca.

Como buen visionario, Isaacs, desde la casa que le había prestado Emiro Kastos, intuía los cambios políticos del país y para no deprimirse leía a Sarmiento buscando infructuosamente una luz ante ese túnel sin salida en que se había convertido su vida y la del país.

Entre sus pesadillas diurnas, veía cómo su antiguo amigo Rafael Núñez empezaba a ganar posiciones entre los círculos conservadores de Santa fe de Bogotá, y cómo la gloriosa Constitución de Rionegro, que él junto con Mosquera y Conto habían defendido con las armas, estaba siendo estigmatizada con epítetos virulentos como la « anarquía organizada » dándole paso a un país centralista y rezandero que no iba a resolver los problemas fundamentales del pueblo colombiano y por el contrario iría a incentivar las pugnas sangrientas por el poder. Isaacs vio reunirse de nuevo a la alianza perversa entre el gobierno y la iglesia, y la actitud proteccionista, de un estado alcabalero que en vez de mirar hacia el futuro siempre veía para atrás como el cangrejo.

Fue la lectura de Sarmiento que le abrió de nuevo el horizonte que se perfilaba en su camino; entonces una tarde mientras caminaba con Emiro Kastos por las riberas del Combeimba, sacó la siguiente conclusión que dejó atónito a su compañero de viaje:

.- Ya sé, Emiro; en este país no hay que hacer política porque si no uno fracasa en el intento. Lo que hay que hacer es descubrir de nuevo el país.

.- ¿Cómo así? - Le preguntó Emiro atónito, como si estuviera mirando a un bicho raro-. Eso ya lo hizo Bolívar viajando por todos estos parajes.

.- No, Emiro; este país aún no ha sido descubierto. Para conocer a Colombia hay que primero recorrerlo palmo a palmo, y así descubriremos qué es lo que estamos buscando

.- Pero si el país ya está descubierto; ahora lo que falta es cómo gobernarlo.

.- No, mi querido Kastos, esta vez estás equivocado. Para enrutar al país hay que andar sus regiones y sus provincias que son las que en última instancia se quedarán abandonadas después de que mi amigo Núñez se alió con los motilones y le entregue el país a don Miguel Antonio Caro.

.- Isaacs, ¿qué piensas hacer?

.- Viajar. Recorrer el país de norte a sur como lo hizo Codazzi; como lo hizo mi amigo Manuel Ancizar con la Comisión Corográfica, que nadie le paró bolas.

.- Ah, ya veo mi querido Isaacs; piensas convertirte en viajero y descubrir oro como lo hizo tu padre; pero no sé cómo lo vas a hacer si no has estudiado para eso.

.- Sí; es cierto que me faltan elementos precisos y científicos; si se quiere esa es mi debilidad, pero con mi voluntad y con mis lecturas que he venido haciendo, sé que le aportaré algo a este país que se debate entre la vida y la muerte.

.- Isaacs, creo que definitivamente estás loco.

.- No; no estoy loco. Cuando viví en Santa fe de Bogotá me la pasaba días enteros en la Biblioteca Nacional escudriñando libracos y mapas antiguos y

descubrí que en la alta Guajira y en el Magdalena puede haber una gran riqueza escondida que saque a nuestro país de la pobreza.

.- Isaacs, por Dios, sienta cabeza porque si no nunca vas a hacer nada. Definitivamente esa mezcla judeo-catalana te marcó para siempre. ¿Ya no fueron suficientes tus viajes por Antioquia que terminaron expulsándote del Congreso? ¿Ya no fueron suficientes tus viajes a la capital en la defensa del Cauca?

.- Sí, mi amigo kastos; pero esos viajes por mi querida Antioquia fueron viajes mortíferos que no quiero repetir. Tampoco quiero viajar a Santa fe de Bogotá a volver a pelear con esos filipichines centralistas de medio pelo. Ahora quiero realizar un viaje hacia la vida como lo hizo el almirante Colón que descubrió estas tierras; como lo hicieron el barón Humboldt y Aimé Bonpland que se pasearon por aquí descubriendo cosas maravillosas para las ciencias; como lo hicieron los sabios José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas con la Expedición Botánica; como lo hizo Manuel Ancízar que a pesar de lo que descubrió sigue siendo un ilustre desconocido; como yo.

.- Ay, no te quejes Isaacs, que tú eres conocido desde España hasta Argentina. Tú eres el mejor novelista que ha dado América.

.- Soy conocido afuera y vilipendiado en mi propia tierra.

A comienzos de los años ochenta, Isaacs se hizo nombrar secretario de la Comisión Científica por su amigo y futuro opositor Rafael Nuñez, y partió por el río Grande de la Magdalena rumbo a la Guajira. Por allí había entrado la civilización europea; por allí había entrado su padre George Henry Isaacs cuando vino de Jamaica en busca del paraíso. Por allí pasó Humboldt con su amante francés Aimé Bonpland que murió en el Uruguay; por allí pasó Manuel Ancízar rumbo a Cúcuta con su equipo de investigadores describiendo las costumbres del hombre

y la mujer colombianos. Por allí se enrutó el soñador de Isaacs en busca de mundos posibles y desconocidos.

Su viaje por la costa Atlántica, que se constituye en un viaje fundacional de la joven etnografía del país, lo constató Isaacs de esta manera, en una carta que le envió desde Bogotá a su amigo Luciano Rivera y Garrido, en Buga:

« Mi querido Luciano :

Hoy casi a tiempo de emprender el viaje a la costa Atlántica, me habló nuestro amigo Rómulo Delgado de la cariñosa exigencia de usted : Es que le envíe algunos versos míos para el periódico literario que usted redacta en Buga.

No sé decirle cuánto voy a sufrir separándome de Felisa y de mis hijitos por emprender estos nuevos y pesados viajes. Me estimula el amor al país, es cierto, y sin tal estímulo no podría en esta ocasión hacer nada; pero han padecido mucho en casa de este vivir errante, aunque el amor a estos queridos seres me obliga a vivir así.

Sus cartas, si me ocasiona el placer de escribirlas, me llegarán bien dirigiéndolas a Barranquilla bajo cubierta del doctor Joaquín Vengoechea.

Saludo afectuoso y besos a sus hijos.

Su leal amigo,

Jorge Isaacs ».

Y el autor de *María* se lanzó en la nueva empresa llena de logros científicos para el país y de derrotas y tribulaciones para el escritor.

En la Guajira y el Magdalena, Isaacs descubrió las hulleras de El Cerrejón, realizó un estudio sobre las tribus indígenas de los koguis que comprende un estudio etno-lingüístico sobre el lenguaje Goajiro y Businka, hizo una recopilación del lenguaje Guanaca y un 'Preciso de Geografía e Historia' sobre la región. Recopiló objetos y piezas arqueológicas de los indios Chimilas y Businkas como armas, sepulcros, jeroglíficos y dibujos de las piedras del valle de la ciudad de Valencia

de Jesús. Dibujó escenas de las condiciones en que vivían los indios y llevó a Santa fe de Bogotá muestras de minerales para que fueran observados científicamente.

Sus dos viajes al Caribe colombiano están consignados en los documentos históricos « Anales de la Instrucción Pública en los Estados Unidos de Colombia », bajo el título « Sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes provincia de Santa Marta » y en el documento titulado: «Hulleras de la República de Colombia de la costa Atlántica ».

Los dos nombres distintos del país (Estados Unidos de Colombia y República de Colombia) se debe a que el primer documento fue escrito en 1884 cuando aún regía la Constitución de Rionegro que pugnaba por una república federal; mientras que el segundo documento fue escrito en 1890 cuando triunfó la Constitución de 1886 escrita por don Miguel Antonio Caro, y el país retomó el nombre de República de Colombia, de 1819.

En aquellos dos documentos que se constituyen en textos fundacionales de la etnografía colombiana están consignadas las tribulaciones de uno de los viajes científicos más accidentados del país; están registradas las ansiedades, visiones y frustraciones de uno de los exploradores más inquietos que haya tenido Colombia; está consignada su enfermedad y su derrota final precedida por el triunfo de un gobierno conservador, que debido a su falta de identidad y a su debilidad para gobernar, terminó por entregarle en concesión la explotación de las minas de el Cerrejón a la *Pan American Investment Company*.

A comienzos del ochenta, Isaacs realizó la primera expedición por la Guajira y desde aquella fecha dejó consignado su interés por los tesoros insospechados que aún tiene escondido nuestro continente:

« Los montes, las pampas, las selvas y los mares de la América española, le esconden todavía tesoros inmensos e innúmeros arcanos a esta civilización de ayer, de cuatro siglos no completos, que le costó millones y millones de sus hijos y un diluvio de sangre y de lágrimas ».

Resaltó un viaje lleno de penalidades donde el único apoyo que tuvo del Tesoro nacional fue el envío de 200 pesos que le llegaron tarde cuando ya estaba

enfermo por el paludismo y no tenía otra alternativa que regresar a Ibagué. Reconoció el legado de sus antecesores que fueron los primeros en abrir las rutas del conocimiento en el país, como Juan de Castellanos, Duquesne, el cura español José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, Alejandro von Humboldt, Boussingault, Jorge Tadeo Lozano, Joaquín Acosta, Miguel Cané, Agustín Codazzi, Eliseo Reclus, Manuel Ancízar, Santiago Pérez, José Triana, Rafael Celedón, Manuel Uribe Ángel, Uricoechea, Andrés Posada y Vicente Restrepo. Reflexionó sobre el país y deploró la sangría en que se sumía cada día, proponiendo que la salida de la patria se encontraba en el estudio de sus regiones y en tener una actitud protectora y civilizadora hacia sus ciudadanos:

« No siempre han de gastarse y perderse las fuerzas vitales y creadoras del país en luchas atroces, odios, escepticismo y desalientos que lo aniquilan y afrentan; ni siempre la barbarie alardeando de autoridad y cultura, ha de ser estorbo, saña, celo parroquial en comarcas de la República que importa y urge estudiar, y que exigen protección efectiva y civilizadora ».

Durante su intenso periplo por la costa donde no se cansaba de renegar por la falta de apoyo económico del gobierno nacional y por los escasos instrumentos científicos con los que trabajaba, llegó al pueblo de Aracataca y allí descubrió los ricos yacimientos de hulla que se encuentran cerca al río Cata.

Aracataca era una población calurosa y polvorienta donde cincuenta años más tarde iba a nacer el segundo gran novelista de Colombia y Premio Nóbel de Literatura, don Gabriel García Márquez.

Isaacs quien fue uno de sus primeros descubridores, pintó a Aracataca de la siguiente manera :

« La salubridad y pureza de las aguas del Aracataca no es lo menos estimable al tratarse de fundar la colonia en la planicie del Peñón; saturada de fierro sus corrientes, mece además bajo las ondas y remansos una algas de tinte purpúreo o coralino asiduas a las grandes piedras del fondo, y esa plata es el único depurativo que usan los indígenas como de acción eficaz siempre ».

Y propuso que como un homenaje al general Padilla, héroe de la independencia nacional e hijo del Magdalena, llevara en el futuro su nombre. Propuesta que

nunca se aceptó y hoy el pueblo de Aracataca sigue conservando su antiguo nombre indígena.

« Amplísimo espacio, extensión baldía inconmensurable posee la Nación en contorno de las hulleras de Aracataca, sin contar el sitio mismo del yacimiento, que indudablemente le pertenece, y bastará que defienda sus derechos o los reivindique, si llega el caso, a fin de que nada le estorbe establecer trabajos en la hullera ni colonizar en sus inmediaciones ».

La primera expedición por la costa duró once meses; luego Isaacs regresó a Santa fe de Bogotá con el objeto de que el gobierno nacional le concediera el derecho a la explotación de las minas de El Cerrejón. Isaacs tuvo que iniciar un fuerte pleito jurídico con el Estado pues si bien es cierto el gobierno le reconocía su derecho en las minas por haberlas descubierto le exigía un capital base para otorgarle el contrato y comenzar la explotación. Capital que por supuesto nunca tuvo el escritor, y que por esto mismo y por su enfermedad, las perdió definitivamente.

Fue a mediados del ochenta, un año antes de que los liberales radicales perdieran definitivamente la guerra con los conservadores, en la famosa batalla de La Humareda, que Isaacs volvió a interesarse por el retrato de María que le había encomendado a Alejandro Dorronsoro. Y estando en Bogotá, le envió la siguiente carta al pintor de Buga :

« Sr. Don Alejandro Dorronsoro,
Buga.

Mi estimado amigo :

Lo saludo cariñosamente. Días hace que he tenido preparado un telegrama para usted; y debió ser carta, pero tareas pasadas me impidieron escribírsela.

Deseaba preguntarle esto, que usted me hará el favor de contestarme por telégrafo al llegarle mi carta: sólo así me vendrá a tiempo su respuesta, porque antes del 10 del mes entrante me pondré en viaje.

¿Tiene concluido el retrato de María? ¿Está usted plenamente satisfecho? ¿Le quedaron de mano maestra como es de esperarse, las modificaciones muy ligeras

que indiqué? ¿Están aquellos ojos tan bellos, dulces y castos, radiantes de inocencia y amor como en el otro cuadro?

¿Así los cabellos? ¿Así los vírgenes labios, que ya van a sonreír... y no sonríen?

¿Así la frente de ángel, que ya trasluce ensueños y tristezas del alma de la mujer?

Si usted está contento de la obra, necesito que me diga lo que pide por ella, y la recibiré a mi pasada por Buga, en septiembre próximo. Si no es posible eso tomaré aquí el cuadro que quise y no pude comprar en 1880, pues ya lo dan por un precio menos exagerado.

Soy su afectísimo amigo,

Jorge Isaccs ».

En esta segunda ocasión, Isaacs tampoco pudo hacerse al cuadro de María, pues el pintor Dorronsoro haciendo caso omiso al deseo ansioso del escritor, decidió regalárselo a doña Angelita Riascos de Cali.

En el año ochenta y cinco estalló la batalla de la Humareda entre liberales y conservadores donde los primeros fueron derrotados por las huestes armadas del Partido Nacional, que dirigía desde Santa fe de Bogotá don Miguel Antonio Caro. Fue en aquella ocasión, que Rafael Núñez después del triunfo con sus aliados, pronunció aquella frase histórica que iba a enterrar definitivamente el proyecto federal en Colombia impulsado por los liberales radicales: “La Constitución de Rionegro ha muerto”, dijo el Presidente-poeta, y enseguida en el país se acabaron las libertades públicas, se instauró la pena de muerte, se le dieron facultades omnímodas al Presidente y se fortalecieron los lazos entre la iglesia y el Estado. En aquel terrible año, las cárceles y mazmorras de Cartagena de Indias y Panamá se llenaron de liberales radicales. Eran los tiempos del temible artículo K que se incluyó en la Constitución del 86 y que le daba todo el poder al Presidente; y la “ley de los caballos” que consistía en que antes de los comicios electorales el gobierno perturbaba el orden público para ganar las elecciones, cometiéndose grandes abusos de poder contra el partido de oposición y contra el electorado.

Entre los liberales que tuvieron que padecer el cepo en Cartagena de Indias fueron Rafael Uribe Uribe que siendo aún joven había peleado al lado de Isaacs en la batalla de los Chancos; el general revolucionario Pedro Prestán que fue ahorcado en Panamá; y Ricardo Gaitán Obeso que después de ser encarcelado en el Castillo de Bocachica en Cartagena de Indias, fue trasladado a una mazmorra en Panamá y allí fue envenenado.

Liberales como Sergio Camargo, Gabriel Vargas Santos, Felipe Pérez y el Indio Uribe se salvaron de la horca porque salieron del país rumbo al exilio. José María Vargas Vila, el autor de *Aura o las violetas* se exilió en Barcelona, y allí se hizo famoso como escritor.

Isaacs se salvó gracias a su pasión por los viajes etnográficos que lo aislaron del mundo político.

Por esta razón se dice que si Rafael Núñez le dio el cargo de secretario de la Comisión Científica para marginarlo de la política, lo que le hizo fue un enorme favor a él y a la patria, pues la figura de Isaacs como uno de los fundadores de la etnografía del país se valoró más allá de las fronteras.

En dos cartas que le envió a su amigo Leonardo Tascón y donde por primera vez le pide dinero, Isaacs hablaba de su participación en la guerra del 85, pero como es sabido, su presencia en esta guerra no fue más que un apoyo moral al Comité Liberal, pues otros intereses más altruistas le pasaban por su cabeza y era justamente tener el contrato y apoyo gubernamental para explotar las hulleras de la Costa Atlántica que había descubierto. Contrato que siempre se postergó debido a que los distintos gobiernos conservadores que se sucedieron después de la histórica derrota de La Humareda nunca les interesaba dejarlo en manos de un liberal radical como era Isaacs. Hasta que el contrato fue cedido a la *Pan American Investment Company*.

« Voy a hablarle ya de algo bien triste y por lo mismo será muy de paso. -Le confesó a su amigo Tascón-. Mi última locura de patriota de haber tomado parte de la guerra del 85, que tanto esfuerzo hice por impedir y que reprobé en absoluto por trescientas mil razones. Debí permanecer en Bogotá después de mi enfermedad y así me habría librado del disparate y de infinitas amarguras; pero

usted lo verá: necesitaba descanso al lado de mi familia, clima cálido y benigno, aires puros. Ya en Ibagué trabajaba en una quinta y me fui reponiendo pronto. Pero un alcalde bárbaro, un cafre de esos que la democracia, loca a veces, levanta a la categoría de autoridad, tuluño por más señas, se propuso importunarme y no permitirme estar en paz: lo consiguió al fin; y por otra parte, la bandera del liberalismo, empeñada en lucha torpe y desigual se perdía; me horrorizaba verla en la derrota y harapo de irrisión para católicos fanáticos. Iban a perderse tantos y tantos sacrificios; todos los esfuerzos heroicos de 1876 y 1877, toda la sangre vertida en aquella injusta revolución iban a ser inútiles: el deber me señalaba el camino imperiosamente; me daba vergüenza vacilar y aunque la victoria era imposible ya, dejé a mi familia desolada y salí a prestar el apoyo que el Comité Liberal solicitaba de mí».

Isaacs apoyó moralmente al Comité, pero por la carta que le envió a Tascón se desprende que el « oscuro zapador del Caribe» estaba en contra de la guerra y había comprendido por primera vez que el camino de Colombia no era la guerra sino la construcción conjunta de un país, que por su paisaje, era muy parecido al paraíso.

En esa misma carta Isaacs le confesó a su amigo Tascón su interés por la explotación de las hulleras, su importancia para el país, sus dificultades, su falta de dinero y su enfermedad que como un monstruo invisible le empezaba a minar su cuerpo.

« Semanas después de haber vuelto a Bogotá, supúseme que podría revivir un contrato para la explotación de hulleras en la Costa Atlántica. Preocúpame el deseo de no perder las penalidades que me costó descubrir y estudiar las de Aracataca. Supe desde 1882 los puntos de la costa Guajira en que hay otras carboneras ricas y sé también que las hay ricas por extremo en el golfo de Urabá. Se dificultó mucho hacer un contrato, porque se me adosaron personas antipáticas para el general Campo Serrano.

Esta empresa es de gran magnitud y de éxito asegurado, según los apoyos que en los Estados Unidos y en Paris tendré. Necesito recorrer de nuevo los puntos de la costa donde están las carboneras y estudiarlas completamente : hecho así,

será preciso tal vez ir a Nueva York, según opina el agente poderoso que tendrá allá. Será un año de dura labor, de esfuerzo, pero el buen resultado es seguro. Para emprender los trabajos, viajes, etc. iniciales, es preciso procurarme \$ 5.000 y eso me retiene aquí aún; será preciso, en cambio de tal suma, dar y asegurar buenas ventajas; así lo haré con toda medida.

Necesito descansar dos meses en Ibagué con mi familia : estoy muy flaco y fatigado : en este tiempo concluiré aquel libro, como le dije antes.

Firmado, Jorge Isaacs ».

El libro prometido era *Camilo*, que debido a los múltiples proyectos en que se embarcó, nunca pudo terminar.

La segunda expedición la llevó a cabo seis años después hacia el golfo de Urabá. El escritor recorrió la región occidental del Caribe, en un bote que él bautizó con el nombre de « Cáscara de nuez ».

De aquel viaje queda un texto hermoso que él consignó de su puño y letra en los 'Anales de Instrucción Pública' y donde le hace un merecido homenaje a Agustín Codazzi, uno de nuestros primeros geógrafos del país que con su trabajo ayudó a construir el país, fundado por don Simón Bolívar:

« En lo venidero no faltarán los estímulos de que se careció en otros días de rigurosas pruebas; ni habrá sacrificios inútiles, aunque sea escaso el fruto de una difícil labor.

Oscuro zapador en las regiones donde la muerte detuvo a Codazzi, a ese mártir del deber y de la ciencia, su constancia me sirvió de ejemplo : ahora doy por bien empleadas las penalidades que sufrí, y si gobernantes del Estado del Magdalena -no sus pueblos hospitalarios- desconocieron la sana intención y alteza de mis propósitos en la obra que me fue encomendada, estas páginas les demostraran su error, y todo lo olvido ».

Pero la enfermedad galopaba más fuerte que sus escasas energías. Y un día tuvo que abandonar la empresa y dedicarse a cuidar su salud y a pedir plata hasta en México para poder salir de la miseria en que había quedado.

La lucha por la concesión del contrato para la explotación de las hulleras se prolongó hasta comienzos de los años noventa, y todas las trabas que pusieron los funcionarios encargados del gobierno de Núñez, que no eran más que marionetas manejadas desde su finca El Cabrero en Cartagena, contribuyeron a quebrantar la salud del escritor que lo ponía irascible y violento.

Al final, y durante el gobierno encargado de Carlos Holguín Mallarino, se firmó el contrato con la *Pan American Investment Company*.

Respecto al dinero prestado, ya en esas dos famosas cartas seguidas que le envió a su amigo Leonardo Tascón, le lanzaba el sablazo con la elegancia que siempre caracterizó al autor de *María*.

« Así pues, si usted quiere ayudarme en la obra y puede enviarme a Ibagué para ello unos \$ 200 a condición de devolvérselos del valor de los primeros ejemplares que del libro se vendan en Bogotá, donde lo aguardan con impaciencia, le agradeceré mucho el servicio, y usted será el verdadero padrino en que tanto me ha ayudado, como constará de autos ».

¿De cuál obra hablaba Isaacs? ¿De la novela *María*? ¿De “Saulo”, el poema incompleto que le dedicó al general Julio Roca, Presidente de Argentina , y de quien recibió una edición de lujo? ¿De los estudios etnológicos sobre las tribus indígenas de la Guajira y el Magdalena? ¿De *Camilo* que nunca terminó?

Después de la publicación de *María*, Isaacs siempre soñó con escribir un segundo gran libro que en realidad nunca coronó, pero que al estar presente en el mundo de sus deseos siempre le sirvió para salir de sus apuros y sacarle plata a sus amigos de Buga, Medellín, Santa fe de Bogotá, Barranquilla, Madrid, Buenos Aires y Ciudad de México.

En otro aparte Isaacs escribió a sus amigos:

« Hace cinco meses que no tengo con qué pagar los alimentos en el hotel donde vivo. Hace tres semanas que no puedo pagar el lavado de la ropa. No tengo dinero para fumar».

Sin lugar a dudas, el hombre que más le ayudó en sus peores días fue Juan de Dios Restrepo, el escritor costumbrista que se conoció mejor bajo el seudónimo de « Emiro Kastos », cuando viéndolo saltar de hotel en hotel y de alquiler en

alquiler, le prestó aquella casita en Ibagué que todavía existe y a donde aún llega el rumor del río Combeima.

Pero sus afugias económicas fueron tan grandes que incluso llegaron al oído del general Roca, Presidente de Argentina, que considerándolo el mejor novelista de América, no tuvo reparos en invitarlo a Buenos Aires, y le envió \$ 3.000 para el viaje. Destino que Isaacs nunca realizó debido a su enfermedad y también porque lo único que le interesaba del general eran los \$ 3.000 que le sirvieron para pagar las deudas a los acreedores del Valle, que como sanguijuelas lo siguieron acosando, incluso, hasta después de su muerte.

Luego, el Presidente Rafael Núñez le ofreció un puesto diplomático en Argentina para quitárselo de encima. Viaje que Isaacs tampoco pudo cumplir porque en Colombia vino una nueva guerra civil, y el escritor, apurado por sus afugias económicas, ésta vez soñaba con terminar *Camilo*, y volverse rico.

El poema "Saulo", dedicado al general Julio Roca de Argentina, dice en una de sus estrofas:

Sabes, mi dulce amor, sabes si un día
 estos mares, sus olas y sus vientos
 tu lloro, mis delirios, tus acentos
 revelarán al mundo,
 doliente, lastimado gemebundo,
 al saber nuestro amor y sus tormentos?
 ¿Sabes si peregrinos
 de región en región, de clima en clima,
 pedirán nuestras fosas
 a las palmeras del desierto umbrosas
 bardos del Aconcagüa y del Tolima?
 ¿Sabes si las zagalas sin ventura
 pedirán a los cielos tu hermosura
 y el divino poder de tu mirada?
 ¿Si a mi mente inspirada

por ti, sólo por ti, los trovadores
númen demandarán en sus dolores?

En aquella tercera derrota de su vida, Isaacs buscaba afanosamente una salida a su crisis, y fue cuando pensó en su amigo mexicano Justo Sierra quien hacía parte del gobierno de Porfirio Díaz, y le había editado su obra en el país azteca. El escritor le contó sus penurias en una intensa relación epistolar que sostuvieron los dos intelectuales; abogó por el indio Uribe para que lo apoyaran en su exilio político a México; y reconoció la bondad de los señores Aguilar e Hijos, al enviarle 100 ejemplares de *María* para su comercialización.

Sobre la recomendación de su amigo y copartidario el indio Uribe, Isaacs anotó: “Le recomendé a usted hace dos meses al señor D. Juan de Dios Uribe, distinguidísimo escritor de Colombia, que salió desterrado. Sé que usted, el señor Sosa (a quien saludo cariñosamente) y sus muchos amigos liberales harán por Uribe obra buena. Mil y mil gracias a todos desde ahora.

Uribe, acá para los dos, tiene la desgracia de ser aficionado a beber. Mucho lo aconsejé y lo aconsejó su virtuosa e inteligente madre, para remediar aquel mal. Por temporadas deja el maldito vicio, y entonces su cerebro es un foco inagotable de luz, y las tinieblas, los búhos y los vampiros están de pésame. Puede ser que allá, solo, teniendo que hacerse a las consideraciones, cariño y admiración de hombres como usted, Uribe se domine y se cure para siempre. ¡Cuánto ganaría con ello Colombia!”.

El indio Uribe nunca se curó, y en México, en vez de dejar de beber cambió el aguardiente colombiano por el tequila mexicano.

Hasta que regresó a la patria.

Pero la petición más grande que Isaacs le hizo a don Justo Sierra, el biógrafo de Benito Juárez, fue que lo nombrara Cónsul de México en Colombia. Petición que si nos atenemos al vínculo de hermandad que siempre han tenido Colombia y México y al amor que le profesaba el pueblo mexicano al escritor colombiano, debería haberse realizado.

Justo Sierra publicó la noticia sobre la pobreza de Isaacs en los periódicos mexicanos, y éste por honor a su patria, negó tal hecho, aunque en sus cartas a su amigo mexicano le decía lo contrario.

« Yo negué la verdad por honor a mi país. Usted sabe que en México se han hecho ya catorce ediciones de *María*, y las hechas en los demás países de Hispanoamérica, sin contar éste, pasan de veinticinco ».

Veinticinco ediciones de las cuales sólo recibió 200 devaluados pesos.

Pero en otros apartes de la correspondencia con Justo Sierra, que años más tarde fue glosada por el ensayista Alfonso Reyes, para una edición especial en México, le confesó lo contrario :

« No he trabajado en un país que sepa recompensar tales esfuerzos afortunados (se refería a sus descubrimientos en el Caribe) : hecha en México, la Argentina o Chile tal obra, hoy sería yo rico. Aquí es diferente : aún no poseo ni una casa humilde para hogar de mi familia, y todavía batallo para vivir en pobreza.

En el resultado de mi penosa labor en la costa Atlántica que estudié mucho desde Cabo Falso a Punta Espada, en la Guajira; hasta Pisisí en el Golfo del Darién, tengo fincada la esperanza de aliviado vivir en lo venidero, y la posesión de algún patrimonio para mi familia. A veces me figuro que son inútiles mis esfuerzos para adquirir esa fortuna modesta; que debo resignarme a que no tenga mi familia, mientras exista yo, más de lo puramente indispensable para no caer en horrible miseria. Así luchamos desde 1862. No se espante usted de esa fecha : somos valientes, y habiendo tenido yo ocasión de enriquecerme en altos puestos públicos que ocupé desde 1876, sino hubiese preferido a todo mi honra, mi pobreza es hoy mi orgullo ».

En aquella dolorosa carta al amigo mexicano que refleja el estado de indigencia de nuestra inteligencia, Isaacs lanzó el grito de S.O.S. para ver si su novela comentada por el mundo, pero pirateada por editores inescrupulosos, de pronto lo podía salvar del abismo en que se encontraba :

« ¿Qué resultado supone usted que daría en México algo que se hiciera con el fin de excitar a los editores del libro a formar un fondo que recompensara, siquiera en parte, mis derechos como autor de ese libro?

¿Qué efecto daría, hecha desde allá, una excitativa semejante a los demás editores de América que, perjudicándome tanto, han hecho ediciones sin consentimiento mío?

¿De qué manera podría usted ayudado del señor Sosa y sus otros amigos, tenderme manos que me ayudaran a salvarme de este abismo? ».

Y la carta termina con la famosa petición de renunciar a su nacionalidad colombiana y asumir la mexicana, con tal de que lo nombren cónsul de México en Bogotá, y así salirle al quite a la miseria económica.

« Si el general Porfirio Díaz sabe quien soy, y de lo que puedo hacer juzga, ¿tendría inconveniente para honrarme con el nombramiento de Cónsul general de México en Colombia? ¿Lo permiten las leyes mexicanas?

Yo me esforzaría, a fin de servir ese empleo, de modo que mi labor no fuese inútil para México ».

A pesar de los buenos oficios de su amigo Justo Sierra, México no podía cometer semejante exabrupto diplomático. Y su solicitud fue denegada.

Lo que importa destacar del hecho es que aquella lucha desesperada de Isaacs por ser ayudado por otro país, hasta el punto de renunciar al suyo, no significaba otra cosa que su lucha por escapar a un mundo cerrado, bárbaro y opresivo, que se había instalado en el país, sin que nadie se diera cuenta. Un nuevo régimen, que con la guerra suicida del 95 y luego con la de los Mil días, donde perdimos a Panamá, no se transformó sino cuarenta años después, con la llegada a la Presidencia de la República, de Alfonso López Pumarejo.

Jorge Isaacs tuvo que resignarse a vivir sus últimos años con su familia en la casita de Ibagué que le había prestado su amigo Emiro Kastos, y murió lleno de deudas y olvidado.

Allí, en medio de su derrota, tuvo aún fuerzas para cantarle al paisaje tolimense y a la patria:

“¡Comarca hermosa... Bosques del Combeima!

¡Apacible mansión!

Allí...¡cobardes lágrimas...! esperan

En angustia y dolor.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Númen de mi vida,
Me oprimes sordo y cruel...
Y juventud, amor, reposo y dicha
!A tu gloria ofrendé!”.

- La muerte de Elvira Silva y el amor por María.

A comienzos del año noventa y uno, murió Elvira, la hermana del poeta José Asunción Silva.

Fue la muerte más dolida en todo Santa fe de Bogotá, no sólo porque Elvira era la hermana del poeta más grande de Colombia sino porque era la mujer más fascinante de la época.

Cuando Elvira Silva frecuentaba los clubes de la ciudad y se paseaba por la Calle Real cogida de gancho con su hermano, su belleza era admirada por ricos y plebeyos.

Para Silva, el poeta del “Nocturnos”, Elvira representaba el amor de su vida y su muerte fue una de las causas que desencadenó la idea del suicidio, que se cumplió finalmente el 24 de mayo de 1896.

Silva era el hijo de don Ricardo Silva que Isaacs había conocido en las tertulias de El Mosaico, y desde aquella época el escritor caleño acostumbraba a visitarlo y a quedarse a dormir en su quinta Chantilly, ubicada en Chapinero.

En aquellas visitas poéticas rociadas con vino francés, que se prolongaban hasta altas horas de la noche, Isaacs supo admirar el amor que le tenía su amigo a la mujer más hermosa que tuvo Bogotá, en el siglo antepasado.

Por sus visitas continuas a la casa de los Silva, Isaacs fue designado “padrino” de Elvira por orden expresa del poeta.

En una ocasión que Isaacs llegó enfermo de uno de sus viajes por la costa Atlántica y se alojó en la quinta de Chantilly, Elvira lo cuidó día y noche; cuando se recuperó ella le pidió que no la mencionara en sus agradecimientos públicos porque todo lo que había hecho era por amor.

Elvira significaba para Silva lo que María era para Isaacs. Por esto entre los dos escritores siempre existió una comunión secreta no sólo por la poesía que los unía sino por el amor que le tenían a sus mujeres.

Silva veía en María el ideal imposible de su amada. Isaacs admiraba en Elvira el amor trágico de su existencia. La muerte de Elvira representaba para Silva su propia negación, su propia muerte. La muerte trágica y prematura de María significó para Isaacs su propia tragedia y la del país.

La muerte precoz de las dos heroínas simbolizó para la época el amor trágico de Colombia. Y ambos amores fueron perdidos, como todo lo grande de la vida.

Por esto cuando murió Elvira Silva no sólo afectó el corazón del poeta de Santa fe de Bogotá sino también el corazón del poeta del Valle del Cauca.

Elvira murió el 11 de enero, y Silva acongojado por la noticia, le escribió a su amigo Isaacs en Ibagué, para buscar consuelo.

Fue la carta terrible del poeta fechada el 17 de enero, donde Silva confiesa el dolor que le tortura y anuncia por primera vez su intención de suicidarse.

Fue la misteriosa carta donde el bardo sabiendo del amor que le tenía Isaacs a su hermana, le envió en señal de recuerdo una fotografía de Elvira, cuando era una adolescente y los « pañuelos que usó en horas felices ». Allí también Silva le pidió encarecidamente que rescatara el “Canto a Elvira” que Isaacs le escribió a la

mujer más dulce de Santa fe de Bogotá. Que él intercedería en Nueva York para que se publicara con todos los honores porque “Isaacs es el único que tiene derecho a hacerle versos a Elvira”.

La infortunada carta, hoy está perdida, y se supone que Isaacs la destruyó por las implicaciones que tenía para la familia de Silva y para la patria.

Debido a su enfermedad y a que estaba sin un céntimo, Isaacs no pudo asistir al entierro de Elvira, y en cambio, le escribió a Silva, una carta de respuesta donde le expresó todo su dolor:

« Mi bondadoso amigo :

Su carta del 17, que muchas veces he leído, produce en mi ánimo indefinible impresión. Lo que en ella me dice del dolor que le tortura, los recuerdos que evoca y acaricia como para matarse, su ternura para la muerta adorada y casi divina, me quebrantan el corazón. Lo que me habla usted de que ese canto a Elvira –quizás el postrero del poeta que la conmovió en otros días- es superior a cuanto yo pueda ambicionar y merecer.

Quedaré recompensado sobradamente, con su noble y leal afecto de amigo, y poseyendo todo lo que de ella me ofrece : su retrato para que sea ángel guardián de mi hogar, y admirada, querida allí como yo la admiro y venero : los pañuelos que usó en horas felices, fragantes aún con el perfume de sus manos. Los he recibido en este momento. ¡Qué tesoros le cede usted al poeta y amigo!

Si el descanso viene -bien merecido será después de tan penosa y larga lucha- Y mi vida se prolonga así unos años, recompensa única que mi familia ambiciona, ya verá cuánto haremos y Elvira vivirá mientras se oiga de nuestras estrofas un eco.

Ella anhelaba mi reposo y alivio, la prosperidad de mis trabajos -que todavía no sabe apreciar este país- y a ella, a su poder de ángel bendito y protector, tengo encomendado el éxito final de mis esfuerzos. Y somos los incrédulos y los ateos. Yo le pagaré, regocijándola, en amor y beneficios a los pobres y desamparados.

Lo que usted piensa se haga en Nueva York con el canto a Elvira, es demasiado.

Pero a ella le pertenecen esas estrofas, y por lo mismo, a usted. De ella son.

¿Quién se atrevería a afirmar que Elvira no las leyó antes que usted?

Si las envía para que se haga esa edición, le pido que antes me deje revisarlas unos momentos.

Creo que estaré mejor de aquí al sábado; si así sucede, iré a buscarlo en la noche de ese día.

Su leal amigo,

Jorge Isaacs”.

El canto, que nunca se publicó en Nueva York, pues a los cinco años el poeta Silva, cumpliendo con su anuncio fatal consignado en la carta, se suicidó de un pistoletazo en el corazón, lleva un epígrafe de Victor Hugo, que dice: “*La mort aime a poser sa main lourde et glacée/ Sur des fronts couronnés de fleurs* (“A la muerte le gusta posar su mano pesada y fría sobre las frentes coronadas de flores”).

El “Canto a Elvira” es largo, y sus primeros versos conservan el tono sublime y necrológico, que caracterizó la obra poética de José Asunción Silva:

“¿Por qué las negras sombras de la noche
tras el vívido albor de la mañana,
y el espanto, mudez y hondo silencio
al despertar llamándola en sollozos
lo que en el mundo mísero quedamos?

Arrobadora realidad creada
Por el númen divino que fecunda
Mi ya cansado corazón... espera!
Son tan agrias las heces que sobraron
Para el final de la existencia mía...

Y ayer, ayer no más endulzabas,
 celestial hechicera,
 ángel consolador de mi agonía?(...)”

La muerte de Elvira no sólo desencadenó el suicidio de Silva sino también que afectó el estado de ánimo de Isaacs, frágil y débil, debido a los múltiples problemas que tenía por resolver.

Primero estaba el porvenir político del país en manos de los conservadores al que no le veía ni pies ni cabeza; luego se presentaba ante sus ojos su lucha infructuosa por adquirir los derechos de explotación de las minas en la costa Atlántica que él había descubierto y la intención del gobierno central de otorgárselas a una compañía extranjera como efectivamente sucedió; finalmente estaba la decepción frente a sus paisanos, que debido al provincianismo hipócrita y mojigato, como él había denunciado, nunca lo habían apoyado.

Las quejas de Isaacs contra el gobierno se encuentran en la copiosa correspondencia epistolar que tuvo en aquellos años con su amigo Leonardo Tascón de Buga:

“Mire Ud. cómo, de hombres de bien se han hecho pillos y ladrones descarados, bajo el gobierno monárquico y de hipócritas, tantos hombres de las altas clases y de la plebe; y todos se dicen cristianos católicos; defensores de la fe y sustentáculos del orden social basado en la doctrina de Cristo.

El gobierno de hoy, cruel, derrochador, tirano y ciego, tan insolente en los arrebatos de sus odios, tan funestos, en realidad, a la iglesia, y víctima, en estos mismos instantes, de las fechorías de ladrones desvergonzados a quienes les es forzoso exhibir y escarmentar; ese gobierno absurdo y de mojiganga en esta hora del siglo XIX, es heredero de la obra nefanda que le dejaron otros desde 1885”.

En relación con Santiago de Cali, su tierra que lo vio nacer, el escritor de El Peñón siempre tuvo sentimientos ambiguos, que unas veces lo hacían despotricar de sus paisanos y otras ensalzarlos no sin abandonar sus dardos venenosos a su tierra, como en este bello poema escrito antes de que escribiera la *María*:

Cali, ciudad de las añosas palmas,
do se mece intranquilo el aquilón,
te has dormido al arrullo de las aguas
que dan a tu campiña su verdor;

¡Ay! Te has dormido, de llorar cansada,
y tienes en tu sueño por cojín
estas colinas, ora solitarias,
do huyeron tardes de mi edad feliz (...).

Pobre y enfermo, Isaacs comenzó a experimentar un sentimiento de aversión hacia la vida. Un deseo de odio y repulsión hacia todo lo que lo rodeaba, y es cuando de una manera consciente empezó a preparar paso a paso su propia muerte.

Después de escribir el poema 'La tierra de Córdoba', que es un homenaje póstumo al patriota de Antioquia, y ante la adversidad de sus enemigos, el poeta del río Moro decidió escribirle una carta a su amigo Juan Clímaco Arbeláez de Medellín donde le expresaba su deseo de morir en tierra antioqueña y le da las instrucciones del caso.

Por esta razón decimos que la muerte de Isaacs fue una muerte preparada. Fue una muerte aderezada como fue la de Silva, pero al contrario del poeta del 'Nocturnos' que se pegó un tiro en el corazón, Isaacs no tuvo necesidad de acudir al suicidio porque después de su derrota en el Congreso y de su fracaso en la concesión a las hulleras del Caribe, ya estaba muerto en vida.

Jorge Isaacs fue muerto por la sociedad pacata e intolerante de la época. El poema a José María Córdoba habla de la gloria de la raza antioqueña donde nació el prócer colombiano.

Es uno de los tantos poemas malos que escribió, lleno de figuras retóricas altisonantes, que ante el aislamiento cultural del país, hacía eco, en aquellos oscuros tiempos, entre los bardos colombianos:

“¿De qué raza descienes, pueblo altivo,
titán laborador,
rey de las selvas vírgenes y de los montes níveos
que tornas en vergeles imperios del condor?

¿De qué nación heroica tu grandeza
en la sublime lid
que arrebató a verdugos la colombiana tierra?
“Legión fueron tus Gracos, fue Córdoba tu Cid...”

El poema le sirvió a Isaacs para pensar seriamente en irse a morir a Antioquia, y fue su pasaporte de entrada, pues al poco tiempo el texto fue publicado por don Gabriel Cano en las páginas de *El Espectador*.

La bella región de Antioquia, que Isaacs tanto amó y a la que nunca dejó de cantarle porque sentía que con su origen judío y con su espíritu de trabajo, le recordaba el espíritu emprendedor de su padre.

“Al fin te diviso,
Hermosa ciudad,
Respiro tus aires
Que vida me da,
La vega contemplo
Que moja al pasar
La onda revuelta
Del manso Aburrá
Morir es dejarte,
No vuelvo a viajar (...).”

Y soñando con morir en Medellín, le escribió a su amigo el general Juan Clímaco Arbeláez donde le expresó su deseo de morir en aquella ciudad porque sus huesos “a ella le pertenecen” y le solicita que “Antioquia envíe pronto por ellos”:

“Ibagué, 2 de agosto de 1893

Sr. Don Juan C. Arbeláez
Medellín.

Mi querido Juan Clímaco:

Te doy un estrecho abrazo. El expresa mucho de lo que anhelo decirte, como tu amigo de siempre y colombiano leal a la República.

Honrándome demasiado, más de lo que puedo merecer, han publicado allá algunos amigos esa poesía a ‘La Tierra de Córdoba’, la tuya, la de tantos hombres ilustres, que bien merece mi amor y mi admiración. Ojalá no juzgues pobre y ruin la ofrenda mía: ha sido hecha con el alma.

Te envío por este correo unos ejemplares del canto. Hazme el favor de poner en manos del general Vélez ese que va dedicado a él. Dios lo inspire y ayude en labor redentora.

Quizá te habrán dicho que deseo pasar en el valle de Medellín los últimos días de mi vida. Es cierto. Bien pocos han de ser, porque los he gastado sin lástima en durísimas tareas.

Si el éxito definitivo de mis trabajos sobre las hulleras es satisfactorio, como es de esperarse, cumpliré aquel propósito. Pero el resultado es dudoso todavía y la expectativa cruel. En años y años sacrifiqué mi salud y arriesgué la existencia, ansioso de procurarle al país cuantiosas riquezas y a mis hijos un modesto patrimonio. El pensar que, al morir yo, queden muy pobres y víctimas, por lo mismo, de las penalidades que han hecho de mi vida un tormento, me amarga hoy hasta las horas que para todos son de alivio y reposo.

Pero oye: si aquí en este lugar me dan tumba prestada, que pronto envíe Antioquia por mis huesos: a ella le pertenecen; y tú y mis amigos haréis que los sepulten en el valle de Medellín o cerca de la tumba de Córdoba.

Adiós ya. Tu leal amigo,

Jorge Isaacs”.

El desengaño de Isaacs por Cali, su patria chica, es evidente. Por esto pide que sus huesos sean trasladados a otro lugar. Y para el escritor caleño esa *otraparte*, para parafrasear al filósofo Fernando González, es Antioquia, la tierra de Gregorio González Gutiérrez y Epifanio Mejía.

¿Podemos calificar la decisión de Isaacs como injusta frente a Cali, su ciudad natal? ¿Podemos afirmar que con la actitud del autor de *María* se cumple aquel proverbio popular que dice: “nadie es profeta en su tierra”?

La decisión de Isaacs de morir en tierra ajena es dura y dolorosa, pero muestra el grado de intolerancia que han tenido los caleños entre ellos mismos.

Aquella extraña enfermedad llamada popularmente ‘calibalismo’, de prevención y resistencia hacia lo propio y de entusiasmo cerril hacia lo extraño, no es nueva y empezó cuando los bugueños traicionaron a su propio paisano, el general José María Cabal entregándolo a las huestes españolas. Luego continuó con la familia Isaacs que siendo los fundadores del paraíso, terminaron despojados de sus tierras y pidiendo tumba en otra parte.

“El que ha de morir a oscuras, aunque ande vendiendo velas”, le confesó Isaacs a su amigo Antonio José Restrepo, dos años antes de morir.

Enfermo de paludismo, y sabiendo que le quedaba muy poco tiempo de vida, Isaacs se dedicó con febrilidad a terminar su novela *Camilo*. Pero debido al abandono en que la había tenido no podía avanzar porque aparte de que había perdido el ritmo de la escritura, le faltaban datos históricos necesarios para continuar con el proyecto. *Camilo* fue un proyecto tantas veces aplazado como fue

su relación con Felisa González Umaña a quien le dedicó, en medio de sus fugas y abandonos, este hermoso poema:

“Vi tardes de verano, tardes del Cauca,
voluptuosas, risueñas,
y engalanadas;
y muchos días
fueron menos hermosos que mi Felisa.

Tú, noche, con turbante
de azul y estrellas,
bordando de cocuyos
su falda negra,
patria querida,
nunca tuvo el misterio
de mi Felisa”.

Y más adelante, dice:

“En las vegas que el Cali
raudo humedece,
nacieron estas flores;
son de *quereme*.
Dichoso un día
las tomé de las trenzas
de mi Felisa (...)”.

Entonces, fue cuando se dedicó a escribirle a sus amigos y a pedirles toda clase de datos sobre el período de la independencia y el paso del Libertador por el Valle del Cauca para poder atrapar el tiempo perdido de la escritura.

“¿De dónde venía o dónde se hallaba el general Cabal cuando se dio en 1816 la batalla del Tambo? ¿En qué punto se escondió ya perdido todo, entonces? ¿En Buga? ¿En alguna hacienda? ¿Quién lo denunció? ¿Cómo se le trató al descubrirlo? ¿Cuánto tiempo permaneció en Buga antes de que se le enviase a Bogotá? ¿Qué persona de su familia, o extraña, lo acompañó?”; le pregunta a su amigo Leonardo Tascón.

El general Cabal, gracias a la traición de los bugueños, fue apresado por el español Warletta, y no fue llevado a Bogotá como presupone Isaacs sino a Popayán donde fue fusilado por las tropas españolas.

En esa misma carta, Isaacs preguntaba sobre el Libertador para completar la investigación que le permitiría continuar con la novela *Camilo*: “¿Quiénes eran alcaldes ordinarios en Buga al llegar Bolívar en 1822 ? ¿Quién era cura? ¿Qué sacerdote virtuoso de ese tiempo, y Republicano se recuerda aún por los viejos? ¿Qué hicieron por la revolución los frailes de los conventos de Buga? ¿Fueron patriotas como los Ortices de Cali?

Necesito importantes pormenores acerca de alcaldes y curas, de 1816 a 1823 en el Cerrito y Guacarí. Hablo de patriotas y godos. Déme el nombre de los curas y alcaldes del Cerrito, siquiera; y conocido por usted mi plan no me escasee pormenores referentes a personajes que me importe conocer.

Debía de haber mucho bandido que aprovechara la tiranía de Warletta, Tolrá, Delgado, etc., nombres. ¿Este don Joaquín Valdés, el feroz asesino en Toro, era chapetón o criollo? Pormenores.

¿Quiénes fueron los dos parientes de Cabal a quienes los españoles hicieron apalear? ¿Quiénes los sacerdotes más notables que Warletta envió a Santa fe por el Quindío? ¿Cuáles los seglares asesinados en el tránsito?

Muchos hombres debían recordar todo esto, hasta hace unos 15 o 20 años. Ahora es más difícil obtener lo que solicito. Desde 1864 quise salvar todos los datos perdidos ahora, estudiando yo mismo los papeles que se guardaron del general Cabal. Nuestro amigo don José María tomó singular empeño para conseguírmelos. El resultado fue triste. Guarde secreto: En la casa de don

Joaquín Cabal, hermano del general, no se estimaron esos papeles, se los empleó en... ¡cualquier cosa!

Muchos hombres de la plebe fueron asesinados, de seguro, del año 16 a 19, de Llanogrande (Palmira) a Buga y cercanías. Averigüe lo que sea posible hoy. Su señora es de la familia Cabal. Déme pormenores acerca de sus ascendientes, sus nombres. Recuerdos que conservan o transmitieron de la época a que me refiero. Póngame a los pies de su señora; dígame cuánto la quiero y estimo. Bese por mí a sus hijitos, y cuando ya no exista, hábleles de mí.

A los apuntamientos que he hecho agregue, al enviarme los datos, lo que pueda interesarme. Don José María y don F. Rivera, y sus parientes deben de recordar mucho interesante: hable con ellos, lápiz en mano. Cuide de todo como si se tratase de recoger granos de oro.

¿En cuál casa se alojó, al pasar por Buga, el general Bolívar? El traje que usaba de camino, el de casa.

¿Qué sitio o bosque o paraje recóndito era el preferido por los negros prófugos?

¿Monte oscuro? Descríbame.

¿Desde que año se venera en Buga el Señor de los Milagros? Día de la festividad.

¿Cuál es el santo patrono? ¿Cuál el del Cerrito? ¿De dónde le viene el nombre, no usado, de Guzmán? ¿De un cura, de algún patriota? ¿Cuándo se edificó la actual iglesia del Cerrito? ¿Quién tuvo el primordial trabajo? ¿Qué imagen veneran más en esa iglesia?

Y basta, amigo mío. Lo abrazo al pedirle me perdone. Y para Luciano también es el perdón pedido, como el encargo. ¡Si yo pudiera ir allá! Mucho se facilitaría todo. No me lo permitirían hoy.

Su leal amigo de siempre,

Isaacs”

El proyecto literario denominado *Camilo* fracasó e Isaacs nunca lo pudo terminar. De ella hoy sólo se conservan seis capítulos en la Biblioteca Nacional, que empieza de esta manera:

“Según la opinión de muchos viajeros ilustres, el Valle del Cauca es el país más bello de Sudamérica: allí tuvieron lugar los sucesos que se van a referir.

Hace poco más de veinte años que en un día de junio, después de la hora de la siesta, dos caminantes de extraño traje, caballeros en castaños de buena raza y uno en pos de otro, atravesaban espaciosamente las pintorescas llanuras que se extienden al sur de la silenciosa y perfumada ciudad de Guadalajara.

La tarde había sido de lluvia, pero sólo caían algunas ráfagas de ésta impelidas por los vientos del oeste sobre las faldas de la cordillera central; y al parecer de nuevo el sol espejeaban las charcas de la campiña, emprendían vuelo las aves y sacudían los bosques sus follajes”.

Al año siguiente, murió su amigo Emiro Kastos quien le prestó casa y dinero para que viviera con su familia en Ibagué. A Isaacs le tocó despedirlo en el cementerio de Ibagué.

Nueve meses antes de su muerte, el periódico *La Patria* publicó su poema titulado “Los Inmortales” que es una oda al espíritu guerrero de los colombianos:

“¡Ya nunca morirán! Luz de sus nombres
Es en la frente de la Patria nimbo,
Y altos sobre el imperio de la Muerte,
De la gloria y Jehová son los ungidos.

Surgieron de las sombras que fecunda
La libertad con gérmenes benditos,
Y trueno fue la voz de los tribunos,
De titanes la lid, gozo el martirio.

Colombia, la sublime redentora,
El brazo vengador en sangre tinto,
Dictó la paz a los hispanos tercios,

En Arapiles y Bailén invictos.

Eran también tu sangre, sangre tuya,
 Bolívar, Santander, Torres, Nariño,
 E inmortales se hicieron; de la Patria,
 De la gloria y Jehová son ungidos”.

Oda mediocre y de mal gusto que cree en la inmortalidad de los héroes y aplaude las luchas que han desangrado al país desde que los colombianos derrotaron a Bolívar y se dedicaron a pelear por el botín y a destruirse entre ellos.

Antes de morir, Isaacs le escribió a su amigo Leonardo Tascón estas palabras:

“Yo necesito creer que cuanto hice y hago por la tierra donde nací, no será olvidado, y sí agradecido, cuanto merezca, por la juventud republicana del Cauca”.

El 17 de abril de 1895, y después de confesarse y recibir los santos óleos por parte del padre José María Restrepo, el escritor, político y etnógrafo, Jorge Ricardo Isaacs Ferrer murió en la ciudad de Ibagué a la edad de 58 años.

El ebanista del ataúd fue don Clímaco Gómez, que fiel a las instrucciones que le había dado el escritor unos días antes de su muerte, hizo la caja de tal manera que el cuerpo fuera enterrado de pie, de acuerdo al rito masón.

Isaacs fue enterrado en el Cementerio de Ibagué. Los periódicos de la época como *El telegrama* y *El ferrocarril* le dedicaron grandes columnas. *El Espectador* le dedicó una edición extraordinaria.

Luego, de acuerdo a su última voluntad sus restos fueron exhumados y enviados a Santa Fe de Bogotá por orden de Juan Clímaco Arbeláez y su hijo Daniel Isaacs, donde permanecieron cinco días en la capilla del Sagrario. Después fueron trasladados a Medellín por orden del general Pedro Nel Ospina, donde fueron exhibidos en una urna cerrada en el atrio de la Catedral. Allí don Fidel Cano, George Henry Ramírez, Camilo Botero Guerra y Lino Ospina pronunciaron los discursos de despedida en un homenaje póstumo a su amigo.

Finalmente, los restos fueron depositados en el Cementerio de San Pedro de Medellín que está situado entre las calles Bolívar y Popayán, y tiene como vecindario 'Lovaina', el barrio de tolerancia más antiguo de la capital antioqueña. Sobre el pedestal del monumento que fue encomendado al escultor Marco Tobón Mejía, hay una leyenda firmada por el autor de *María*, que dice:

“ ¿Yo de Antioquia el poeta grande y querido? ¡Yo?!,
¡ Y no tener siquiera ocho o diez años de vida, de vigor, de tarea futura para ganarle al titán glorioso algunas hojas del laurel tentador que se me ofrece! (...).”

- *Post mortem*: Virtudes y tribulaciones de una novela.

La vida de los hombres siempre se prolonga más allá de la muerte y es objeto de lecturas e interpretaciones por parte de las generaciones futuras, que ávidas de indagar en el pasado, se entierran hasta sus raíces para encontrar las claves del presente.

El mundo, con su gran ojo lector, tiene esa capacidad de vislumbrar sus virtudes y sus defectos; de rastrear acerca de lo que dijeron y lo que hicieron con el único fin de ponerlo en la balanza de la historia y ensalzarlo o vituperarlo; de convertirlo en un símbolo o condenarlo. Y no siempre dicha valoración es justa pues, por lo general, está precedida por una canonización incondicional hacia el personaje o una excomunión sin fundamento.

Jorge Ricardo Isaacs Ferrer justamente al ser uno de los grandes hombres de Colombia, de la segunda mitad del siglo XIX, fue víctima de esta doble apreciación polarizada que se ha convertido con los años en un modo de vida en nuestro país. Isaacs fue víctima del elogio y el florilegio, pero también como producto de una sociedad terriblemente excluyente, fue objeto de la calumnia y la envidia; dos enfermedades muy colombianas que se remontan a la Colonia.

Issacs no solo en vida sino también después de muerto fue un hombre de reconocimientos pero también de condenaciones; y *María*, que fue la primera novela que le abrió las puertas del mundo a la literatura colombiana y americana, fue muchas veces elogiada, criticada, embargada, incinerada y condenada.

Los bárbaros, pues, también han llegado al paraíso.

Pero continuemos con su historia después de su muerte.

Luego de su deceso ocurrido en la ciudad de Ibagué el 17 de abril de 1895, Isaacs como un hermoso fantasma que se pasea por nuestras calles, continúa vivo entre nuestros corazones.

Enterrados sus restos nueve años después en Medellín, el gobierno de Antioquia hizo levantar en su tumba un mausoleo, que es obra de Marco Tobón Mejía.

Luego en Cali y con el esfuerzo de notables vallecaucanos como Elías Quijano, Blas Scarpetta, Ricardo Nieto y el chato Buenaventura, se erigió el monumento a Isaacs en el Paseo Bolívar; la obra fue encargada al escultor español Antonio Parera.

En 1909 el Congreso Nacional, durante la presidencia de Rafael Reyes, aprobó la Ley 45 para que se erigiera un busto en el parque del Centenario de Bogotá, pero esta ley como tantas que existen en el país, nunca se cumplió.

En 1912 el municipio de Cali le compró al maestro Acevedo Bernal un retrato del autor que fue colgado en la Biblioteca Municipal. En el retrato de Acevedo, Isaacs está de perfil y se destacan sus cabellos canos y alborotados y su bigote rubio y espeso. En 1935 la Ley 81 ordenó que la nación adquiriera de la familia Isaacs la biblioteca y los manuscritos del poeta para reunirlos en la Biblioteca Municipal de Cali. Muchos de estos documentos fueron saqueados por cleptómanos inescrupulosos; los documentos que se salvaron se encuentran en las Bibliotecas 'Mario Carvajal', la Biblioteca del Centenario y la Biblioteca Departamental de Cali; la mayoría conforman hoy el Archivo de Autor que está en manos de la Biblioteca Nacional de Bogotá.

En 1937, a raíz del centenario de su nacimiento, los escritores Guillermo Valencia, Cornelio Hispano, Rafael Maya y Max Grillo subieron hasta la hacienda El Paraíso y allí le rindieron un homenaje al autor.

En 1952 el gobierno compró la hacienda El Paraíso y la declaró patrimonio nacional.

En 1962 el pueblo judío le rindió un homenaje erigiendo una cabeza en bronce del autor, en los predios de la Universidad de Jerusalén.

En 1967, a raíz del centenario de la novela, la Universidad del Valle, bajo la dirección editorial de don Mario Carvajal, editó la *María* y la poesía completa.

En 1984 se publicó en Cali el libro *María, más allá del paraíso* donde se consignan interesantes textos sobre la novela firmados por Manuel Mejía Vallejo, Fernando Cruz Kronfly, Darío Ruíz Gómez, Umberto Valverde, Rodrigo Parra Sandoval, Álvaro Bejarano, Jaime Galarza, Hernán Toro y Santiago Mutis. El libro está ilustrado con fotos de Fernell Franco.

En 1993, a dos años del primer centenario de su muerte, la revista *Metáfora* dedicó un número especial donde se destacan, entre otros, artículos de Jorge Luis Borges, Vicente Pérez-Silva, Harold Alvarado Tenorio, Germán Patiño, Darío Henao, Eduardo Delgado, Alejandro Ulloa y Adelaida Ocampo.

En 2001 el Banco de la República emitió un billete de cincuenta mil pesos con la efigie de Isaacs diseñada por el pintor Oscar Muñoz.

Al año siguiente, la fotógrafa caleña Silvia Patiño realizó una edición de lujo de *María* tomada de la edición preparada por Donald Mcgrady.

Suerte distinta corrió la casa de El Peñón en Cali que debido a la negligencia de los gobiernos locales ha pasado de mano en mano hasta su abandono total. En los años veinte, la familia Isaacs la vendió a don Clímaco Lloreda; luego la vieja casa debido a su deterioro se derribó y fue el arquitecto Gabriel Villa Hoisler el encargado de construir una nueva casa de estilo californiano que nada tiene que ver con el estilo arquitectónico de la primera vivienda de los Isaacs. La nueva casa que es la que podemos apreciar hoy fue financiada por don Luis Toro quien le había comprado a Clímaco Lloreda.

El señor Toro casado con Ángela López la vendió a Eduardo Ochoa que era casado con doña Rubria Cucalón. Doña Rubria fue asesinada misteriosamente. La casa pasó, entonces, a manos de un conocido narcotraficante de la ciudad quien debido al proceso 8000 tuvo que venderla a su vez a una corporación financiera.

En la actualidad la casa es de propiedad de la familia Borrero-Ochoa y se encuentra en un estado de deterioro lamentable.

Sobre Isaacs también se han escrito varias biografías; unas veraces y exhaustivas como la de Luis Carlos Velasco Madríñán; otras apócrifas como la de Carlos Arturo Caicedo Liconá. Entre las biografías sensatas que se han escrito sobre el autor podemos mencionar la de Baldomero Sanín Cano (pese al error del lugar de nacimiento que allí se consigna), Mario Carvajal, Germán Arciniegas, el norteamericano Donald Mcgrady, y Pedro Gómez Valderrama.

La profesora María Teresa Cristina, por su parte, ha realizado un trabajo silencioso de restauración de la obra completa de Isaacs.

La trayectoria de la novela *María* ha pasado del elogio incondicional hasta la condena y la incineración.

En 1867 el general Tomás Cipriano de Mosquera le otorgó la patente de privilegio exclusivo para publicar y vender la obra por quince años. Privilegio que fue firmado por Alejo Morales, el Secretario de Hacienda y Fomento del Estado Soberano de Cundinamarca, y que nunca se cumplió pues el autor de *María* pese al sinnúmero de ediciones que se hicieron sobre su obra solamente recibió la suma de doscientos pesos por derechos de autor.

En ese mismo año el periódico conservador *La República* le dedicó este elogioso comentario:

“He aquí una novela original así en la intervención como en el colorido, que ha merecido la más favorable acogida por parte del público ilustrado de esta capital. El progreso de unos amores nacidos en el país más bello, crecidos a la sombra de una dulce confianza, constituye el argumento de la novela...”

Por su parte, don Miguel Antonio Caro enfiló su crítica contra *María* en un artículo titulado “El darwinismo y las misiones” donde no sólo arremete contra la novela que él mismo había corregido veinte años atrás sino contra el Isaacs etnógrafo, tildándolo de anticlerical, apóstata de la fe, materialista y epígono de Darwin.

“El señor Isaacs -dice el filólogo Caro- es conocido en Colombia y en otras regiones hispanoamericanas como novelista y poeta, mejor dicho, como poeta exclusivamente, porque *María* no es una novela, y si como tal se juzgase, sería una mala novela”.

Y más adelante, remata con esta frase propia de la Inquisición:

“Hay pecados contra el Espíritu Santo, y en otro orden de ideas hay pecados contra la poesía que no se perdonan jamás”.

En 1910 el jesuita P. Pablo Ladrón de Guevara escribió un libro titulado *Novelistas malos y buenos juzgados en orden de naciones* donde entre 2.057 novelistas del mundo juzga a *María* como una “obra voluptuosa, sensual, poco casta, morbosa y deshonesta”.

El cura jesuita afirmó a propósito de la novela:

“Isaacs, Jorge (1837-1895). Colombiano, del Cauca. Entre sus poesías hay alguna, como ‘La reina del campamento’, poco edificante.

NOVELA: *María*, Madrid, 1899. Va en 429 regulares páginas, con un prólogo de Pereda. Antes de dar nuestro juicio, conviene recordar a nuestros lectores lo que ya les tenemos dicho: que nuestro fin es juzgar de la bondad o malicia de las novelas por sus ideas y moralidad. Hay, pues, en la novela *María* manifestaciones por toda ella francamente cristianas; hay oratorio en aquella casa; sus moradores oran ante la Virgen Santísima y el Crucifijo, principalmente en las tribulaciones, y también, agradecidos, al comer. Sin embargo, aunque sea el espíritu cristiano, lleva mezclado, más o menos, el mundano. Tal cual vez el voluptuoso, y más aún el sensual. Algunas descripciones de mujeres, aunque no son deshonestas, tampoco mueven a la castidad, y pueden inquietar, si bien ni lo menos honesto llega a describirlo sino con frase más genérica. Es reprehensible la morbosidad en dar cuenta del baño que a Efraín preparaba María, esparciendo el agua de flores. Pase esto, sin embargo. Lo que no puede pasar es el pasaje de la ida de aquel con Salomé, joven harto ligera, por aquellas soledades del río, con lo demás que allí se cuenta. La sensualidad y peligro aquí nos parece claro, sobrando para los jóvenes lo inquietante y perturbador...”

De otra parte, las tres ediciones de *María* que se habían editado desde 1867 fueron embargadas en febrero de 1887, debido a las afugias económicas por las que atravesaba el escritor, y que lo siguieron acosando incluso hasta después de su muerte.

El embargo se prolongó hasta 1924 cuando por oficio No 71 del 16 de Febrero el juzgado 2º Civil del Circuito de Bogotá ordenó de nuevo la confiscación de los derechos de autor que le correspondían a sus herederas Julia y María Isaacs. Los continuos embargos a sus derechos de autor, y la viveza y deshonestidad de los editores extranjeros que se quedaban con sus honorarios, explican el hecho de que Isaacs nunca pudo vivir de su obra.

En 1956, recién creada la televisión en Colombia, *María* fue objeto de un programa denominado ‘Procesos Diana’ donde se trataba de enjuiciar a la novela colombiana. Como fiscal del enjuiciamiento figuró el escritor Pedro Gómez

Valderrama; como defensor el doctor Carlos López Narváez; como relator el doctor Norberto Díaz Granados; y como miembros del jurado Bernardo Ramírez, el periodista cultural Gonzalo González 'Gog' y Jorge Vélez García.

Después de un debate acalorado, los miembros del jurado acogieron los planteamientos del ente acusador y definieron que había que condenar a *María* por tratarse de una “novelita sensiblera, irreal y ajena a los ordenamientos de la razón”.

El fallo avivó el mundillo literario de Bogotá y los escritores se dividieron en dos bandos; unos, los que defendían la novela del autor caleño; otros, los que aceptaban la condena del proceso. Entre los que apoyaban la novela se encontraban Alberto Zalamea, Abel Naranjo, Gabriel Giraldo y Eduardo Santa. Entre los detractores se encontraron Hernando Téllez, el poeta Jorge Gaitán Durán y Jorge Eliécer Ruiz.

El escritor Alberto Zalamea defendió la novela en estos términos:

“No comprendo un fallo que se basa en condenar lo que está fuera de los ‘ordenamientos de la razón’. Los señores del tribunal condenaron así la imaginación humana y algunas de sus maravillosas creaciones, comenzando con el Quijote, pasando por Nerval y terminando con Kafka”.

El cuentista Hernando Téllez, por su parte, apoyó el juicio contra *María* con estos términos:

“*María* es una novela detestable. Pero respeto las razones por las cuales otros creen que es digna de admiración”.

Contra el criterio de la fauna literaria bogotana, los periódicos *La República* e *Intermedio* (éste último era el nombre de *El Tiempo* durante la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla) salieron lanza en ristre contra el proceso televisivo que terminó condenando a una de nuestras mejores novelas de todos los tiempos.

En su editorial fechado el 29 de abril de 1957, *La República* dice:

“El punto de vista de un grupo de literatos dados al realismo tilda de ‘sensiblera e irreal’ una obra que encierra un precioso lienzo de nuestro Valle del Cauca, *María* de Jorge Isaacs, y que, por ser un fruto acabado del romanticismo es también una composición auténticamente americana.”

Por su parte, el periódico *Intermedio* escribió:

“Cuando menos de extravagante, a pesar de los esfuerzos hechos para presentarlo como producto de la llamada ‘crítica seria’, ha de ser calificado el fallo que un jurado de televisión pronunció contra *María*, la inmortal obra de Isaacs, con ramificaciones para intentar una descalificación de la Literatura romántica, en globo y sin discriminaciones. Por sensiblera, según se dice, y por irreal y desconocedora de los ordenamientos de la razón. Con tales afirmaciones perentorias ha culminado un proceso que no pasaba de ser un entretenimiento literario, que no tenía en verdad más importancia que la determinada por ese precioso carácter, y que con el fallo en referencia ha venido a convertirse en algo inverosímil”.

Finalmente, en los años sesenta, los Nadaístas al mando de Gonzalo Arango quemaron la novela y el retrato del autor en el paseo Bolívar de Cali, en un acto de agravio contra el autor colombiano.

El escritor caleño Umberto Valverde reaccionó de esta manera frente tal acto:

“Es una actitud muy propia de quienes evidentemente no conocían el texto sino que habían oído hablar de él desde niños por profesores ineptos que no provocaban el amor a la literatura”.

El poeta Eduardo Carranza, por su parte, reaccionó con estas palabras:

“Vamos a ver si sus detractores son capaces de escribir una novela que dure siquiera diez años. A *María* no la van a borrar y de ello estamos absolutamente seguros, ni con un motín de obscenidades ni con melenudas asonadas. Por eso es bueno repetir que Isaacs es un héroe de la inteligencia colombiana y *María* una vena azul de la patria”.

El famoso Proceso Diana, con sus defensores y sus detractores a ultranza, ignoraba la vindicación que sobre Isaacs y su obra, hizo el joven Jorge Luis Borges, en 1937, cuando escribía para la revista “El Hogar” de Buenos Aires:

“Oigo innumerablemente decir: *Ya nadie puede tolerar la María de Jorge Isaacs; ya nadie es tan romántico, tan ingenuo...* He afirmado que Isaacs no era más romántico que nosotros. No en vano lo sabemos criollo y judío, hijo de dos sangres incrédulas... Las páginas hispanoamericanas de cierta enciclopedia dicen

que *fue un servidor laborioso de su país*. Es decir, un político; es decir, un desengañado”.

A lo largo de la historia, *María* ha sido víctima de la intolerancia de los colombianos, que debido a su esquizofrenia social, nunca valoran lo que tienen, y por el contrario, siempre viven ensalzando lo que viene de afuera.

En Colombia, pues, nos conocemos pero no nos reconocemos.

Pero si bien es cierto, *María* no ha salido bien librada entre la antropofagia literaria del país, sí lo ha sido en el cine donde los directores han querido llevar este drama de amor, dolor y muerte al celuloide.

La primera película que se rodó en Colombia de *María* fue en 1921, cuando todavía el cine era joven a nivel mundial. Fue el primer largometraje mudo que se hizo en Colombia y se estrenó en Buga. El director fue el español Máximo Calvo, el director artístico, el también español Alfredo del Diestro, el guión fue escrito por el poeta de Palmira Ricardo Nieto, y Efraín y María fueron interpretados por Hernando Sinisterra y Stella López Pomareda.

Pero antes en México, se hizo otra versión escrita y dirigida por Rafael Zatoráin. Más tarde, en 1938, Chano Urueta realizó otra versión en el país azteca. En 1971 se realizó la versión colombo-mexicana dirigida por Tito Davison donde participaron como actores Fernando Allende, Taryn Power, José Suárez y Alicia Caro.

En 1985, el cineasta caleño Luis Ospina junto con Jorge Nieto hicieron el documental *En busca de María* para rescatar la primera película de Calvo que por los estragos del tiempo no quedó de ella sino menos de medio minuto de filmación. El documental fue interpretado por Ramiro Arbeláez y Carlos Mayolo. En 1991 la televisión colombiana estrenó una versión de diez capítulos cuyos libretos fueron adaptados por Gabriel García Márquez y la dirección a cargo de Lisandro Duque. María fue interpretada por Victoria Eugenia Góngora; Efraín lo hizo Luis Fernando Hoyos; el padre de Efraín, el actor Julio Medina; la madre, Alejandra Borrero; y Emma, la hermana de Efraín, fue interpretada por María Paulina Zubiría.

Pese a todos estos reconocimientos, el nombre de Isaacs sigue esperando un reconocimiento nacional e internacional. De lo contrario, las palabras de Isaacs que dice en el famoso 'Poema a Cali' se convertirán para las generaciones futuras en una terrible y dolorosa afrenta:

“Mucho lloraste. En el extraño suelo
amargo llanto derramé también;
y soy donde nací casi extranjero;
si me niegas tu abrigo, ¿a dónde iré?”.

Bibliografía

ARCINIEGAS, Germán. *Jorge Isaacs, genio y figura*. Editorial Universitaria de Buenos. Buenos Aires, 1967.

ARCHIVO JORGE ISAACS. Biblioteca Nacional de Bogotá.

BEUCHOT, Mauricio. *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*. Editorial Itaca, UNAM, México, 2000.

BORGES, Jorge Luis y otros autores. "Vindicación de la *María* de Jorge Isaacs". Tomado de *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en "El Hogar" (1936-1939)*. Tusquets. Buenos Aires, 1986.

CARVAJAL, Mario. *María*. Universidad del Valle. Cali, 1967.

_____. "Jorge Isaacs y su tierra". *El Relator*, Cali, No. 6098, 1 abril 1937, pág. 7.

_____. "Jorge Isaacs, hijo de Cali". Carvajal & Cía, Cali, 1954, págs. 11-28.

CERTEAU, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. Paris, Gallimard, 1975.

COLMENARES, Germán. *Cali, terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Universidad del Valle, Cali, 1975.

GARRIDO, Margarita y otros autores. *Historia del Gran Cauca*. Universidad del Valle. Cali, 1996.

- GOMEZ VALDERRAMA, Pedro. *Jorge Isaacs*. Procultura. Bogotá, 1989.
- ISAACS JORGE. *Obras completas*. Ediciones Académicas. Medellín, 1966.
- LE GOFF, Jacques. *Pensar la historia*. Ediciones Paidós, Barcelona, 1991.
- MEJIA VALLEJO, Manuel y varios autores. *María, más allá del paraíso*. Alonso Quijada Editores, Cali, 1984.
- MILTON, John. *El paraíso perdido*. Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1966.
- MCGRADY, Donald. *Bibliografía sobre Jorge Isaacs*. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1981.
- _____. "Las fuentes de *María*". Hispanofilia, No. 24, 1965, págs. 43-54.
- _____. "Introducción a ed. de *María*" (Textos Hispánicos Modernos, 10), Editorial Labor, Barcelona, 1970.
- MOSQUERA DE, Tomás Cipriano y otros autores. *Los radicales del siglo XIX. Escritos políticos*. El Áncora editores. Bogotá, 1984.
- PEREZ SILVA, Santiago y otros autores. Revista *Metáfora*. Año 4, Edición Especial. Nos. 6 y 7, Cali, abril 1995.
- RIASCOS GRUESSO, Eduardo (Compilador). *Homenaje a Jorge Isaacs en el centenario de María*. (Correspondencia del autor con Luciano Rivera y Garrido y Leonardo Tascón). Academia de Historia del Valle del Cauca. Editora Feriva. Cali, 1967.
- RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración*. Siglo XXI Editores, México, 1999.
- ROMERO LOZANO, Armando. *Jorge Isaacs, obra poética*. Universidad del Valle. Cali, 1967.
- TIRADO MEJIA, Álvaro. *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Instituto colombiano de Cultura. Bogotá, 1985.
- SANTA, Eduardo. *Rafael Uribe Uribe*. Editorial Planeta. Colección Biografía. Quinta edición. Bogotá, 1998.
- THERIEN, Gilles. "Pour une sémiotique de la lecture". Revista *Protée*, vol. 18 No 2, Chicoutimi, p.67-81.

VALENCIA, Alonso. *Estado Soberano del Cauca. Federalismo y Regeneración*. Banco de la República, Bogotá, 1988.

VASQUEZ, Edgar. *Historia de Cali en el siglo 20. Sociedad, economía, cultura y espacio*. Editores: Darío Henao y Paco Abella. Cali, 2001.

VELASCO MADRIÑAN, Luis Carlos. *El caballero de las lágrimas*. Imprenta Departamental. Cali, 1952.

ZULUAGA, Francisco y otros autores. *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Museo Nacional de Colombia. Bogotá, 1998.